



escuela virtual

HISTORIAS EN
YO MAYOR

5.0

QUINTO HEPTAMERÓN

Organizan



Quinto Heptamerón: Relatos que conectan
Historias en Yo Mayor 11

Organiza

Fundación Saldarriaga Concha

Fundación Fahrenheit 451

Antología, corrección de estilo y compilación

Javier Osuna, Mauricio Díaz y Sergio Gama

Equipo de la Fundación Saldarriaga Concha

Soraya Montoya González, Directora Ejecutiva

Norma Constanza Sánchez, Gerente de Operaciones

Lina María Aristizábal Durán, Líder de Educación y Formación

Diseño

Mobs Audiovisual

© Varios autores. ISSN: 2981-3298

Primera edición digital, 2025. Publicación anual.

Hecho en Bogotá, Colombia

Fundación Fahrenheit 451

yomayor@fundacion451.com

www.yomayor.co

www.fundacion451.com

www.saldarriagaconcha.org



ÍNDICE



SEMANA 1

Reminiscencias. Por Triunfo Flórez Anaya (Tuto)	12
El Cristo de Bojayá. Por Francisco Moreno Mosquera	14
Cuesta arriba. Por Norma Ramón Collachagua.....	18
Caminos Urbanos. Por Mireya Marmolejo Marmolejo	22
Ahora todo tiene sentido. Por Stella Pinzón C.	28
Tío Alberto. Por Jaime Herrera	33
La Navidad que nunca volvió a ser igual. Por Conchita Correa Molina	35



SEMANA 2

El amor en los tiempos del telégrafo. Por Liliana López Betancourt	40
Doña Cenovia, la señora bonita. Por LaSexta	44
Destinos cruzados: el amor que viajó a través del tiempo. Por Marviviana.....	48
La partida de mi bella Betzabeth. Por Martha Gracia	52
Bajo las naguas de mamá. Por Marina del R. León Barrios.	57
El primer beso. Por Mayela Schwartz G. Maye Maye	60
Penélope y Ulises. Por Ulises Franco	63
Irremediablemente juntos. Por Carlos Arturo González Díaz	67
A mi compañera de vida. Por Jose Omar Villegas	73
Sara. Por Carmen Elisa Benavides M.	77
Recuerdo de un amor eterno. Por Álvaro Pío Rojas Duarte	81



SEMANA 3

Los zapatos rosados. Por Neila Salcedo Jaimes	85
Magia. Por Gladys Teresa López.....	89
Unas niñas muy perseverantes. Por Gloria Luz Isaza Mejía.....	93
Un libro para el recuerdo. Por Jorge David Alvis Gómez.....	100
Un ángel de cabello blanco. Por Gloria Lucía Toro González.....	103
Así crecimos. Por Olga Lucía Aponte Ávila	106
Peregrinación. Por Amparo Jiménez.....	108
La ilusión de mi papá. Por Dora Patricia Bonifaz Carrillo.....	112

SEMANA 4

Hoy trabajo sola. Por Adriana M. Morales A.....	116
Realidad o ficción. Por Yadira Cristancho	121
Las ánimas y mi familia. Por Irina Arraiz León	124
¡Los milagros sí existen! Por Dora Cecilia Martínez Cruz (Talo).....	128
Historias sobrenaturales. Por Lilia Graciela Mosquera Samacá.....	132
Magia negra vs. Magia blanca. Por Manuel Melo.....	135
Mis primeros amores. Por José Heraclio Ramírez Vargas	138
Leyendas y sueños. Por El pecosito	141
El fantasma nocturno. Por Yuger Ruth Villegas Nieto.....	145
Las brujas de Zugarramurdi. Por Ana María Lizarrondo Olo	147

SEMANA 5

El tío Emilio en las tierras de Santander. Por Julia Marín	151
La mochila de fique. Por Nelvis Díaz Daza.....	155
Degustando la rutina boyacense. Por Claudia Lady Simbaqueba Moreno.....	159
La maceta. Por Germán Llanos Mazuera.....	163
“La ley del látigo”, en la vecindad feudal. Por Raúl Gómez Quintero	166
Las lavanderas. Por GLAMOBÉ	170
El taller de diseño, mi mejor tradición. Por María Teresa Solano Corredor.....	174
Como en todo el país. Por Juan Manuel Silva Cely	177
Mi Bogotá. Por Carlos Willman Sotelo S.	180
Lo más auténtico. Por Beatriz Zurbarán Barrios.....	183

SEMANA 6

La noche que Sasha perdió la virginidad. Por Jhonny López Arias.	188
La Niña. Por Jairo Rodríguez Valencia.....	192
El azulejo y yo. Por Víctor Manuel Montealegre Ardila	195
Animales queridos u odiados. Por Gabriela Huertas Patiño.....	199
Milo. Por Enrique Toloza Díaz.....	203
Mi gata Dakota. Por Carlos Eduardo Millán Villa.....	207
El bicho. Por María Teresa Ospina Córdoba	210

SEMANA 7

La travesía de los desconsolados. Por Jesús Josué Díaz Prieto	215
Un trabajo en equipo. Por Luisa Cheya	220
Nuestro viaje a La Habana. Por Jesús Alfredo Pabón Pérez	225
Mis experiencias de viajes. Por Martha Botero de Villegas	229
Tres mil kilómetros. Por Olga Liliana Suárez A.	235
Viaje a Silvia. Por Jhon Jairo Zuluaga Londoño	239
Adiós, país. Por Adriana de Yarumal.....	243
El viaje de mi vida. Por Elzbieta Bochno Hernández	248
Mi sueño: viajar a mi tierra natal. Por Octavio de Jesús Osorio Areiza	252
Mi problema con la poesía. Por Néstor Raúl Franco Vásquez	255

PROEMIO

Aquí comienza el libro llamado Quinto Heptamerón, denominado también Historias en Yo Mayor 11, en el que hay sesenta y cuatro narraciones, referidas en cuarenta y nueve días, durante siete semanas, por treinta y siete damas y veintisiete mozos.

Por Javier Osuna Sarmiento

La polifacética escritora Anais Nin (1903- 1977), reconocida, además de sus novelas y cuentos, por la escritura de siete diarios, inicia *"La casa del incesto"* relatando la historia de uno de los instrumentos más representativos de la cultura andina: la quena. Según la autora, este aparejo musical tiene como origen la veneración de un indígena por su compañera, que, al morir, hizo una flauta con los huesos de su amada confiriéndole un sonido más penetrante y embrujador.

Pienso en las implicaciones que se desprenden de establecer un vínculo, más allá de la muerte, con un objeto que, a su vez, entona melodías y restituye la presencia de un ser querido. En la quena se produce un extraño fenómeno de imbricación entre materialidad y uso que nace del pasado, pero supone una oportunidad creativa en el presente, más allá de la evocación. Al mismo tiempo imagino un instrumento de viento que se activa con el aliento del ser querido, un portal de comunicación que se soporta sobre el acto artístico de la interpretación, como si solo a través de las notas pudiéramos reencontrarnos con quienes se han ido (fundidos en melodía).

Mucho le debe la literatura testimonial a esta autora de origen francés y nacionalizada estadounidense; de hecho, las 35.000 páginas escritas a mano que soportan sus reflexiones más

íntimas y vertiginosas reposan preservadas en el Departamento de Colecciones Especiales de la UCLA (Universidad de California en Los Ángeles). Lo mismo ocurre con los hallazgos arqueológicos, hoy preservados en museos, de instrumentos musicales elaborados en hueso al interior de bóvedas mortuorias. Algunos investigadores afirman que las primeras quenás de hueso no fueron ni siquiera moldeadas por manos humanas sino por las mandíbulas de las hienas y otros depredadores y posteriormente reutilizadas por los sobrevivientes para recordar a sus muertos.

“Acabo de esculpir mi corazón” advierte Nin en los párrafos iniciales del libro, reviviendo lo que sintió al comenzar a escribir después de toser y expulsar algo que le estrangulaba la garganta; como si las páginas que lo componen ambicionaran convertirse en un instrumento de reflexión después de su partida. Otro tipo de quena, pero moldeada por ella misma.

No podemos establecer con certeza las conexiones rituales (o fortuitas) que explican el origen de este instrumento, así como tampoco podemos dimensionar la enorme riqueza literaria del relato inspirado en hechos biográficos. Es parte de la magia que supone un proyecto tan poderoso como la Escuela Virtual de Historias en Yo Mayor.

Hoy, en 2025, tenemos el gusto de presentar la quinta publicación de esta iniciativa organizada por las fundaciones Saldarriaga Concha y Fahrenheit 451. Su nombre, Heptamerón, es un guiño al famoso Decamerón de Giovanni Boccaccio, escrito en 1353 tras la peste negra; un texto que compila 100 relatos recogidos en una reunión de jóvenes refugiados a las afueras de Florencia que se contaban historias para superar el tedio del confinamiento. La Escuela Virtual nació en 2020 en un contexto de pandemia similar, la del COVID-19. A la fecha más de 1.000 personas mayores han aceptado el reto de participar en un proyecto de 7 semanas que los invita a sumergirse en sus recuerdos para contar su propia vida o, al menos, cómo la recuerdan: esculpir su corazón.

En las páginas de este libro un pájaro parece anunciar la masacre de Bojayá a uno de sus sobrevivientes; la Navidad de una familia se ve interrumpida por el estallido de una bomba del Cartel de Medellín; dos amantes reencarnan para volver a abandonarse; una mujer da a luz asistida por un médico fantasma; en una mochila de fique cabe la historia de un departamento entero; un azulejo da las gracias tras ser rescatado; y un hombre se convierte en espantapájaros.

Fueron en total 49 días recorriendo un “Kit de la creatividad” compuesto por 7 guías escargables y adaptadas a formato audiovisual, 35 clubes de lectura, 7 radiocuentos, 7 podcast y 7 conversatorios con reconocidos artistas y creadores como Jacqueline Goldberg, Miguel Botero, Jorge Castañeda, David Ríos, Zú Lorenzo Cobaría, Alonso Sánchez Baute, Gonzalo España y Leonardo Archila.

Doce integrantes de las cohortes pasadas (Ofelia Arévalo, Liliana Tenorio, Manuel Bermúdez, Walter Navarrete, Jorge Castañeda, María V. Bermúdez, Taitianna Roa, Gladys Rubio, Yolanda Camacho, Leonardo Ossa, Sandra Rubio, Amparo Peña) participaron como tutores del proceso de escritura de los 300 nuevos integrantes provenientes de 13 departamentos de Colombia y de diferentes latitudes (Inglaterra, Perú, Panamá, Polonia y Venezuela). Adicionalmente tres tutores de años anteriores (Aura Encinales, Inés Méndez y María Obdulia Fula) fungieron como profesores de la Escuela participando de la selección de relatos que componen este nuevo volumen.

El reconocido escritor y periodista argentino Martín Caparrós dedica el libro de sus memorias *“Antes que nada”* a las personas que lo han querido. Su experiencia con el ELA (Esclerosis lateral amiotrófica) lo motivó a escribir en 2024 un texto que, sin lugar a duda, es y pasará a convertirse en un referente obligado de la literatura testimonial. Escribe, dice, para que quienes lo quisieron puedan olvidarlo:

“Y entonces supongo que eso que llamamos memoria es una pugna constante entre esas cosas — escenas, sensaciones, historias— que queremos recordar y esas cosas —sensaciones, historias, escenas— que recordamos sin querer; que de la proporción de unas y otras depende algo que no termino de entender”.

Me gustaría sumar un ángulo adicional a lo que propone Caparrós, un efecto colateral que se desprende de obras basadas en la vida de sus autores (sobre todo cuando las escriben artistas de tanta envergadura). Considero que uno de los efectos más poderosos de este tipo de literatura reside no solo en la pretensión de aprender a despedirnos (u olvidarnos) sino en la posibilidad que nos ofrece de seguirnos viendo. Así como la quena de Nin sostiene materialmente la presencia del ausente, al mismo tiempo establece un nuevo vínculo de coincidencia temporal con el que se queda (que también habrá de partir).

El instrumento en este caso no está hecho de hueso, está conformado por palabras. No requiere de aliento, sino de ojos. Coincide sí, en la melodía: la profunda certeza de acompañar al que creará mañana.

Que estas palabras, fragmentos de corazones esculpidos, alumbren el camino de quien se anime a contar su propia historia, emprender la aventura de escribir el libro de su propia vida. Se cumplirá entonces la sentencia que, en mayúsculas, acompañó la publicación del libro de Anais Nin en 1997:



“
TODO LO QUE SÉ
ESTÁ CONTENIDO EN ESTE LIBRO
ESCRITO SIN SABIDURÍA,
UN EDIFICIO SIN DIMENSIONES,
UNA CIUDAD QUE CUELGA DEL CIELO” .



Semana 1

Comienza aquí la primera semana del Quinto Heptamerón, en la que las personas mayores se agruparon virtualmente para hablar de la transformación de los paisajes que, a pesar del tiempo, aún habitan.

Triunfo regresa a la casa paterna a través de un poema; un misterioso pájaro advierte a Francisco sobre la masacre de Bojayá; Norma comparte, con la lengua afuera, la historia del Distrito de Coimas en Perú; Mireya encuentra un nuevo hogar en Cali y visita por última vez el Teatro Palermo; Stella hereda el legado nómada de sus padres; Jaime rinde homenaje al tazón metálico del tío Alberto; y una inesperada explosión interrumpe la Navidad de Conchita.



Triunfo Flórez Anaya (Tuto)

De la unión de Luis Enrique y Josefina, nació Triunfo un 25 de agosto, en el año en que en Colombia hubo el primer golpe de Estado. Sin estudios superiores, perteneció al Ejército y, al retirarse, laboró en empresas privadas; actualmente, está pensionado. Casado con Teresa Montealegre desde hace 46 años, tienen tres hijos varones. Ha compuesto canciones, poesías y reflexiones que se pueden ver en YouTube, con el nombre: Triunfo Flórez, Tuto. Su sueño: un libro; su pasión: escribir. Se enteró de Historias en Yo Mayor por intermedio de su hijo Luis Enrique, quien está pendiente de dónde puede concursar; de hecho, ha ganado en Idartes con poesía.

Reminiscencias

Por Triunfo Flórez Anaya (Tuto)

Hoy volví a mi casa paterna
solo hallé paredes desechas en
lo que fue mi antigua morada;
no hay la aromática manzanilla,
creciendo entre piedras del patio
con hermosas flores amarillas;
no veo las inquietas centinelas
dando vueltas y vueltas a la casa,
las negras y bellas golondrinas.
Llegan a mi mente el piar de las
nidadas, el cacareo de gallinas,
la imagen de batir de colas
de los perros Zuco y Chocolate,
solo hay memorias de momento;
no salen ni llegan los caminos,
no hay huertos ni crecen alimentos.
se escapan suspiros de mi pecho,
y se aguan mis ojos por los recuerdos.



Francisco Moreno Mosquera

Nació el 3 de septiembre de 1954 en Condoto, población minera con oro y platino en sus entrañas, en el departamento del Chocó. Creció en un entorno rico en tradiciones culturales africanas, que contribuyeron a forjar su inquebrantable espíritu de lucha. Realizó sus estudios primarios en Condoto y terminó la secundaria en Quibdó. En Bogotá se graduó como Licenciado en Idiomas, y en Reino Unido obtuvo el título de Magíster en Enseñanza del Inglés. Ha publicado varias obras pedagógicas y artículos de investigación en medios nacionales e internacionales. Tiene cuatro pasiones: la literatura, la música (especialmente la salsa dura), la tecnología y el fútbol. Llegó a Historias en Yo Mayor gracias a un mensaje de invitación de parte de las fundaciones Saldarriaga Concha y Fahrenheit 451.

El Cristo de Bojayá

Por Francisco Moreno Mosquera

Jueves, dos de mayo del año dos mil dos. Once de la mañana. Llovía torrencialmente. A esa hora, los colombianos se encontraban en la tranquilidad de sus rutinas, sin siquiera imaginar la monstruosidad que estaba por venir. Ese dos de mayo empezó con una señal misteriosa en el cielo, presagiando que no iba a ser un día como los demás. Desde muy temprano, un pájaro enorme, perteneciente a alguna especie de ave jamás vista en el pueblo, vino a posarse sobre el techo del templo, quedándose allí, inmóvil, como petrificado durante horas. Estaba tan quieto que parecía una estatua construida como adorno en la cúpula. Las gentes, atemorizadas, con sus creencias nutridas de leyendas, no se atrevían a sugerir que tal vez se trataba de un ominoso símbolo de algo trágico, pero lo sentían.

Décadas atrás, en este pueblo de Bellavista, cabecera municipal de Bojayá, departamento del Chocó, ubicado a orillas del Atrato, en los límites con Antioquia, se respiraba paz y tranquilidad. Sus gentes, negros humildes, laboriosos, hospitalarios y muy alegres, vivían imperturbables en medio de maravillas naturales: atardeceres de acuarela entre cielo, río y selva, ornamentados con mariposas que, con rumbo errático, se perseguían juguetonas sobre la superficie de las aguas; lugares con muchísima riqueza en las entrañas del bosque. El templo local, la iglesia de San Pablo Apóstol, fue testigo de la devoción de un pueblo noble e ingenuo que no conocía la violencia, ni sabía de conflictos armados, ni de izquierdas, ni de derechas, ni de centros, ni de guerrillas, ni de paramilitares; solo de su necesidad de buscar el sustento en el río o en el monte y de disfrutar del rico folclor heredado de sus ancestros africanos, que alegraba sus días. Fue escenario de bautismos y primeras comuniones, matrimonios y funerales. Allí imploraron creyentes agobiados por enfermedades, se postraron pecadores arrepentidos y acudieron cantidades de fieles, con alegría en su alma, a dar infinitas gracias por el don de la vida. Así transcurrían los días, pacíficos en la apacible población de Bellavista,

cuyos indescritibles paisajes matutinos y vespertinos hacían honor a su nombre. Era de verdad un lugar con una bella vista.

Pero las cosas habrían de cambiar radicalmente cuando empezaron a llegar grupos de hombres armados que asesinaban, secuestraban, extorsionaban, desplazaban campesinos de sus parcelas y reclutaban niños. Así desapareció la tranquilidad de mi pueblo: donde ayer todo era tranquilidad, hoy solo cunde el miedo. La tierra, entonces, se cubrió de sangre inocente y el río se convirtió en cementerio flotante de cadáveres insepultos. Los de un bando decían que su violencia era revolucionaria “en favor del pueblo”; los del otro argumentaban que buscaban “pacificar” la zona. Pero unos y otros no hacían otra cosa que producir muerte, infundir terror, causar pobreza, hambre y dolor.

Dos de la tarde. Presas del pánico por el inminente ataque guerrillero contra el grupo enemigo, las gentes buscaron refugio en el interior del templo, con la esperanza de que el lugar santo sería respetado. Los atacantes empezaron a preparar un letal cilindro bomba, dispuestos a desaparecer de la faz de la tierra a sus contrincantes, que se hallaban escondidos justo atrás de la iglesia. Enceguecidos por la brutalidad de su guerra, lanzaron el artefacto. Fue solo en ese instante cuando el gran pájaro, que había estado quieto en el tejado como una estatua, volvió a alzar el vuelo. El cilindro aterrizó justamente en el lugar donde había estado el animal, penetró el techo de zinc de la iglesia y estalló como bomba atómica artesanal. Era como si ese pájaro hubiera sido enviado por el mismísimo diablo a marcar el sitio exacto donde debía caer la carga mortal. Lo que siguió es inenarrable. Basta una palabra para describir la escena: HORROR. Más de un centenar de cuerpos, muchos de ellos menores de edad, esparcidos por el piso. Casi todos desmembrados, decapitados. Por todas partes se escuchaban llantos y gritos de dolor. Ahora mismo me encuentro en medio de un caótico escenario de escombros, pedazos de vidrio, bancas de madera convertidas en añicos e incontables cadáveres de hombres, mujeres y niños tapizando el piso, ¡todos destrozados! Los heridos se quejan de dolor, los gritos de los lugareños buscando a sus familiares entre las ruinas son angustiosos. Penetra en mis oídos el llanto triste de una niña, de no más de cinco años, con el rostro ensangrentado, sentada junto al cadáver de su madre, tratando de moverlo y diciéndole: “¡Mami, despertá!; ¡mami, sacame de aquí!”, ignorando en su inocencia infantil que ya jamás ella le oiría. Ante mí yace, cubierto de polvo y mirándome desde el suelo, el Cristo que horas antes pendía de su cruz en el altar.



Llegó la gente. Nadie pronunciaba palabra alguna: en medio del infierno no había nada que decir. Unas manos piadosas recogieron al Cristo del suelo polvoriento y lo llevaron a buen recaudo. La noticia de la masacre más horrenda de los últimos tiempos en Colombia le dio la vuelta al mundo, y el cuerpo de aquel Cristo mutilado se convirtió en la imagen de la tragedia.

Los sobrevivientes reanudaron su vida, el Estado reedificó la población, pero la reconstrucción más importante aún está por hacerse: es necesario sanar el alma. Los habitantes del Chocó creen que el Cristo de Bojayá ha hecho dos grandes milagros: primero, no permitió que el odio ni los deseos de venganza anidaran en los corazones de las víctimas, sosegó sus espíritus perturbados y fortaleció su capacidad de resiliencia; y segundo, penetró hasta el corazón de piedra de los victimarios y les dio humildad de espíritu para desagraviar al ofendido, convenciéndolos de mirar a la cara a sus víctimas y pedirles perdón.





Norma Ramón Collachagua

Nació el 25 de abril de 1957 en Lima, Perú, y creció en el distrito de Comas.

Desde niña, su padre, Teodoro, le inculcó el amor por la lectura, el dibujo y la música, despertando en ella una sensibilidad que con el tiempo la llevaría a la escritura. A los 19 años se casó y dedicó gran parte de su vida a la crianza y educación de sus cinco hijos. Hoy, con 11 nietos y la satisfacción de haber cumplido su labor como madre, ha retomado su pasión por escribir, rescatando emociones y recuerdos. Su participación en Historias en Yo Mayor la ha motivado mucho en este propósito.



Cuesta arriba

Por Norma Ramón Collachagua

Hoy es miércoles, y de un salto ya estoy de pie. Es día de ir a Comas, lugar donde vive mamá Juanita, mi madre de 84 años, que decidió vivir sola en su casa desde que murió mi papá y desde que todos sus hijos nos fuimos de casa a formar nuestros propios hogares.

He transitado por este camino cientos de veces, y hoy, desde la ventana del autobús, reconozco con nostalgia cada calle, cada paradero que solía recorrer en mi juventud. Cada vez que vuelvo, puedo darme cuenta de algo nuevo o de algún cambio que se haya realizado.

Llegué a las pampas de Comas en mil novecientos sesenta y uno, de la mano de mis padres, a la edad de cinco años, como una familia más de invasores que llegaron a este lugar en busca de mejores oportunidades. Todos eran pobladores carentes de recursos económicos que vinieron a Lima de diferentes lugares del Perú y se agruparon en barriadas o pueblos jóvenes. En un inicio, era un conjunto de viviendas agrupadas desordenadamente y carentes de los servicios elementales para vivir.

Aún recuerdo cómo todos, hombres, mujeres y niños, trabajamos duro para levantar nuestras chozas. Había que aplanar los terrenos a punta de picos y palas, cargar piedras y cavar hoyos donde plantar los cimientos con palos de madera, paredes y techos de esteras que dejaban entrar por sus rendijas la lluvia y el aire frío de las noches de invierno. Mi casita era de un solo cuarto, donde cabía una camita y una cocinita de queroseno. No teníamos mesa ni sillas, y ya se pueden imaginar cómo comíamos nuestros alimentos. Al inicio fue muy duro para todos, con muchas carencias. En las noches nos alumbrábamos con velas o mecheros, pero el problema no era estar a oscuras; el problema más grande era que no había agua. Venían unos camiones cisternas una o dos veces por semana a vendernos agua, y para ello teníamos que comprar unos cilindros grandes. Nosotros solo teníamos para dos, y el agua la cuidábamos como oro, solo para la comida. Mi mamá, como casi todas las vecinas,

acostumbraba a llevar a lavar la ropa al río. Para eso había que levantarse a las cinco de la mañana e ir camino abajo unos tres a cuatro kilómetros, donde pasaba el río Chillón. Esta faena a mí me gustaba mucho, por eso me ofrecía a ayudarla, pues mientras mi mamá lavaba la ropa, yo chapoteaba a gusto junto a los otros niños. Ya entrada la tarde, era el regreso cuesta arriba. Yo subía a regañadientes, ya que, de tanto jugar en el agua, cansada y con hambre, a duras penas lograba dar los pasos.

Como nosotros llegamos medio año después de que empezó la invasión, nos tocó tomar un terreno en las faldas de un cerro. De ahí a la avenida que nos conectaba con Lima, había que caminar muchas cuadras hacia abajo, lo que no significaba mucho problema al hacerlo. El problema era subir cuesta arriba, ya que llegábamos con la lengua afuera.

Poco a poco, los pobladores se fueron organizando, y, con ayuda del gobierno, se empezó la remodelación, lotización y trazado de calles. En 1964, se tuvo el primer servicio de transporte público de pasajeros en un primer tramo, y se inició la nivelación de calles. Los servicios básicos de agua, luz y desagüe tardaron veinte años; algunos más para los que vivían en los cerros.

Ser hija y hermana mayor implicaba grandes responsabilidades, y desde muy pequeña tuve que ser esa ayuda que mis padres requerían cuando ellos tenían que salir a trabajar. Pero niña al fin y al cabo, me las ingeniaba para jugar con las niñas del vecindario. Muchas veces regresaba a casa llena de heridas en brazos y piernas, porque de tanto saltar y brincar, me caía en ese terreno de tierra y piedras filosas que me abrían las rodillas hasta sangrar. ¡Ahh! Pero pobre de mí si me quejaba, me ganaba un jalón de cabellos, a la vez que mi madre me curaba con un algodón mojado en alcohol, que me hacía ver a Judas.

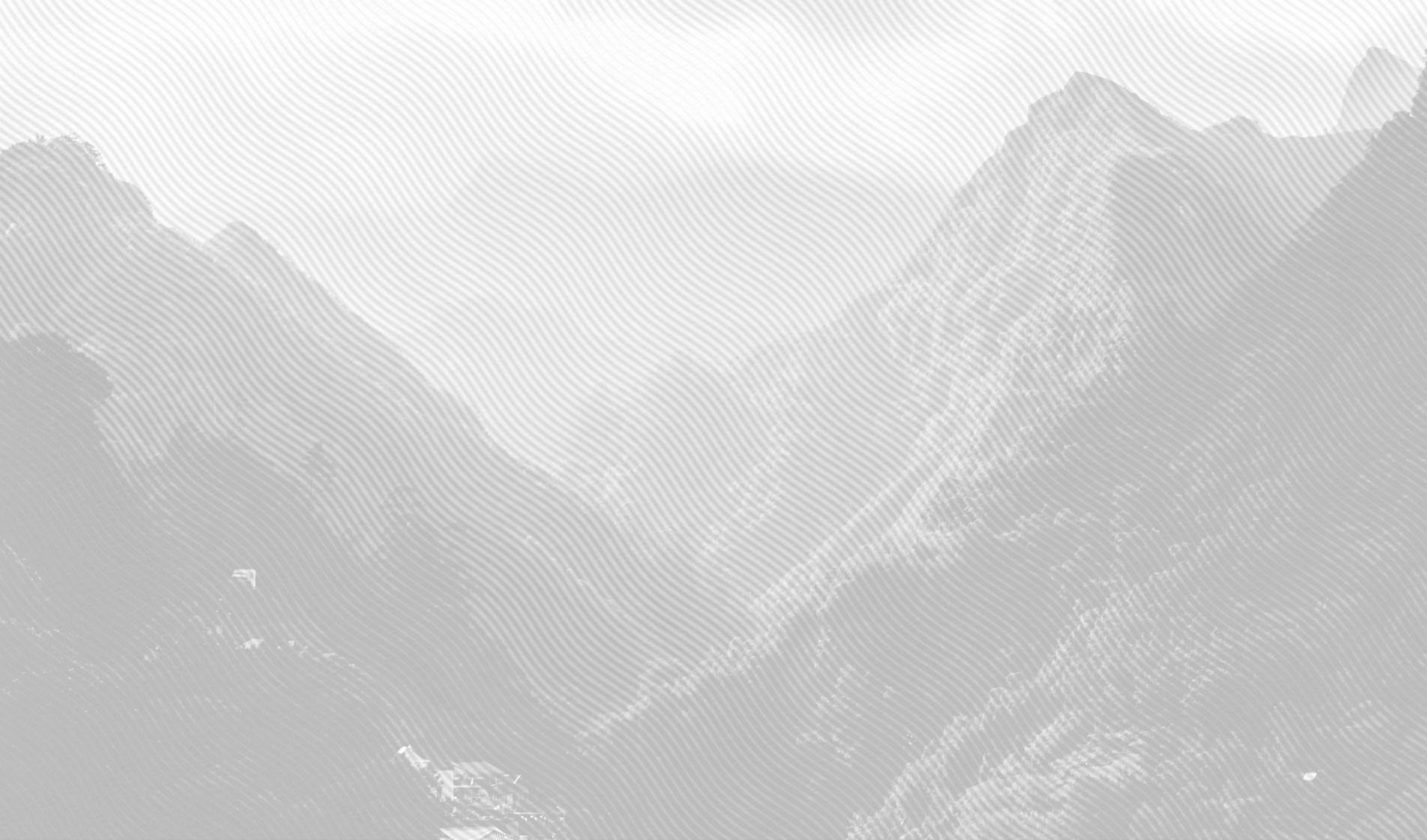
Las noches de verano me traen lindos recuerdos, ya que, al no tener alumbrado, todas las familias salían a sus puertas. Sentados en unas piedras, los adultos conversaban y los niños jugábamos a la ronda, las escondidas y la chapada. Cuando nos dábamos cuenta de lo entretenidos que estaban los adultos contando cuentos de terror, nosotros nos sentábamos al pie de ellos a escuchar esos terroríficos cuentos de ultratumba que luego no nos dejaban dormir por el miedo.

Después de tantos trámites y reuniones con las autoridades, lograron construir un pequeño colegio por la zona, y llegó el día en que todos los niños en edad escolar debían ir al colegio. En un inicio, no había sillas ni mesas, solo una pared pintada de negro donde

la profesora podía escribir la clase. Yo recuerdo que todos los padres llevaban por cuenta propia algunas banquetas, y los que no podían llevaban dos ladrillos donde sentar a sus niños. Y adivinen, yo fui una de las que se sentó en ladrillos por unos meses, hasta que mis padres pudieran mandarme a hacer una banqueta con el carpintero del barrio. El tiempo fue pasando, y Comas fue creciendo más, hasta poblar los cerros; yo fui creciendo también. Ya en edad de trabajar en algo para ayudar a la familia, desde muy niña, salí a laborar, ayudando a cuidar a los hijitos de una tía o en una lavandería. Luego, a la edad de 15 años, di el gran paso al entrar a trabajar a una fábrica japonesa donde ensamblaban radios, televisores y otros artefactos. Contando ya con un sueldo mayor, pude continuar estudiando y terminar mis estudios truncos de la secundaria, y también ayudar económicamente a mis padres. Para ese entonces, mi papá Teodoro ya tenía un mejor trabajo, y las cosas habían mejorado mucho para toda la familia. Reconstruimos la casa; por fin teníamos un baño con ducha, inodoro y lavamanos. Ya no teníamos que ir a la casa del vecino a ver televisión; en casa ya había un juego de sala con grandes sillones y un televisor. Puedo decir con orgullo que logramos salir adelante, y mis hermanitos no tuvieron que pasar por carencias y necesidades, como mi hermana Charo y yo, las mayores.

Con el tiempo, las casas de esteras se convirtieron en casas de ladrillos, de uno, de dos y hasta cuatro pisos, por el esfuerzo de sus pobladores. La modernización llegó a Comas, y contó con grandes unidades escolares, hospitales, iglesias, supermercados, bancos, centros recreacionales, entre otros.

Me casé a los 19 años, me fui de Comas a mi propia casa en una mejor zona, como lo había soñado desde niña, pero nunca me fui del todo. Siempre estoy regresando, pues mi madre sigue aferrada a su casita que le costó construir con mucho sudor y lágrimas. Los años han pasado. Con mucha tristeza cuento que se fueron yendo muchos de los primeros pobladores, y ahora quedan los hijos o nietos en una Comas cada día más emergente, con su gente emprendedora y trabajadora, que heredaron de sus padres la fuerza y el coraje para construir un mejor futuro para las nuevas generaciones.



Mireya Marmolejo Marmolejo

Nació en Toro, Valle, lugar que no conoce. A sus 4 años, salió desplazada en la llamada “Época de la violencia”, hace 63 años. En Cali ha transcurrido su vida. Realizó primaria en un colegio privado; luego, ingresó al territorio “DIOS Y PATRIA”, a un colegio público, y en una universidad pública hizo estudios de pre y posgrado. Después, su lugar de vida laboral fue la Universidad del Valle. El trabajo ambientalista con comunidades la llevó a la educación popular, camino realizado en el Grupo de Investigación en Educación Popular. Por esto, algunos la llaman ‘Bioloca’.

Hoy está en la franja social denominada “Jubilados” y haciendo esfuerzos en defensa de sus derechos. Un día se topó en YouTube con Historias en Yo Mayor. Le gustó y se inscribió. Para ella, ha sido significativa esta vivencia para construir narrativas y leerse colectivamente. Sigue caminando y haciéndose educadora popular.

Caminos urbanos

Por Mireya Marmolejo Marmolejo

Recordar los lugares y caminos recorridos en esta ciudad me llevó a pensar en la poca movilidad de nuestra familia para habitarla, para cambiar de lugares, para ir de sur a norte, oriente u occidente de ella. Vivir en la loma, las laderas o en lo plano.

Nuestra familia llegó a Cali en la década de los 60, venía huyendo de los horrores de la llamada “Época de la violencia”, desde el norte del Valle del Cauca. Allí habíamos visto cómo asesinaban a amigos y vecinos y habíamos vivido muy de cerca los atentados a miembros de la propia familia. Era una seria advertencia para quienes pertenecían a las ideas de color rojo, a las ideas gaitanistas y a la admiración por este líder, Jorge Eliécer Gaitán. Así que, un buen día —y digo buen, porque era el momento de salvaguardar la vida o de perderla—, salimos huyendo con lo poco que teníamos y llegamos a Cali. En ese entonces, mi hermano y yo teníamos cinco y cuatro años de edad. No recuerdo nada de ese lugar. Solo me queda la imagen de una carretera con la estela de polvo que pude observar a través del vidrio panorámico de la parte trasera de un carro, cuando me llevaba cargada mi madre.

Nunca he vuelto a ese sitio. Y una de las razones primordiales es el hecho de que mi madre nos dijo siempre que no volveríamos allí. Tiempo después comprendí su motivación: estaba atravesado un evento que marcó nuestras vidas. Mi padre murió en una de las últimas masacres cometidas en ese sitio, y allí se esfumaron las esperanzas y los proyectos de mi madre. Quedó viuda con cuatro hijos. Todo lo demás se perdió: sus tierras, sus cosechas, sus enseres, su casa, todo. Había que sacar a los más jóvenes: mis hermanos mayores, primos y la abuela, porque ya les habían advertido a través de un vocero que mejor que se fueran y que vendieran sus tierras. Claro, al precio que ellos dijeran y, por si acaso, agradecer tan grande gesto al vocero, que era de los mismos bandoleros.

La pérdida de nuestro padre en estas circunstancias no nos permitió conocerlo, disfrutarlo. Esto es lo que ha quedado de esa época y de la que llevamos cargando en este país desde hace más de siete décadas, primero en lo rural y luego en lo urbano. Muchas familias sin sus madres, padres, hijos e hijas y otros miembros de familia y amigos, todas atravesadas por el dolor, la tristeza y las incertidumbres de sus desaparecidos, de sus muertos. Sin ninguna atención psicosocial para manejar estos duelos tan desgarradores. Mi madre no tuvo esa atención ni apoyos económicos para la supervivencia en una ciudad que dio acogida, pero que también puede ser un espacio de expulsión si no se tiene una red de apoyo.

Toda la familia que estaba alrededor de la abuela llegó a una casa de varias habitaciones que un tío previamente había conseguido en el barrio Belalcázar. Siempre escuché a mi madre la idea de que con las cosechas se compraría una casa, pero eso tardó mucho tiempo. Al ser un lugar de paso, una casa de acogida como llaman hoy, mi madre pudo ubicar una casa en el barrio Obrero, justo en el límite de este barrio y el barrio San Nicolás. Era una casa construida en bahareque y que había sido subdividida, y, por lo tanto, teníamos una gran comunicación con la vecindad, que era una familia de hermanas de origen tolimense que justo habían venido a Cali por las mismas circunstancias que las nuestras. Eran las señoritas, así nos enseñó mi madre a llamarlas. Vivían allí, tres de ellas con un hermano que tenía una deficiencia cognitiva y que, por momentos, se enojaba y daba unos gritos muy fuertes.

Eran muy queridas y amables, y todas eran obreras de fábricas ubicadas en el barrio San Nicolás. Las queríamos mucho. Mi madre les compartía comidas, y ellas, a su vez, también lo hacían y estaban atentas con mi hermano y conmigo, porque muchas veces nos quedábamos solos en la casa por el trabajo de mi madre.

Mi niñez y adolescencia tuvieron lugar en ese barrio. Allí, la calle era la cancha de fútbol, de baloncesto y de juegos diversos como la vuelta a Colombia con tapas de colores y con bolas de cristal que se disputaban, cada uno, por tener en su bolsa la mayor cantidad. Allí también jugábamos el juego del “cojín de guerra o libertad”, el juego del ponchado, de saltar cuerda o lazo, del hula-hula, del balero, de hacer comitivas, de montar triciclos, patines y bicicletas. En ese lugar, se dirimían las peleas y los bonches con “tacho y remacho”. Ese era el lema de la convivencia. Asunto resuelto y a seguir jugando y disfrutando nuestras vidas.

No había televisor en ninguna casa. Había radio. Mi madre tenía un radio que me llamaba la atención porque era de color negro y de un forro de tela gruesa de color amarillo o habano,

bueno, ya no me recuerdo. Sería por el polvo acumulado. Creo que allí era su parlante. Y tenía la imagen de un perro escuchando una vitrola y las letras RCA. Siempre que llegaba del colegio, alrededor de las 2 de la tarde, de inmediato corría a poner la emisora La Voz del Valle, con su programa “*Cuenticos y cancioncitas para todos los niñitos*”. Era una fascinación escuchar cuentos, aprender canciones y rondas. En esa misma emisora estaba también Kalimán y el pequeño Solín. A veces me daba miedo escuchar esto porque la voz del narrador era más aguda y con entonaciones que me producían miedo. Mucho tiempo después, supe que era Gaspar Ospina. También teníamos cerca una agencia de alquiler de cuentos y de bicicletas. Había cuentos de La Pequeña Lulú, de los personajes de Disney, de El Zorro, de Mandrake, de Toby, de El Llanero Solitario y de Batman y Robin. Se pagaba el alquiler y también se podían leer allí, y vendían dulces y helados. Un mercado atrapador para todos nosotros.

Nuestras vacaciones se caracterizaban por tener mayor tiempo de juego. Así, hasta que un gran velo cubrió la ciudad y, específicamente, el sector, por su cercanía a un sitio preferencial donde se encontraron varios niños muertos. Llegó el tiempo del “*Monstruo de los mangones*”. Esto marcó nuestras vidas. Ya había que tener cuidado cuando jugábamos, de salir corriendo a casa si veíamos un carro de color negro rondando la cuadra o en las esquinas. La estrategia de quien hacía esto era llamarnos a niños y niñas y regalarnos juguetes llamativos, algo que ninguno teníamos, y atraernos con ello. Por mucho tiempo, vivimos con temor. Los periódicos y la radio informaban de los hallazgos de niños en la zona de la carrilera del ferrocarril, por la calle 25. Era miedoso porque los niños tenían múltiples pinchazos en todo el cuerpo. Decían que les sacaba la sangre. Esto se convirtió en un relato mítico, y hasta una película se realizó con este tema, *Pura Sangre*, de Carlos Mayolo. Creo que la capacidad de resignificación que tenemos en nuestra infancia, y que el juego lo permite, exorcizó ese espacio para poder seguir jugando con cierta tranquilidad.

Un día cercano a la fecha de Las Velitas, mi madre estaba atenta a la llegada de un carro. Fue sorprendente: llegó el televisor en blanco y negro, marca Sharp, que venía con su mueble, sus patas de sostén y una larga antena que había que mover con la antena de aire para que se pudiera tener buena señal. La sala de nuestra casa estuvo abierta como una sala de cine. Vecinos y sus hijos, sentados en el suelo y hasta que desaparecía la señal, viendo uno o dos canales de RTI Televisión. De modo que el día domingo era de *Naturalia*, de Feliz

Cumpleaños, amiguito con el señor Olimpo, el pastelero de Ramo, y de ver a Daktari, Chita, Tarzán y programas musicales. Esta dinámica se organizó con la de la calle: seguir en los juegos. Y para mí y mi hermano, la dinámica también cambió.

A una cuadra de la casa quedaba el majestuoso Teatro Palermo. Para mí era bello, con una vidriera inmensa y se veía su escalera y sus luces. Allí íbamos a matiné rotativo, en el que se podía gozar de ver dos películas, ingresar en cualquier momento y quedarse hasta completar de ver ambas películas. Era tal la afición al cine que muchas veces llevábamos el desayuno y comíamos dentro de la sala: arepa, huevos, chocolate y frutas.

Nos conocían todos los del teatro: porteros, vendedores y aseadores. Y conocimos su gran máquina de proyección. Este lugar cambió mi mirada sobre los espacios, los deseos de conocer lugares, montañas, de hacerme al lado de los débiles o de los oprimidos por lo que pasaba en las películas. Los indios eran asesinados por los cowboys para quedarse con sus tierras y su oro. La ganancia y la dignidad de los indios y los aplausos y silbidos escuchados en el teatro aprobando eso. Poco a poco, fui cambiando mi mirada en las películas de cineclub que se iniciaron en la ciudad, el del Teatro San Fernando y el del Teatro Calima, después el del Teatro Bolívar. Hoy son solo eso, recuerdos, porque se convirtieron en bodegas y en centros de culto de varias congregaciones evangélicas o similares. Su hermosura arquitectónica y majestuosidad desaparecieron.

Cambiamos de casa justo después de los Juegos Panamericanos de 1971. Y cambió mi escenario, volví a iniciar nuevas relaciones de amistad. Toda la cuadra donde llegamos era gente que adquirió su casa. Las últimas soluciones de vivienda sin UPAC, con el asesoramiento del Banco Central Hipotecario, que hacía que se pagara capital e intereses a tarifas súper módicas.

Cerca de esta casa, la nuestra, la propia, la que estrenamos porque era nueva, me quedaba otro cine: el Autocine. Pero no era lo mismo. Le faltaba la gente que nos conocía, le faltaba el alma.

Un día vi una película llamada Cinema Paradiso. Me identifiqué con ese niño que muestra el hilo conductor de la misma. Ese niño era yo. Sí, era yo, porque todo lo que él realizó, lo hicimos en nuestro teatro del barrio. Me motivó esta película a pasar, después de varios años, por el Teatro Palermo. Con tristeza, llegué y no existía. En su lugar estaba una gasolinera.

No había nadie a quién preguntarle, no había nadie. Y así como a los demás teatros icónicos de Cali, igual sucedió con mi admirado Teatro Palermo.

Y caminando un poco más, tampoco existía la casa que alquilaba los cuentos y las bicicletas. Había muerto el propietario, y sus hijos habían vendido todo. En mi caminar, fui viendo el deterioro del barrio, de sus calles y de los negocios que más prosperaron: los burdeles, la contaminación auditiva y visual. Ya no es lo mismo, ya no somos los mismos. Por eso este ejercicio trata de salvaguardar esos recuerdos en un país que no ha valorado su patrimonio cultural como debe hacerse y de hacerlo articuladamente con la formación de sus nuevas generaciones. Y así será cuando ya no estemos, ya no habrá nadie que pueda recordarnos. Será como dice el título de la novela de Héctor Abad Faciolince: *El olvido que seremos*.



Stella Pinzón C.

Nacida entre los bellos paisajes de Boyacá y Casanare, en un año marcado por acontecimientos históricos en Colombia, cuando el presidente Rojas Pinilla ordenó el cierre del periódico El Tiempo y sus dueños lanzaron Intermedio, como una sátira al gobierno. Creció al ritmo de la salsa y las baladas, desarrollando una profunda pasión por la música, el baile y la escritura. Con una innata vocación de servicio, encontró en su camino la Psicología; se especializó en el ámbito organizacional con énfasis en Seguridad y Salud en el Trabajo. Su sello personal ha sido amar lo que hace y entregar más de lo esperado, de tal manera que su labor nunca se sintió como un trabajo, sino como una misión de vida. Construyó una hermosa familia junto a Édgar, el amor de su vida, con quien tuvo a Camilo, Diego y Silvia, sus más grandes tesoros. En su etapa de retiro, recibió una invitación especial de su nuera Alejandra para inscribirse en Historias en Yo Mayor, experiencia que le permitió hacer catarsis y reencontrarse con su pasión por la lectura y la escritura, esta vez con una dirección profesional. Bajo el seudónimo de Cadivi, comparte ahora sus relatos, reflejo de una vida llena de aprendizaje, amor y servicio.

Ahora todo tiene sentido

Por Stella Pinzón C.

Con inmensa gratitud escribo este relato, el cual me ha hecho sentido, al traer a mi memoria la historia que mis padres (Próspero Pinzón Fernández y Aura Calderón Garzón) me contaban narrando su paso por los pueblos que enmarcaron sus vidas, su romance, sus sueños, la vida en el campo, la llegada de cada hijo (Irma, Fanny, Jairo Alonso, Aura Stella [La Chata] y Ruth, la menor).

Siempre me había preguntado de dónde heredé el carácter; ahora, al recordar la historia de dónde vengo, al sentir este torbellino de emociones uniendo sucesos que forman la historia de aprendizaje que me ha hecho la persona que soy hoy, entiendo que mi vida ha sido una cordillera de sitios que han marcado mi existencia. Ahora todo tiene sentido y les voy a relatar por qué. Mi madre, mujer inteligente, gran contadora de historias al detalle, con fechas, nombres y anécdotas, incansable para repetirlas en largas tertulias con sus amigas, familia y también en la escuela de donde era maestra, refería con orgullo las reseñas de los pueblos por donde pasó dejando huella como una mujer fuerte, luchadora, amorosa, pero sobre todo, perseverante y siempre con el firme propósito de dejar como legado la educación.

Nací en un pueblo llamado Socotá, en Boyacá, pero me críe en Yopal, Aguazul (Casanare), Sogamoso y Duitama. Boyacá y Casanare eran un solo departamento. El boyacense es muy religioso, devoto a la Virgen, orgulloso de ser quien es y de su tierra. Es perseverante, no se rinde, conserva siempre la esperanza, es ejemplo de amor a la vida. Pertenece a un departamento de gente buena, trabajadora y llena de tenacidad. El boyacense tiene raíces chibchas y españolas que se han transmitido de generación en generación.

El nombre de Socotá está dado en honor al cacique Esteban de Socotá, que en lengua muisca quiere decir “tierra del sol y la labranza”. En 1814, la provincia de Tunja se organizó en departamentos y Socotá hizo parte del Departamento Oriental, junto con Pesca, Tuta, Iza,

Firavitoba, Tibasosa, Sogamoso, Nobsa, Socha, Gámeza, Mongua, Monguá, Pueblo Viejo (hoy Aquitania, la tierra de la cebolla) y Cuítiva.

Los habitantes de Socotá contribuyeron a la causa de la libertad. Cuando Bolívar transmontó con sus ejércitos la cordillera de los Andes y pisó la provincia de Tunja, los pueblos vecinos de este territorio, cercanos a la cordillera, como Socha, Socotá, Tasco, entre otros, salieron a ofrecer al libertador su apoyo, entregándole sus ganados, víveres y ropas para alimento y abrigo de los soldados. Bolívar pasó por Socotá el 15 de julio de 1819, contaba mi madre, y así lo dice la historia.

Socotá no solo fue un paso obligado de Bolívar, también fue un pueblo dedicado a actividades agropecuarias, de pastoreo de cabras, ovejas, la cría de gallinas y conejos y trabajos manuales como tejidos en telares, obras en madera y barro, pero estas actividades fueron disminuyendo con el paso de los años por la ausencia de incentivos estatales, además las desarrollaban de manera aislada, así que no constituyó un renglón importante en la economía de esta ciudad.

Actualmente la minería ocupa uno de los primeros renglones de la economía socotense, pues se ha convertido en una fuente de empleo dado el alto número de mano de obra calificada que se emplea en la extracción del carbón. Esta actividad ha mejorado las condiciones de vida de los propietarios o arrendadores que explotan sus minas y comercializan el producto y también la de quienes trabajan por administración del patrón o a destajo proporcionándoles ciertos recursos para su subsistencia familiar.

La ciudad de Yopal se originó en un cruce de caminos, convertido en ciudad. Fue fundado por colonos boyacenses. El ganado que venía del “llano adentro” pasaba el río Cravo Sur y luego descansaba en “El Yopal” un paraje cubierto de yopos, antes de seguir hacia la cordillera. El yopaleño se caracteriza por ser alegre, generoso, decidido, orgulloso de su cultura, tradiciones y costumbres. Son madrugadores y comienzan su día con un café cerrero. Son trabajadores dedicados a la crianza del ganado, son músicos y poetas que improvisan romances. Bailan joropo, practican el coleo -un deporte tradicional- y cuentan leyendas de fantasmas. Su familia es lo primero.

Yopal ha cambiado mucho, para bien. Su referente principal, su constitución, como un hecho histórico; su desarrollo, como hábitat social y político; y su identidad, su memoria y sus acuerdos políticos, sociales y económicos la han modelado históricamente. A partir de la aparición del “oro negro”, el petróleo, se aceleró el proceso de migración hacia la ciudad y creó

una situación incontrolable en ella. Los barrios de invasión se fomentaron alrededor de la ciudad, conformando conjuntos de viviendas precarias y sin servicios públicos. Este proceso constante de migración acabó por convertir la ciudad en un conjunto de zonas urbanas poco comunicadas entre sí o con escasos contactos.

Las instituciones oficiales iniciaron también la producción de conjuntos de vivienda para la clase menos favorecida, en la periferia. Así surgieron barrios como 20 de Julio, Confaboy, El Triunfo, Comfacasanare y Luis María Jiménez, entre muchos más, que hicieron crecer la ciudad.

Después del descubrimiento del “oro negro”, se dio una fuerte ofensiva migratoria, el trabajador del llano abandonó el hato y se vino a la capital. Yopal se convirtió, para el resto del país, en un lugar referente de trabajo; las compañías petroleras ofrecían puestos de trabajo, con beneficios atractivos para los trabajadores, mejorando su calidad de vida. Como consecuencia de esto, se empezaron a consolidar esos grupos sociales imprecisos, ajenos a las estructuras tradicionales, que recibieron el nombre de malleros. Su presencia cambió las formas de vida, la fisonomía del hábitat y las formas de pensar. Las migraciones del campo a la ciudad, la explosión demográfica y la industrialización de la exploración y explotación del petróleo en la región produjeron el despegue urbano.

La situación desorganizada de la ciudad y la necesidad de orientar su crecimiento obligaron a poner en marcha los planes de ordenamiento territorial. Es así, como aparecieron los primeros edificios de varios pisos, los hoteles, los centros comerciales, los grandes restaurantes y sitios de eventos y hoy es una ciudad con progreso permanente, buenas carreteras y oportunidades para emprendedores. Esos primeros edificios son testigos del fin de una época, para recibir el progreso con la velocidad de la tecnología.

Hoy la ciudad capital mundial del llanero es el corazón palpitante y alegre de Casanare, la puerta de entrada para conocer el inmenso llano casanareño, que tiene las puertas abiertas a todos los que la quieran visitar y degustar esta hermosa tierra con su paisaje ideal para el turismo de aventura, safaris y excursiones. Es la tierra del parrando y donde se saborea la famosa “mamona”.

Ahora todo tiene sentido, mis padres fueron nómadas, pasaron por muchos pueblos de Boyacá y Casanare, sitios donde nace y vive gente buena, “echada pa'lante”. La razón de ellos fue siempre buscar un mejor mañana para sus hijos, una mejor oportunidad de trabajo.



No fue fácil, enfrentaron dificultades, desde la escasez hasta las competencias perversas, pero todo eso les forjó un carácter fuerte, pero a la vez bondadoso y generoso y así yo fui adoptando el carácter, no solo del boyacense, sino del casanareño. Me siento orgullosa de lo que soy hoy y de ser hija de estos dos departamentos orgullo de culturas que nos identifican como colombianos, pues el carácter es la tendencia hacia un tipo de comportamiento, son las características psicológicas que aprendemos desde el nacimiento, también es el resultado de la educación, las experiencias, interacciones y el contexto donde nos desarrollamos. No nacemos con él, lo adquirimos, tiene un origen cultural.

El temperamento, en cambio, es difícilmente modificable, aunque algunas de sus manifestaciones pueden ser reguladas por el carácter.

Debo agradecer infinitamente a mis padres, honrarlos y agradecerles por habernos dado la posibilidad de venir al mundo, ha sido el regalo más maravilloso que nos pudieron hacer, a mis hermanos y a mí. Ahora la responsabilidad está en nosotros, sus hijos, de llevar con orgullo y responsabilidad, no solo ese carácter y temperamento de mis padres, sino el que caracteriza a los nacidos en Boyacá y Casanare, lugares de prosperidad en sus tierras, comercio y biodiversidad... Ahora todo tiene sentido.





Jaime Herrera

Nació en Bogotá en 1959; el periódico registraría en ese año la Revolución Cubana y la antesala a la década de los sesenta. Estudió Ingeniería Industrial en la Universidad de los Andes, aunque realmente eran estudios dispersos ya que picó en diversas materias de filosofía y literatura. Posteriormente, se diplomó en Humanidades en la Universidad del Rosario.

Su vida laboral se desarrolló en El Tiempo en áreas de producción y publicidad; se pensionó en 2017 y actualmente es propietario de una librería de libros leídos en Bogotá, donde siempre ha vivido. Navega a diario en redes y en la imaginación y allí dio con Historias en Yo Mayor, que lo llevó a la escritura de ficción y a sentarse para siempre en el mundo de las letras, la lectura y los libros.



Tío Alberto

Por Jaime Herrera

Los domingos en la mañana, le ayuda al sol a derrotar la neblina; su arma favorita, una taza metálica con café hecho en panela, espeso y de aroma fuerte.

Todo ocurre en La Laguna, la finca a mil metros de altura y unos pocos kilómetros de distancia del pueblo. Pueblo que, poco a poco, se adueñó de él y de ella, aunque las escrituras indiquen lo contrario.

Ubicada en Miraflores, Boyacá, es la misma que heredó llena de ganado de leche, corrales y ranchos queseros; en la que trabajó a la par con Adán, el mayordomo de años, para sustituir pastizales por matas de café arábica, que tiempo después ocuparían gran parte de los potreros.

Pero esta no es la historia de La Laguna, sino del tazón metálico de café dulce con que cada mañana enfrenta la soledad, la artritis y las nubes en la memoria, espesas como la niebla helada de sus campos. La historia del café que, sorbo a sorbo, lo regresa a la vida al ritmo de las campanas de la iglesia llamando a la misa de seis. De la bebida que alivia su garganta del mal tabaco y su estómago de los malos hábitos, y, sobre todo, del café que lo lleva a estar atento en la lectura diaria que hace en la madrugada del libro ilustrado de cuentos fantásticos que inspiran sus sueños de aventuras que solo cesan cuando lo llaman un par de horas después a desayunar. Esta vez, el café va con leche, acompañando la arepa boyacense, la almojábana y los huevos pericos.





Conchita Correa Molina

Esta leona nació en una familia numerosa paisa, marcada por el número ocho, símbolo de prosperidad. Desde niña, soñó con el amor y escribió cartas que luego perfeccionó en su máquina de escribir. Justiciera y amante de las palabras, estudió derecho y se inspiró en la literatura y la música. Conocida como “La Mano Verde”, porque lo que toca se fertiliza y reproduce. Convencida de que la alquimia del amor produce efectos sanadores en el alimento. Le encanta pintar, trabajar con las manos, transformar espacios y reinventarse. Aunque tenía dudas, su hermano la animó a participar en Historias en Yo Mayor. Admitida en el programa, ganó seguridad y plasmó sus recuerdos en textos y pinturas. Meses después, su cuento fue seleccionado para publicación, un logro que celebró con lágrimas de emoción y gratitud.

La Navidad que nunca volvió a ser igual

Por Conchita Correa Molina

La casa de mis padres fue la casa que siempre acogió a propios y ajenos. En nuestra casa había cobijo, techo y mesa para todos, y en diciembre el tema se incrementaba. Cada año, mi abuela y las tías se encargaban de que las navidades marcaran para siempre la vida de los once hijos de don Rober y doña Tere, mis padres.

Era fascinante ver cómo, a partir del primero de diciembre, el árbol de Navidad, que en ese entonces era un pino natural, ocupaba un espacio protagónico en el patio de mi casa. Ese árbol se empezaba a decorar un día a la vez: primero, las luces de colores, que eran bastoncitos multicolores con un líquido interior que burbujeaba tan pronto se conectaba al tomacorriente; al día siguiente, las bombas de colores; en el tercer día, la estrella en la copa del pino; y, por último, un tapete verde de paño lenci en el piso que garantizara que el tarro de galletas La Rosa tamaño familiar, que sostenía el preciado pino, quedara cubierto, por aquello de la estética. Y así, en los días siguientes, las cartas al Niño Dios se iban dejando por todos nosotros en puntos visibles que le permitieran (creíamos nosotros) que, cuando Santa pasara a recogerlas, no olvidara ninguna.

A medida que los días avanzaban, la casa se iba vistiendo de adornos navideños: la corona que colgaba en la puerta principal y los regalos que iban llegando de uno en uno o de dos en dos y que despertaban toda la curiosidad entre nosotros, pero que estaba prohibido categóricamente tocar hasta el día 24.

Los vecinos de la cuadra siempre querían entrar a visitar con antelación nuestra casa, porque, decían ellos, el árbol y el pesebre eran dignos de imitar y de envidiar.

Ese 24 de diciembre de 1988, desde las cinco de la tarde, mi madre vistió la mesa del comedor con su tradicional mantel navideño, dispuso bandejas y cubiertos para que, al momento de servir e invitar a la cena, todo estuviera caliente y listo para compartir en familia.

Mamá hizo su lista de chequeo en voz alta para validar que todo estuviera OK, y dio punto final. Invitó a todos los presentes a pasar a la pequeña sala y al salón principal, que se comunicaban, para que buscáramos en libertad dónde acomodarnos para iniciar la novena navideña.

Mi abuela y las tías fueron las primeras en ubicarse cómodamente. Doña Tere y don Rober ocuparon los lugares que quedaron libres después de que ellos se aseguraron de que todos —mis hermanos mayores con sus cónyuges, nosotros los adolescentes con las novias y novios, por supuesto, mis hermanitos pequeños y los amigos de los amigos, y más amigos que cada año eran diferentes— llegaron por la misma razón: no tenían papás o su familia estaba lejos; en conclusión, no tenían con quién celebrar esa fecha de unión y familia. Para eso, como les digo, en mi casa nunca hubo reparos.

El premio en casa para quien aprendiera bien a leer en voz alta era leer la novena el 24 de diciembre. Mi hermano Álvaro se había entrenado con mucho empeño durante todo el año y logró pasar el examen minucioso que hacían Don Rober y mi hermano Juan Carlos. Él estaba un poco tembloroso por aquello de hacerlo en público ante tanto espectador y, máxime, ante toda la familia; sin embargo, recuerdo que respiró profundo cuando papá se acomodó muy bien en su poltrona y, con un contacto visual, indicó: “Empecemos”. El bullicio de comentarios y pequeñas conversaciones se fue perdiendo. Álvaro acató las instrucciones de Don Rober, y su postura propuso un silencio de escucha. Ya todos estábamos atentos a sus primeras palabras cuando, de repente, un estallido ensordecedor que reventó algunos vidrios del salón nos hizo brincar de los sofás, las sillas y sillones, alterando por completo el momento esperado.

Sobresaltados, con gritos y llantos propios y de los vecinos de la cuadra, buscábamos sin mayor precaución qué había pasado. A pesar de que papá trató de mantenernos en control, casi todos salimos a la calle como alma que lleva el diablo, buscando la causa de semejante estallido.

Mis hermanos, los hombres más intrépidos y arriesgados, lograron llegar hasta la esquina de la casa, donde, en un segundo y según cuentan, se había armado un cordón humano de seguridad que no permitía seguir avanzando. La tragedia era mucho mayor de lo imaginado.

Pablo Escobar y sus lugartenientes habían detonado, a dos cuadras de nuestra casa, dos coches bomba que lograron impactar de manera efectiva su objetivo: matar, en un ajuste de cuentas, a uno de sus deudores con toda su familia, que celebraban en un restaurante de la zona la cena navideña.

Dicen que murieron no solo la familia objetivo de Pablo Escobar, sino también todos los comensales, el personal de servicio (meseros y de cocina), los transeúntes que se desplazaban sin afán a sus encuentros de celebración, el novio que llevaba a su amada su primer regalo navideño, las familias completas de las casas colindantes de ese restaurante, el taxista que buscaba hacer su aguinaldo con una última carrera, el celador del barrio, los empleados que esperaban en la estación del bus el paso del circular 501 que los llevaría a sus casas... No sé cuántos más murieron, pero sí imagino a cuántos más nos mataron la confianza y nos sembraron el miedo. Contó mi hermano que alcanzó a ver cuerpos desperdigados calle arriba; la sangre corría calle abajo.

En fin... En un segundo, todo cambió. El silencio de escucha para iniciar la novena navideña pasó a un estallido sórdido de pitos, sirenas de ambulancias, llantos y gritos desesperados. La casa de nuestra infancia se desvaneció para siempre. Nos fuimos a otro barrio, a otra casa, y con ese cambio, todas esas imágenes quedaron grabadas en nuestros corazones para recordar la Navidad por siempre, de otra manera.





Semana 2

Termina la primera semana del Quinto Heptamerón y comienza la segunda, en la cual las personas mayores discuten sobre el amor: apasionado, atemporal, familiar, maternal, impredecible, triangular, imposible y eterno.

Tras 60 años de matrimonio, Graciela y Néstor renuevan los votos de un idilio que nació en el telégrafo; LaSexta cuenta cómo Cenovia se rinde a los atributos de un joven amante; Marviviana se reencuentra con una pareja de vidas pasadas; Martha despide a su madre adoptiva; Marina lleva 84 años encontrando refugio en las naguas de su mamá; Mayela evita repetir su primer beso; Ulises encuentra a su Penélope; Carlos Arturo reaviva en pandemia el fuego de la pasión; Juan celebra 45 años de feliz matrimonio; Carmen Elisa comparte la historia de un intrincado triángulo amoroso; y Álvaro Pío aprende que los sentimientos se hacen eternos en el alma.



Liliana López Betancourt

Nació bajo la mirada protectora del Señor de Monserrate y la Virgen de Guadalupe, en el año en que Guillermo León Valencia asumió la presidencia, el día 100 del calendario gregoriano. Estudió en el colegio Eucarístico de su ciudad. Arquitecta de formación y bailarina de corazón. Queda en silla de ruedas después de un accidente quirúrgico. Viajó al más allá y regresó con una nueva perspectiva de vida. Soltera por decisión, ayudó a criar a sus cuatro sobrinos, que son su tesoro; cuidó a su papá hasta el ocaso de su vida y ahora cuida a su mamá con el mismo amor. Mujer empoderada, segura, justa y extremadamente feliz, ama la vida con pasión y planea vivir más de 100 años. Se enteró del taller de Historias en Yo Mayor por la invitación que le hizo una buena amiga. En el 2024 descubrió su talento para la danza árabe y la escritura.

El amor en los tiempos del telégrafo

Por Liliana López Betancourt

Bajo el cielo inmenso de las montañas de Caldas, en un rincón donde el viento susurra secretos antiguos, vivía Graciela, una joven de Neira, con el alma llena de sueños y la esperanza latente en su corazón. A sus 18 años, con manos diestras y el eco de las palabras en código Morse, que aprendió como quien descifra misterios, la vida la llevó a un destino lejano, donde jamás imaginó encontrar el amor.

El camino la condujo a Arma, un pequeño y encantador corregimiento de Aguadas, Caldas. Allí, con sus ojos llenos de curiosidad y su juventud vibrante, Graciela se convirtió en la telegrafista del pueblo. Fue en ese rincón remoto, a 116 kilómetros de su tierra natal, donde el destino le tenía reservado un encuentro inesperado. Entre telegramas y notas, conoció a Néstor, un joven de 22 años, hijo de la familia más prominente del lugar. Él, con la libertad de un estudiante universitario que volvía a su pueblo, se enamoró de ella al primer cruce de miradas, como si su corazón siempre hubiera esperado por ese instante.

Pero para Graciela, Néstor no fue más que un joven desgarbado, de modales altivos, presuntuosos y poco agraciado. Ella veía en él poco más que una figura sin encanto, distante e inalcanzable. Sus miradas se cruzaban fugazmente, mientras ella se esforzaba por esquivarlo con elegancia, sintiendo que su presencia no la movía ni un ápice. Sin embargo, Néstor, atrapado en la dulce prisión de un amor inquebrantable, no se daba por vencido. Pasaba una y otra vez por la oficina de telégrafos, con la esperanza de verla, de robarle siquiera un suspiro.

Con un gesto que solo un corazón enamorado podría comprender, Néstor empezó a llevarle



mangos verdes, recogidos con cariño de la finca de su familia. Eran pequeños obsequios, impregnados de la frescura de la tierra, pero llenos de significado. Y, con el pasar de los días, esos mangos hicieron lo que ni las palabras ni las miradas lograron: ablandaron el corazón de Graciela. Poco a poco, lo que comenzó como indiferencia se transformó en una dulce complicidad. Los dos se encontraron en medio de la rutina diaria, y el amor, silencioso y suave, floreció entre ellos.

Pronto, ese amor se selló en un noviazgo lleno de cartas y telegramas que volaban como pájaros mensajeros, llevando consigo las palabras que sus corazones ansiaban escuchar. Pero la vida, caprichosa y siempre dispuesta a probar a los enamorados, los separó. Graciela fue trasladada a Aranzazu, un pequeño y distante lugar, donde la soledad se hacía más palpable con cada día que pasaba lejos de Néstor. Y él, sintiendo el vacío de su ausencia, tomó una decisión valiente: se trasladó a Manizales para continuar sus estudios cerca de su amada, aunque el destino parecía querer alejarlos.

No mucho tiempo después, Graciela, hastiada de la distancia, logró que la trasladaran como telegrafista a su querido Neira. Ahora, solo una hora los separaba, y cada minuto que pasaban juntos era un tesoro. Pero Néstor, decidido a construir un futuro sólido para los dos, dejó la universidad y partió hacia Bogotá en busca de trabajo, con la esperanza de crear una vida estable junto a ella. Las cartas seguían volando entre ellos, cargadas de promesas y dulces palabras, aunque la distancia seguía siendo su mayor obstáculo.

Finalmente, Néstor regresó a Neira, lleno de determinación. Con el corazón en la mano y la mirada firme, le pidió matrimonio a Graciela. Ella, con el alma encendida por el amor, aceptó sin dudarle, pese a que Néstor no era visto con buenos ojos por parte de los padres de ella. El 2 de enero de 1960 sería el día en que sellarían su destino para siempre.

Pero los días previos al matrimonio estuvieron llenos de incertidumbre. El miedo se apoderó del corazón de Graciela cuando las malas lenguas del pueblo le susurraron que, como a otras dos jóvenes, podría ser dejada plantada en el altar. La angustia se intensificó cuando, a un día de la boda, no recibió noticias de Néstor. Las dudas la inundaron, y el temor de perder aquel amor que tanto le había costado admitir se hizo insoportable.

El día de la boda, Néstor llegó a la iglesia con el corazón rebosante de amor, pero Graciela no apareció. Con una calma infinita, Néstor habló con el sacerdote, reprogramando la ceremonia para el día siguiente. Luego, fue en busca de su amada. La encontró sumida en un mar de dudas, pero con palabras suaves y sinceras, disipó sus temores. Graciela le explicó que, en su familia, era tradición que el novio llegara a la casa de la novia, junto con los padrinos, y que de allí salieran juntos hacia la iglesia. No era así, pero ella, sabia y muy inteligente, se aseguró de que él llegara con ella al altar. Y así fue: el día siguiente, frente al altar, sus corazones se unieron para siempre.

Tras la boda, partieron hacia Manizales, donde pasaron su primera noche como esposos. Poco después, comenzaron una vida juntos en Bogotá, una vida que, aunque llena de retos y dificultades, estuvo siempre sostenida por el amor inquebrantable que se habían prometido. Once meses más tarde, llegó su primer hijo. A pesar de las dificultades económicas, nunca faltó amor ni solidaridad. Con el tiempo, llegaron tres hijos más, y con ellos, las alegrías y las pruebas propias de una familia. Pero ellos, con la fuerza del amor y la solidaridad, superaron cada obstáculo que se presentó en su camino.

Con el paso de los años, su hogar se llenó de risas y de hijos, que, con el ejemplo de sus padres, crecieron en un ambiente de respeto, trabajo duro y unión. No eran una familia rica en bienes materiales, pero eran millonarios en amor, y eso les permitió criar a cuatro hijos que, como ellos, aprendieron el valor de la vida y la importancia de estar juntos.

El 30 de noviembre de 2019, Néstor inició el final de su largo viaje por la vida. Un mes después, cuando cumplían 60 años de feliz matrimonio, en su lecho de muerte, le preguntó si volvería a casarse con él. Con una mirada dulce, profunda y llena de amor, respondió con una seguridad inquebrantable: “Sí, sin dudarlo”. El 5 de febrero de 2020, rodeado de su familia, el sacerdote le aplicó los Santos Óleos. Néstor abrió sus ojos por última vez para ver el rostro de la mujer que había sido su compañera de vida, y con esa última mirada partió hacia la eternidad, dejando tras de sí un legado de amor que trascendería el tiempo.



LaSexta

Nació en Medellín el 19 de abril de 1959, la sexta de la familia Gómez Palacio, una niña muy extrovertida y conversadora. Le gusta contar historias. Su hija, que vive en el exterior, leyendo el periódico El Tiempo de Bogotá, encontró la convocatoria y le contó de ella, pues veía la oportunidad de escribir sus historias. Así fue como se animó a participar de esa maravillosa experiencia. Sus seis hermanas tuvieron que ver con cada una de sus historias; era un pretexto para hablar casi todos los días de lo que les había pasado en su infancia.

Doña Cenovia, la señora bonita

Por LaSexta

Esta historia de amor no es mía; me la contó mi hermana mayor, Merito, cuando un día estábamos en su casa en una reunión familiar y llegó esta pareja. De inmediato le pregunté quiénes eran, y me dijo: “Darío, el sobrino de Francisco, y Cenovia, su esposa. Te tengo que contar su historia de amor; es increíble”. Lo primero que vi fue la diferencia de edad: ella, muy mayor y él, muy joven. Ella tenía unos rasgos muy bonitos; seguro de joven fue muy agraciada. Tenía un porte de señora de clase alta, estaba muy bien arreglada y llevaba un vestido precioso. Cenovia fue modista; a su casa llegaban las señoras de sociedad a mandarle a hacer sus trajes.

Pero les cuento cómo empezó esta historia de amor. En los años setenta, en un periodo de vacaciones de mitad de año, estaban los niños del barrio jugando en la calle, y de repente salió Darío (13 años) llorando para su casa; se había quebrado el brazo derecho. Bertha (35 años), la mamá de Darío, cuando lo vio, se llenó de nervios y lo que hizo fue pegarle palmadas y decirle lo travieso y brusco que era. Su vecina del frente, Cenovia (38 años), viendo lo que pasaba, fue y le dijo a Bertha que esa no era la manera de reprender al muchacho. Más aún, como estaba con el brazo quebrado, Cenovia se llevó al niño a su casa, sacó dinero para llevarlo a la policlínica, donde fue atendido y lo enyesaron. Le recetaron unos medicamentos para el dolor. Cenovia salió con el niño de la clínica, lo llevó de nuevo a su casa, le dio de comer, le compró los medicamentos y lo llevó a su hogar. Bertha salió y le dio las gracias a su vecina, y se disculpó por su actitud y le explicó que había reaccionado así por los nervios que le dio verle ese brazo roto.

Terminaron las vacaciones, y Darío llegó con su brazo enyesado a la Normal de Varones de Medellín, donde estudiaba. Allí terminaron el bachillerato él y el hijo mayor de Cenovia. Pasaron los años, y Darío empezó a trabajar en la empresa Telecom, repartiendo cartas en bicicleta. Ya Cenovia no vivía en aquel barrio, y ellos tampoco. Un día, la vio por el estadio y se le acercó, preguntándole cómo estaba. Ella, con la dulzura que la caracterizaba y esa delicadeza para tratar a la gente, le dijo que hacía varios años estaban viviendo allí. Darío la vio más bonita que antes; le dio mucha alegría verla. Sintió algo tan especial; tenía un recuerdo tan lindo de ella. Seguía en su mente ese recuerdo hermoso de cómo lo había tratado en aquel incidente de su niñez. Ella seguía cosiendo los trajes a sus clientes y sus hijos; de siete que tenía, ya solo vivían tres con ella y su esposo. Siguieron hablando, y se dieron cuenta de que hasta vivían muy cerca, pues la familia de Darío vivía por el velódromo.

Un día, en su recorrido de repartidor de cartas, se presentó en la casa de Cenovia para saludarla. Él sintió que no le desagradó su visita; lo atendió muy bien. Charlaron de una forma muy amena, y ella, muy interesada por su familia, le preguntó por todos. Se le pasó el tiempo tan rápido que no se dio cuenta de que le faltaban muchas cartas por entregar.

Pasaron algunos meses, y un día, cuando Darío salía de las oficinas de Telecom, que quedan por Palace, una calle de Medellín por donde hay muchos almacenes de variedades donde vendían los insumos para los trajes que cosía Cenovia (hilos, cierres, botones, etc.), la vio entre la multitud y la siguió. Al rato, se le acercó y le tomó la mano para llamarle la atención. Ella se asustó al verlo allí. Él le preguntó si ya había terminado de comprar las cosas, y ella le dijo que sí, que ya iba a coger el bus para irse a casa. La invitó a que se tomaran algo, que todavía estaba temprano y se podían ir juntos, pues vivían cerca. Ella aceptó, y terminaron de pasar una tarde muy agradable. Se sintieron tan bien en aquel encuentro que lo siguieron haciendo cada vez, todos los viernes después de las 2 p.m. Ella salía para el centro a comprar las cosas que le hacían falta para terminar los vestidos de sus clientas, aunque también era el pretexto para encontrarse con Darío, pues ya le hacía mucha falta cuando no lo veía.

Pasaron muchos años en esta misma situación. Darío era un solitario; su mamá decía que no tenía novia, que no salía casi de casa, que no tenía amigos. Pero era que el amor por Cenovia lo llenaba todo. Los deseos de verla a solas los viernes, para él, eran lo mejor que le podía pasar. Encontrarse y poder expresar toda esa ternura y cariño que sentía por ella era maravilloso. Y a ella le pasaba igual; ya no veía la diferencia tan grande de edades, 25 años.

Era tanto el amor que sentía por él que ya no le importaba esa diferencia tan exagerada de edades; ya ni siquiera pensaba que iba a envejecer más rápido que él.

Cenovia enviudó; su esposo murió de un infarto fulminante, y ella quedó sola, pues sus hijos se fueron de casa: unos casados y otros a vivir independientes. Ya los encuentros fueron más frecuentes y, después de unos años, decidieron casarse. Fue una boda muy íntima, pero una luna de miel espectacular: un crucero por el Caribe, disfrutando de su amor. Y cuando llegaron, Darío le tenía de regalo el nido de amor más bonito que había organizado para compartirlo por el resto de sus vidas: una casita a las afueras de la ciudad, en un pueblito muy tranquilo, La Concha. Allí viven juntos, disfrutando de ese gran amor que nació por un accidente.





Marviviana

El hombre llegó a la luna por primera vez en 1969 y de regreso trajo un reflejo de luz a la Tierra que tomó vida en una pequeña niña de tez morena un 27 de octubre. Esta luz ha sido vital para su camino de luchas y retos, de adversidades y alegrías, de soledades y compañías. Desde pequeña se encaminó en la búsqueda de Dios y en crecer en la vida espiritual. Como representante de la generación “X”, se ha caracterizado por su alegría: bailarina y amante de la salsa gracias a que parte de su infancia transcurrió en Cali. También se ha dedicado al estudio y a la academia; en Bogotá recibió el título de comunicadora social con postgrado en Gerencia de Mercadeo y especialización en Entornos Virtuales de Aprendizaje becada por la OEA. Orgullosa madre y padre a la vez de su hijo, que es la luz de su vida. Aunque a sus 44 años fue declarada con discapacidad total física/motora, esto no ha sido un impedimento para destacarse, para escribir y para soñar con que algún día podrá volver a bailar salsa.



Destinos cruzados: el amor que viajó a través del tiempo

Por Marviviana

Siempre he creído en la reencarnación de las almas.

La historia se remonta al año 1990, en medio de una búsqueda espiritual de Dios. En uno de los tantos lugares que recorrí, hice parte de un grupo espiritual de Indonesia que organizó un encuentro mundial en Quito, Ecuador. En esa oportunidad, asistieron personas de diferentes partes del mundo, entre ellas la líder mundial, una mujer muy espiritual, cercana a los 60 años.

Practicando nuestro ejercicio espiritual con los ojos cerrados, comencé a tener una visión muy especial de una mujer hermosa, con un vestido blanco en medio de una fiesta, al parecer en Inglaterra, en el año 1800. Lo intuí porque yo me veía como un militar de rango, uniformado, alto y muy apuesto. Utilizaba una peluca blanca, corta y enrollada en las puntas, como la que usaban los militares y jueces de la época. Supe que era yo.

De un momento a otro, esta hermosa mujer se me acerca a decirme que está esperando un hijo mío, un varón. Yo solo me fijé en sus hermosos ojos cafés, radiantes de luz y de amor. Le di la espalda, me dirigí a la salida del salón que me conducía a un extenso prado y me marché a la guerra. La abandoné a ella y a mi hijo. Al abrir mis ojos, la líder mundial del grupo, esa mujer madura y sabia, estaba justo frente a mí. Me sonrió y le conté emocionada mi visión. Simplemente me dijo: “Te han revelado una de tus vidas pasadas. Tal vez llegaste a esta vida a evolucionar y a subsanar los errores cometidos”.

Regresé a Colombia con esta impactante visión en mi mente y en mi corazón. No supe en qué instante se pasaron los años, pero en un abrir y cerrar de ojos llegó el año 1998, ya

ejerciendo mi profesión en una empresa española. Recuerdo que, ese agosto inolvidable, recibí una llamada telefónica de un trabajador encargado de las sedes comerciales de la empresa en Cataluña, que venía a Colombia a implementarlas. Solicitaba reunirse conmigo. Yo, con exceso de trabajo, a regañadientes, concerté una reunión con él para la semana siguiente.

El reencuentro de las almas

Realmente no quería esa reunión por mi alta carga de trabajo. Sin embargo, tenía que atenderlo. Recuerdo con lujo de detalles cuando se anunció y entró a mi oficina. Yo, aún mirando el teclado del computador, solo recuerdo levantar mi cabeza y mirarlo a los ojos. En ese instante, mi corazón se aceleró (sin duda tuve taquicardia), no podía respirar, no podía hablar, producto del impacto al ver sus hermosos ojos cafés, radiantes de luz. Eran los ojos de aquella mujer de mi vida pasada que yo había dejado sola con mi hijo. Era ella, digo él, ahora en esta vida. Ahora convertido en hombre, con los mismos ojos de mi amada del pasado. Era en verdad impresionante.

“Un placer conocerte, soy Joseph”, se presentó. Yo no podía hablar. Apenas si atiné a decirle: “El gusto es mío, sigue por favor a la sala de juntas”. No recuerdo qué tanto dijimos en la reunión. Lo que sí percibí fue que su mirada no se apartaba de mí y, de inmediato, formamos un buen equipo de trabajo. Extrañamente, nos entendíamos mucho.

Al pasar de los días, entre metas, proyectos y logros, nos comenzamos a acercar. Muchas invitaciones a almorzar, a compartir, pero nunca ni él ni yo nos atrevimos a decirnos algo. De hecho, intentaba rozarme la mano y yo la retiraba. Un día respiré profundo y tomé la decisión de invitarlo a almorzar. Fui a buscarlo a su oficina y ya había salido. Allí, como si el destino la hubiera puesto en mi camino, apareció una compañera de trabajo que conocía a Joseph. Le conté que lo estaba buscando y, sin querer, me dijo que estaba con su novia, una colombiana que había conocido y estaban saliendo.

Yo me paralicé. Salí muy triste ese fin de semana, y me propuse alejarme de él. Por fortuna, el trabajo ya estaba muy adelantado, y cada vez era menos necesario vernos. Una noche quise visitarlo en su hotel, pero me contuve; no lo logré hacer. A menos del año, me llama a despedirse, que ya se había terminado su comisión y debía regresar a su natal Barcelona.

Un hasta siempre

Sentí mucha tristeza por su partida y me preguntaba: “¿El amor de mi vida estuvo en frente de mí? Se fue, no me reconoció, pero mi corazón sabía que algún sentimiento había entre los dos, unidos por ese pasado de siglos que sin duda alguna marcó nuestro presente”.

Se fue, dio la vuelta como yo lo hice con ella (es decir, él), viajó. Para ese momento era muy difícil comunicarnos; no existía el correo electrónico, y una llamada internacional con diferencia horaria era algo costoso y difícil de hacer. Decidí olvidarlo.

Tres años después

Pasado el tiempo, comencé a trabajar en una empresa del estado colombiano. Ya se iniciaba el mundo digital: las páginas web, la Internet. Al hacer parte de un grupo de comunicaciones, mi nombre aparecía en esta página, y un día sorpresivamente recibí un correo electrónico del amor de mi vida, a miles de kilómetros de distancia, preguntando por mí y por sobre qué había sido de mi vida.

Me contó que se había casado y confesó que nunca supo cómo hablar de su amor por mí, y que nunca me dijo nada, pensando que yo no sentía nada por él. Para esa época, yo estaba recién separada, en una etapa muy difícil. Recuerdo esos momentos, yo hablando con el amor de mi vida, el que realmente era mi amor y que se fue como agua entre los dedos.

Duramos hablando algún tiempo, pero ya su hogar, los compromisos de uno del otro, nunca permitieron que nos volviéramos a ver. Nunca volvimos a hablar, pues era una tortura hacerlo sin podernos ver y no tener la esperanza de encontrarnos, por la distancia, por el respeto a su hogar.

Al pasar de los años y ahora después de los 50, soy una mujer madre y padre a la vez de un hermoso hijo. Tal como la abandoné con mi hijo, así hicieron conmigo. Espero que esta sea mi última reencarnación, porque todo, absolutamente todo, en alguna vida, se paga.



Martha Gracia

Una vez más, de la mano, la vida y la muerte se dieron cita en 1968. Ocurrieron dos acontecimientos que marcaron la historia de dos familias: la muerte de Martin Luther King y el nacimiento de una niña el 11 de mayo del mismo año.

Esta niña, a pesar de su corta edad, desempeñó labores de hogar, al tiempo que estudiaba la primaria. Se casó muy joven y, en su edad adulta, validó el bachillerato. Ejerció su labor de ama de casa por muchos años.

A ella le gusta visitar enfermos, tiene un gran gusto por la vida y sus enseñanzas.

Un grandioso día le llegó la invitación, a través de su hija, de inscribirse a una escuela virtual para adultos mayores.

Esta escuela representó para ella la gran oportunidad de adentrarse en su ser y aprender a crear y creer en ella, que todos los días nos podemos realizar con grandes dones, talento y que jamás es tarde para intentarlo.

La partida de mi bella Betzabeth

Por Martha Gracia

La partida de mi bella Betzabeth, cuando ella tenía 83 años, fue tan desgarradora que creí no superarla. Ella era una abuela activa, cariñosa, sonriente, a pesar de no tener ni un solo diente. Era mi vecina de al lado, a quien, por razones de la vida, distinguí por más de 12 años. Solíamos visitarnos, compartíamos; algunos tenían la idea de que era mi mamá debido a la cercanía que teníamos.

Pero... sucedió algo que a veces nosotros, muy en el fondo, tememos: ese miedo, tal vez oculto, a que alguien deba partir a la eternidad. Y, sin notarlo, se acrecienta esa sombra aún más si es alguien muy cercano a nosotros.

Era un miércoles, 9 de agosto de 2017, a las 5:30 de la tarde, cuando alguien golpeó con desesperación en nuestra puerta. Escuché una voz angustiada que me llamaba: “¡Martha, Marthaaaa!”. ¡Oh! Hubiera querido no haber estado ese tétrico día. Don Jaime estaba extremadamente nervioso; sus ojos contenían una tenue luz de angustia. De repente, dijo: “Necesito que me acompañes a mi casa, mamá está muy mal”.



¡Uf! Sentí que me recorrió un escalofrío por todo mi cuerpo. Se me fueron las palabras y, sin pensarlo, salí con él hacia su casa. Ah, sí, era mi bella Betzabeth, quien allí yacía recostada en su cama, con sus ojos desorbitados, helada, sudorosa, y gemía con sonidos indescriptibles que estremecieron mi ser hasta los tuétanos y el corazón. Desencajaron mi rostro; sentí como si una daga hubiera atravesado dentro de mí.

Esta agonía se intensificaba a cada segundo. Vecinos y amigos acudieron a “auxiliar” a nuestra bella Betzabeth. ¡Ja! ¡Qué ilusos...! No podíamos creer este terrible suceso. Ella agonizaba, sin poder luchar por sí misma, con aterradores gemidos. Esa oscura pelona que llegaba por ella debería convertirse en piedra, paralizada, para que dejara de insistir en querer llevársela.

Aún atónitos ante ese escalofriante momento, insistíamos con nuestros ruegos para que aún no se la llevara o, por lo menos, no sufriera como lo hacía allí.

Aquella oscura pelona tiene veneno en sus venas: dolor, sufrimiento para quienes se la encuentren. Es de sangre fría; no parará hasta quedar satisfecha. ¡Oh, desgraciada, maldadosa!

Mi guerrera, luchadora, indefensa Betzabeth se agravó. Dejó por un momento de lanzar gemidos, como... desmayada, como muerta. Entramos en trance, y ahí alguien de los presentes, llenándose de valor, exclamó: “¡Jaime, Jaimeeee; llévela a urgencias! Está muy helada”. Yo, sin pensarlo, fui a casa y le presté un par de medias de mi esposo. La cubrieron en una cobija, y sucedió algo increíble: en un abrir y cerrar de ojos, íbamos en el taxi, don Jaime y yo... Ella, con su cuerpo desgonzado, tan solo rezongaba muy lento. Llegamos al hospital, a urgencias, y ahí no pudimos verla más...

Porque... era tal su gravedad que... nos sacaron del lugar y nos mandaron a la sala de espera. El tiempo allí parecía no avanzar. Llegó su nieta Daniela. Entró al cuarto donde se encontraba la abuela, y en cuestión de segundos salió del cuarto, dirigiéndose hacia nosotros sin mediar palabra. Esta joven se veía trastornada; se dirigió hacia nosotros y abrazó a su papá. Lloraron desconsoladamente. En ese instante, me sentí desmayar; me dolió algo dentro de mí, se me aceleró el corazón. Quedé como sumergida en un limbo. Tan solo en ese momento comprendí que mi bella Betzabeth nos había abandonado. Su pelea con la oscura pelona había terminado y había logrado su cometido de llevársela. De nada valió haber perseverado por quedarse un poco más. Fue infructuoso el esfuerzo de quienes la acompañamos en ese

trance tan turbulento, ese lapso de agonía que... para nosotros fue una eternidad. Ella tan solo esperó para regalarle a su nieta su último suspiro. Como un rayo fugaz, viajó a su nuevo destino.

Sí, el dictamen médico confirmó su tiempo de sufrimiento. No... nadie lo sabe. Sí... que mi bella Betzabeth había partido. Se vio obligada a dejarnos. Nosotros, entre luto y lágrimas, comprendimos que ya no la veríamos más. Lo sé, de pronto sea que... sí, nos identifiquemos con este relato; porque de pronto hemos tenido que despedir o acompañar a alguien que quisiéramos haber dicho o hecho algo más por aquellos que no están.

Tan solo nos queda confiar en que, a pesar de que aquellos que nos han precedido se nos hayan adelantado, tenemos la esperanza de que algún día nos reuniremos todos nuevamente.

Tú eres la tristeza de mis ojos que lloran en silencio por tu amor. Me miro en el espejo y veo en mi rostro el tiempo que he sufrido por tu adiós. Obligo al pensamiento a que te olvide, pues siempre estoy pensando en el ayer. Prefiero estar dormida que despierta, de tanto que me duele que no estés. ¡Cómo quisiera que tú vivieras, que tus ojitos jamás se hubieran cerrado nunca y estar mirándolos! Amor eterno e inolvidable, tarde o temprano estaré contigo para seguir... amándonos.

Yo he sufrido tanto por tu ausencia desde ese día hasta hoy. No soy feliz, aunque tengo muy tranquila mi conciencia. Sé que pude haber hecho más por ti. Oscura soledad, estoy viviendo la misma soledad de tu sepulcro. Tú eres el amor del cual yo tengo el más triste recuerdo de Acapulco.

Te extrañaré, tercer cielo.
Ojalá pudiera volver el tiempo
Para verte de nuevo,
Para darte un abrazo...
Y nunca soltarte.



Mas comprendo
Que llegó
Tu tiempo,
Que Dios te ha llamado
Para estar a su lado...
Así Él quiso...
Pero yo nunca pensé
Que fuera tan pronto
Y que doliera tanto.



Marina del R. León Barrios

Marina es una persona apasionada por el servicio y el aprendizaje, tanto propio como ajeno. Desde niña, sintió un llamado al crecimiento personal y profesional, una motivación que aún la impulsa. Con 61 años recién cumplidos en enero de 2025, valora profundamente su fe en Dios y la compañía de sus seres queridos. Disfruta de la naturaleza, el cine y los momentos compartidos con amigas alrededor de un café, experiencias que enriquecen su espíritu.

Como psicóloga de formación, cree firmemente en el ser humano y su potencial, lo que le hace amar su trabajo aún más. Historias en Yo Mayor le permitió abrazar sus vivencias, transformando recuerdos en un regalo para otros. A través de este programa, ha escuchado, celebrado y encontrado lecciones valiosas en las historias de sus compañeros. Reconocer los desafíos de otros, inspirarse en sus relatos y festejar la cultura, la música y la aventura de la vida han sido parte de su experiencia.

Bajo las naguas de mamá

Por Marina del R. León Barrios

Siempre recuerdo mi niñez con un dejo de melancolía, esa tristeza suave y poética. En lo poco que recuerdo, era una niña tímida y algo enfermiza. Recuerdo mi cabello rizado, medianamente rubio, que poco a poco se fue volviendo castaño; abundante y algo rebelde, en el cual mi madre hacía gajos. Era la del cabello más claro en casa, así que, de allí, mi apodo, el cual amo, La Mona.

Recuerdo esos gajos ahora, al mirar las pocas fotografías que hay. No puedo decir que evoco el momento, más sí imagino a mi madre y esos tiempos de calidez y lo que debió haber sido un ritual de amor. Verme en las fotos con esos gajos, cada uno perfectamente formado, me hace sentir especial y amada.

En mi mente sí se conservan algunos momentos de lo que fue ser enfermiza. Varias dolencias me acongojaron. Traigo a mi mente las provocadas por las picaduras de zancudos, que irritaban tanto mi piel, que siempre pensé que dejarían una huella imborrable en ella. Así lo fue durante mucho tiempo, siempre llena de manchitas blancas, pero que, al llegar a vivir a Bogotá, se fueron disipando. Esas picaduras se inflamaban frecuentemente. Yo era lo que siempre escuchamos decir: “dulce para los zancudos”.

Me veo a mí misma, con esas ronchas inflamadas, provocando una sensación de peso por el pus; a veces incluso mis manos pesaban para poder comer. Así crecí, demasiado cuidada. No hacía muchas cosas que hacían los otros niños. No me subía a los árboles; estar en las fincas o en el pueblo donde mi abuela no lo disfruté tanto como mis hermanos y primos. Era la que siempre estaba bajo las naguas de mi mamá.

Recuerdo que mis pijamas o algunos vestidos eran de manga larga y pantalones largos, aún en el fuerte calor de Cartagena. En mi piel, era común ver los restos del remedio Rifocina,



un líquido rojo que, al aplicarlo, dejaba un rastro de su color característico, pero que hoy agradezco, porque, de seguro, así como su apariencia, debió ser el alivio que traía a mis ronchas. El caladryl era otro remedio que envolvía y abrazaba constantemente mi cuerpo; su color rosado era tan dulce como su bálsamo en las picaduras. Hoy, aunque este remedio se consigue en un color transparente, siempre compro el rosado, mi viejo amigo. Ahora, pienso en estos remedios y todo lo que mi mamá aplicaba a mi cuerpo, como un acto de cuidado sin igual.

Mis hermanos siempre dicen: “La Mona es la consentida de mamá”. Creo que se refieren al continuo cuidado para mí. Mis constantes molestias por los zancudos, que, según me cuentan, hicieron conmigo lo que querían desde bebé, cuando aún no sabía ni gatear. El extremo cuidado y seguramente mi propia esencia y temperamento hicieron de mí una niña algo introvertida, que prefería estar bajo las naguas de mamá.

Estar bajo las naguas de mamá era buscar en forma permanente la seguridad y protección y su cercanía. El único lugar confiable. También fue depender en muchas cosas de ella, tomar decisiones con su apoyo o consentimiento, sentir que sin ella no podía estar.

Hay melancolía por la mirada hacia esa época hermosa y, a la vez, carente de cosas. No jugaba con la arena, no exploré muchos lugares, no pasé tanto tiempo, como ya dije, en casa de los abuelos, donde todos mis hermanos y primos tienen tantas aventuras. Fui la niña juiciosa, responsable, estudiosa, obediente y cariñosa. En este sentimiento, también hay belleza. Allí aprendí mi amor por estudiar, por la reflexión e introspección, por la lectura. Allí moderé mi carácter que, aunque fuerte, a la vez dócil y conciliador.

Las naguas de mi mamá trascienden el tiempo, la edad. A sus 84 años, su amor y cuidado siguen siendo un refugio constante en mi vida. Cuando viajo a visitarla a Cartagena, sus actos de atención son como ese abrigo invisible que me cobija. Su fortaleza me asombra.

En sus naguas encuentro su afecto incondicional, una garantía de que siempre estaré cuidada y protegida bajo su generosa falda. Atesoro las naguas de mi mamá como el más valioso regalo de Dios en medio de la adversidad, que realmente es un legado de amor en todo tiempo.



Mayela Schwartz G. - MayeMaye

Nació en el año 66, en Valencia (Venezuela), considerada la Ciudad del Sol.

Su curiosidad innata la llevó a aprender muchas cosas, sus hermanos mayores eran sus mejores maestros. Las letras, los dibujos y los libros siempre fueron parte de su vida. Se graduó en los años 90 como Terapeuta del Lenguaje. Y actualmente se dedica a generar bienestar a través del arte. Los mandalas son sus principales herramientas, y todo esto lo complementa con sus conocimientos de Coaching Cuántico y Biodescodificación. Su mayor bendición son Javi y Danny; y su pasión, los trazos y el color.

A sus 58 años, llega a Historias en Yo Mayor, porque así tenía que ser. Pues solo fue por medio de un anuncio en Instagram, que activó la curiosidad que la caracteriza. La experiencia fue maravillosa.

El primer beso

Por Mayela Schwartz G. - MayeMaye

Tenía 15 años, estaba en plena adolescencia. Tú, el universitario. Nos conocíamos de niños; éramos como primos: aunque la sangre no nos unía, sí una gran amistad entre nuestros padres.

No sé en qué momento comenzamos a vernos diferente. Quizás las hormonas hacían de las suyas. Ya nos veíamos con otros ojos, y verte era importante para mí. Aunque no nos atrevíamos a decirnos nada, disfrutaba de tu compañía.

Solía jugar a las muñecas con tu hermana. Luego, los juegos cambiaron; ambas crecimos, pero pasábamos tardes juntas cuando se podía. Recuerdo también que disfrutaba ir de vacaciones a la casa que tus padres tenían en la Colonia Tovar, un sitio frío en la montaña, en las afueras de Caracas, Venezuela. Pero tú no ibas, pues era solo para los chiquillos de la casa y sus amigos.

Empecé a escribir tus iniciales en mis cuadernos. Me gustaba hacer letras y mis compañeras de salón siempre me pedían que escribiera sus nombres o los de los novios de turno. Yo, en ese momento, solo ponía tus iniciales con corazones; temía que mi mamá lo viera. En fin, solo era un romance platónico; el amor no llegó.

La vida o mis malas calificaciones me llevaron a ti. Mis padres, en vista de la situación y mis ceros en matemáticas, decidieron junto con los tuyos que me explicaras la materia. ¿Quién mejor que tú, un excelente estudiante de ingeniería en una prestigiosa universidad venezolana, para ser mi profesor?

No recuerdo cuándo fue la primera clase. Yo, con mis libros y cuadernos, dispuesta a escuchar tus explicaciones. Entre ecuaciones y polinomios, había miradas de tu parte. A mí me daba vergüenza, pero me hacía la loca. Así fue creciendo algo entre nosotros; fuimos



acercándonos cada vez más, hasta que un día, al terminar la clase, en la cocina de tu casa, me robaste un beso.

Yo me quedé paralizada; no sabía qué hacer. Por suerte, tu hermana me llamó y pude huir en el momento preciso. Subí corriendo y seguí jugando con tu hermana como si no hubiera pasado nada. Pero en mi mente estaba ese beso, estabas tú. Te fuiste a tu cuarto, y al pasar, cruzamos las miradas con cierta complicidad.

Siempre guardamos silencio. Nadie supo de esa posible relación entre nosotros. Yo te soñaba, te imaginaba y hasta te escribía poemas. Pasaron varios meses; seguían las clases. Ya iba bien en matemáticas, pero era la excusa perfecta para vernos y pasar un momento a solas.

Nunca fuimos novios. Realmente, solo había atracción entre nosotros: uno que otro beso fugaz, solo eso. Solo fuiste mi primera ilusión, y en ese momento pensaba que eras mi primer amor.

Pasaron los años. Tú hiciste tu vida y yo la mía. Nos vimos, compartimos muchas cosas; incluso fui a tu matrimonio, tú al mío, y siempre hubo algo especial entre nosotros. Hasta que un día nos volvimos a encontrar en la misma cocina. Me invitaste un café; estábamos solos. Tu pareja, en ese momento, de viaje, y yo, recién separada de la mía. Pensé robarte un beso y revivir ese momento. No sé si era añoranza o venganza. Preferí no hacerlo... simplemente me despedí de ti, y nunca más te vi...





Ulises Franco

Nació en la hermosa capital de Colombia en 1961, año del primer viaje espacial tripulado (Rusia), la construcción del Muro de Berlín y la elección de John F. Kennedy como presidente. Creció en compañía de su familia, cursó primaria, bachillerato y pregrado en instituciones públicas, hasta graduarse como ingeniero químico. Mientras tanto, se incrementaron los gustos por la bicicleta, el atletismo, la música y la escritura, que luego lo acompañaron en un largo recorrido profesional por la industria energética hasta cumplir su etapa laboral y pensionarse, para dedicarse a actividades como la lectura. Gracias a esta, un buen día, se enteró del proyecto de Historias en Yo Mayor, que lo llevó a rescatar lo que había quedado en pausa y que ahora lo ocupa y apasiona en su nueva etapa.

Penélope y Ulises

Por Ulises Franco

Mi padre era un fanático de las películas y, en especial, del cine mexicano. En aquella época estaban muy de moda Cantinflas, Resortes, Capulina y otros tantos actores muy populares que, en Latinoamérica, fueron muy famosos, ya que representaban en gran medida la cultura, las costumbres y, en especial, la economía de estos países.

Pero también llegaban al país películas norteamericanas realizadas en Hollywood, con traducciones al español de manera incipiente, pero que fueron tomando fuerza a medida que la tecnología y los temas fueron más asequibles por parte de la población, que hacía un gran esfuerzo por ahorrar para dedicar una tarde al cine con la familia o amigos, en alguno de los teatros que se fueron extendiendo y popularizando a medida que había más demanda.

Cuando tenía unos 6 años, le pregunté a mi padre la razón de mi nombre, Ulises, ya que no era un nombre muy común y, al mismo tiempo, siempre había dificultad para pronunciarlo o escribirlo. Tenía que hacer un gran esfuerzo cada vez que alguien quería conocer mi nombre. Mi padre me narró que fue por la película del mismo nombre, basada en el libro La Odisea, donde el protagonista se llamaba Ulises y contaba con gran astucia e inteligencia para todo lo que hacía. De esta forma, él quería que su hijo tuviese características similares y siempre lo repitió a lo largo de su vida. Dentro de la película también estaba la esposa de Ulises, Penélope, quien representa el icono de la fidelidad, pues, durante uno de los viajes de Ulises y según la tradición de la época, aguardó por diez años a su esposo, esperando que estuviese vivo antes de aceptar volver a casarse. La historia me parecía fantástica, y solo hasta más entrado en años pude ver la película y leer el libro con aquellas historias mitológicas, con las cuales crecí a raíz de llamarme así y que consideraba únicas.



Cuando terminé mi bachillerato, mientras esperaba ingresar a la universidad, fui al sitio donde mi padre tenía un pequeño negocio. Él atendía a los clientes y yo le ayudaría en sus labores. Esto sucedió en el mes de diciembre, cuando hay alta temporada de compras. Sin embargo, al terminar el mes e iniciar un nuevo año, la ciudad se desocupaba y los comercios cerraban. La soledad y disminución de carros era muy notoria para aquel entonces.

Pasada la Navidad y el fin de año, efectivamente, mi padre tomó un descanso, pero su negocio no cerraba en ninguna época, y fue así como quedé solo atendiendo y realizando todas las actividades rutinarias, incluyendo buscar un sitio nuevo para almorzar, pues el restaurante que estaba justo al lado estaría cerrado hasta luego de la mitad de enero.

Ese dos de enero, efectivamente, recorrí varias cuadras en busca de un sitio donde almorzar, hasta que encontré un restaurante que, en su entrada, ofrecía el almuerzo ejecutivo, con algunas variaciones. Se llamaba Restaurante el Bazar Ateniense. Al comienzo, no lo relacioné con nada en especial, así que ingresé y tomé asiento en una de las tantas mesas disponibles. Debido a que era inicio del año nuevo, no había muchos comensales para ese momento.

Al fondo del restaurante divisé un par de personas, parecían los dueños del lugar. Fueron ellos quienes exclamaron en voz alta: “Servicio a la mesa”, cuando me vieron llegar. Apareció una hermosa mujer, joven, con aspecto de tener más edad, muy cordial. Me ofreció los platos del día, las clases de sopa, las proteínas y sobremesas, a los cuales no les tomé atención por estar detallando su físico y la manera en que hablaba. Cuando finalmente pude concentrarme, realicé el pedido, y se marchó; volvió unos minutos después con el primer plato.

En algún momento, me dijo: “Te conozco, eres la persona que trabaja en el negocio que no cierra y que está a unas cuadras de distancia de aquí. Lo sé porque paso por allí para realizar algunas compras que mis padres me solicitan”.

Le respondí: “Sí, es correcto. ¿Cómo te llamas?”.

“Penélope”, me dijo.

En aquel momento no podía creerlo. Finalmente, conocía a una persona con el nombre que años atrás era parte de solo una película y de una historia de la mitología, pero que ahora era real y que estaba frente a mí.

Le dije: “No es posible, me llamo Ulises”. Ella exclamó: “¡No! Es imposible, no te creo”. Y tuve que mostrarle mi documento de identidad para que me creyera.

Así empezó la historia de una gran amistad que, con el tiempo, se convirtió en amor. Ella

en ese momento tenía solo 13 años, era de una belleza única, seguramente heredada de su padre. Sus cabellos eran delicados cabellos y su sonrisa, fantástica. Ella me llevó a conocer muy de cerca a sus padres y su hermano. Compartimos historias sobre Grecia, la tierra de origen de su padre, sobre el restaurante, sobre las razones que los llevaron a vivir en un país extranjero y, en general, todo lo que rodeaba la historia de Ulises y Penélope.

El transcurso de los años nos llevó a establecer una gran historia de amor, por los nombres, por nuestra historia, por nuestras familias y por las tradiciones que compartimos durante muchos años, hasta que ella se convirtió en adulta, profesional y decidió viajar al extranjero para radicarse en otro país.

Aún hablamos y recordamos nuestra historia, la bella época que recorrimos, los maravillosos momentos compartidos con nuestras familias y las decisiones que nos marcaron de por vida. A veces nos preguntamos qué habría pasado de haber continuado juntos. En lo personal, me parece algo mitológico y fascinante, pues estos nombres nos han marcado de por vida, y encontrarlos juntos, como en la historia que les dio origen, no es algo que suceda fácilmente.

Sigo entrando a restaurantes a almorzar, esperando en encontrar a alguien que me sonría y me diga que se llama Penélope.



Carlos Arturo González Díaz

Muchos años después, frente al pelotón de hermanos, su madre había de recordar aquella noche remota en que su padre los abandonó para siempre. Villavicencio era para entonces tan pequeño que no fue difícil saber quién era el padre. Fue un 26 de junio de 1958. Se declara como un melómano, amante del fútbol, del cine, la cocina, la escritura y el olor de la boñiga. La mórbida curiosidad lo llevó a enterarse de la Escuela en Historias en Yo Mayor, y consideró sus espacios para contar historias que merecen ser contadas. Es auditor HSEQ. Considera que todo le ha llegado tarde... y espera que la muerte decida también posponer su visita. Extraño deseo de un hombre que espera a la muerte todos los días.

Irremediablemente juntos

Por Carlos Arturo González Díaz

Cuando yo me fui, abandonando a mi esposa, mi primer y único amor, jamás consideré volver a cruzar el temido umbral de la casa que un día fue mi hogar y donde fui feliz años atrás. La necia soberbia y la atrevida arrogancia —por fortuna— fueron una experiencia desagradable y ya eran cosa del pasado. En plena pandemia (COVID-19), tuve que tragarme el orgullo para decirle a María Luisa que me dejara regresar porque literalmente no tenía en dónde vivir. Ella me vio deprimido, se apiadó de mí y, en su corazón noble, no halló razón para no ayudarme.

De manera clara y evidente, me manifestó que me recibía por ser el papá de sus hijos, pero que no me ilusionara porque ella no deseaba volver a involucrarse sentimentalmente conmigo. Así, pues, solo cuando me quedó claro, me permitió entrar.

Fui agradecido por ese gesto noble, pero me produjo tristeza aquellas palabras pronunciadas en voz alta —no querer involucrarse sentimentalmente—, porque yo había tenido tiempo para reflexionar y sentía que aún la amaba y que mi relación podía salvarse. Esta decisión hirió mi ego y la consideré como un rechazo. Sospeché que ella tenía nuevamente comprometido su corazón.

Yo me encontraba en un estado lamentable, emocional y económicamente, porque me fui detrás de una falsa ilusión que desmoronó todo en mi vida, enviando mi primer amor al garete.

En virtud de aquella sentencia, trataba de ser lo menos visible. Cumplía con las tareas que María Luisa me encomendaba, como resanar las paredes, pintar la casa y, luego, hacer la limpieza general del cuarto de los cachivaches, botando a la basura todo lo que no sirviera y poniendo en uso lo que fuera útil.



Yo buscaba pretextos para acercarme a ella. Cada uno de nosotros fue revelando —sin proponérselo— los cambios y transformaciones que habíamos experimentado en nuestra vida solitaria. Un día le pedí que me perdonara por haber sido testarudo al irme y no valorar a la mujer que tenía como esposa. Hice uso de mi retórica, y le volví a recitar los poemas que le compuse y me sabía de memoria. Ella me dejó expresar todas mis emociones sin censurarme ni tampoco generarme ninguna expectativa, pero por un par de lágrimas que abandonaron sus ojos, supuse que percibió arrepentimiento y sinceridad en mis palabras.

Poco a poco, el respeto, el compromiso y el sacrificio avivaron sutilmente las brasas del amor que ambos creíamos extinguidos. Dormíamos en habitaciones diferentes. Siempre aprovechaba cualquier oportunidad para hacerle insinuaciones, expresando las mismas palabras:

—¡Démonos una oportunidad!

Ella se quedaba seria, eso no le hacía gracia y, sin ningún indicio de aceptación, respondía:

—No estoy interesada en ti; te amé como a nadie he amado; no quiero volver a sufrir por ti.

Transcurridos unos meses, la monotonía se había instalado en la casa, aunque ninguno de los dos sucumbíamos a la rutina. Yo ya había cumplido con todas las tareas e incluso había hecho oficios en los que me consideraba poco diestro; por ejemplo, el arreglo del jardín.

María Luisa me observaba adrede, un tanto sorprendida, porque no podía creer que hubiese hecho tantos cambios en mi vida. Yo disfrutaba haciendo estos menesteres, pero lo hacía porque tenía un interés implícito en cada una de mis acciones: reconquistar su corazón y, de paso, ganarle la partida al inexorable paso del tiempo en los días de encierro. A María Luisa le agradaba —aunque nunca me lo manifestó— que me hubiera vuelto acomedido y diligente en las faenas de la casa.

Después de los oficios, el comedor era el lugar de encuentro en las tardes para interminables partidas de parqués, dominó y monopolio; ambos intentábamos ganar como fuera, porque ganar nos producía momentos de euforia, dándonos sentido a nuestras vidas y frenando la fatiga y la frustración a que estábamos sometidos durante el aislamiento.

—María Luisa, ¿hay alguien en tu vida? ¿Tienes un amante? —pregunté con voz pícaro.

Fue una pregunta que la petrificó por un momento. Ella se quedó seria y estupefacta, no supo cómo reaccionar. Me miró con recriminación y, luego de unos segundos, contestó con preguntas:

—¿Qué te hace pensar que voy a responderte? —cuestionó con suspicacia— ¿Tú qué crees? Llevamos cinco años de separados.

—Quiero proponerte que juguemos a ser amantes —dije con voz suave, un tanto suplicante, mirándola con ternura y tratando de no asustarla—. Dices que no quieres involucrarte conmigo, haz de cuenta que quien vive en la habitación de al lado es alguien diferente a mí. Piensa que no soy yo —agregué—. Mira en lo que se han convertido nuestras vidas, aún estamos a tiempo para darnos otra oportunidad; el hombre que un día te abandonó ha regresado convertido en otra persona. ¿Acaso no te has dado cuenta? ¿Ya no me amas? —interrogué.

María Luisa me observaba sin juzgarme ni pronunciar palabra. Los latidos de mi corazón decían que la amaba. Me había transformado en el hombre que siempre deseó tener a su lado: un hombre comprometido, considerado, decidido y, sobre todo, que la protegiera; no obstante, ella no se atrevía a confesarme los resquemores de su corazón.

Pasaron un par de días, y volví a hacerle insinuaciones justo después de lavar el piso de la casa y de limpiar una a una las juntas con esmero y una paciencia propia de un monje franciscano.

—Dale rienda suelta a tu imaginación, te ayudo a cumplir tus fantasías. ¿Tienes fantasías? —le pregunté, dirigiéndome a ella y tomándola del brazo—. ¡Hagamos algo, este encierro nos va a volver locos, salgamos de esta monotonía! —exclamé.

Ella me miró con tensa expectación, retiró su brazo sin dejar de observarme; desde mi regreso, era la primera vez que la tocaba. Se dirigió a su habitación, y justo antes de cruzar el umbral de la puerta, se volteó y dijo:

—Claro que a ti no te queda difícil hacer el papel de amante...

Agaché la cabeza, me sentí avergonzado y no contesté. Comprendí que mi infidelidad era un karma que debía llevar el resto de mi vida.

Sola, en su habitación, María Luisa reflexionó sobre mis palabras. Por un momento consideró las insinuaciones como un despropósito, pero en lo que sí estaba de acuerdo era que el confinamiento nos había cambiado la vida de más a menos. En la casa, todos los días parecíamos robots que no tenían ninguna prisa por hacer las tareas. Tuvo la corazonada de que esa locura —la que yo le estaba proponiendo— oxigenaría nuestras vidas. Además, no tenía nada que perder. Aunque aún tenía recuerdos amargos, sentía que era más grande su amor por mí; quería hacerlo, pero pensar en eso le daba pena consigo misma, como si estuviera



faltando a la moral. Era una mujer con cierto pudor, cuidadosa de su imagen y temía a las murmuraciones.

El encierro había alterado nuestras prioridades, y a ella la había llevado a reflexionar sobre su existencia y sobre el tiempo perdido en nimiedades que le restaban sentido a su diario vivir.

Decidió ponerle diversión a su vida: jugar a lo prohibido. Ella sintió un delicioso morbo, verse como en la vida real, una amante en la sombra.

Yo ignoraba que varios de mis amigos le habían hecho insinuaciones y que no había cedido a sus pretensiones porque no le interesó. Además, decidió mantener en secreto una relación fugaz que tuvo cuando estuvo sola, incentivada por el terror a verse a la deriva en el inmenso océano de la soledad. El amorío no prosperó, porque cayó en la cuenta de que necesitaba más tiempo para volver a comprometer su corazón. Decidió mantenerlo en secreto para no distorsionar la imagen que yo tenía de ella.

Sin objetar, permitió que yo me acercara. Las barreras sentimentales, emocionales y físicas desaparecieron. Siempre, con buena actitud, dejó que su humanidad y su imaginación —guiada por mí— serpenteara por caminos desconocidos para ella, donde yo le narraba historias fantasiosas que eran música para sus oídos. Le resultaba excitante ser la otra y convertirse en la visita efímera y pasional de alguien que le murmuraba al oído que se moría por ella, y una extraña sensación sentía al conformarse con las migas de amor, el poco tiempo y el poco espacio que su amante le ofrecía.

Recurrí a la mala experiencia que había vivido e indagué en sus sentimientos para no volver a cometer los errores que una vez me alejaron de ella, mi primer amor. Nos cubrimos con el manto del amor; no hubo prohibiciones ni inhibiciones, nos dejamos llevar por la pasión que consumía nuestros cuerpos: besos, caricias, abrazos —ausentes en otro momento de nuestras vidas— fueron combustibles para la flamante llama de nuestra pasión.

Cada uno recurrió al ingenio y a la fantasía; atrás quedaron los reproches, la falta de deseo y todo sentimiento que no ayudara a reconstruir y a fortalecer nuestra nueva relación de pareja.

Amanecía en el lecho de María Luisa, y a la madrugada la despertaba con improvisadas caricias que abandonaba inmediatamente como una travesura infantil, dejándola ardiendo de deseo; ella, aún dormida, me respondía con incomprensibles palabras que parecían implorar

atenciones atrasadas. A pesar de que nadie más vivía en la casa, sigilosamente y sin hacer mucho ruido, abandonaba el cuarto tal como lo hace alguien que acaba de hacer una picardía.

Aprovechaba cualquier hora del día o de la noche para hacerle cortas y furtivas visitas, siempre tratando de sorprenderla con mimos nuevos para los cuales ella estaba dispuesta y deseosa. Yo le susurraba al oído historias fantasiosas sobre los obstáculos que había tenido que sortear para poder visitarla, y las mentiras que tuve que inventar para poder estar con ella sin que mi esposa se enterara. A María Luisa, mis frecuentes apariciones con tinte de misterio se le habían vuelto un vicio morboso. Una insaciable sed de deseo la perseguía; sentía que se había enamorado de su amante y, en su imaginario, consideró que yo y él éramos dos personas diferentes y que los podía amar en secreto el resto de su vida. Nos amábamos en lugares y horas no convencionales, donde dábamos rienda suelta a nuestra locura, embriagados de deseo por la canción «Te quiero, te amo» del cantautor ítalo-belga Frédéric François, que habíamos convertido en un himno a nuestra intimidad.

Ninguno de los dos se atrevía a abandonar el rol de amante; era espléndido para ser vivido y no queríamos salir de aquella ilusión que nos había dado un nuevo sentido a nuestras vidas, otrora consumidas por el resentimiento y la desesperanza desde el mismo momento en que decidimos cada uno ir por caminos separados.

Íntimamente, enriquecimos nuestro romance con detalles: copas de vino, flores, velas, encajes, colores y sedas. Nuevas rutas para el amor descubrieron nuestros cuerpos. El ambiente era propicio para que desfogáramos las fantasías en el lecho conyugal. El deseo consumía nuestros cuerpos, y las palabras sicalípticas fortalecían nuestro vínculo afectivo, actuando como carburante; creíamos haber inventado otra forma de amar.

De repente, nos dimos cuenta de que la magia de lo clandestino nos vinculaba fuertemente; nuestro idilio se había convertido en una especie de fruto prohibido. Ambos nos sentíamos responsables de mantener el secreto y de salvar la aventura y, por ende, de proteger la felicidad que un día nos fue esquiva. Vivíamos sin prisa; por el contrario, ahora la pandemia nos parecía que conspiraba con extraña complicidad para nuestro amor a escondidas. Con mirarnos nos decíamos todo, siempre pendientes de no darnos muestras de afecto en público.

El confinamiento había llegado a su fin, y la estridente ciudad salió de su experiencia de soledad. Decidimos —*motu proprio*— mantener nuestro amor en secreto por incomprensibles razones que solo los amantes podemos justificar.



Jose Omar Villegas

Nació el 3 de abril de 1955 en Fresno, Tolima, en el seno de una familia tradicional colombiana. Debido a la violencia bipartidista, fue desplazado a Bogotá, donde desde temprana edad inició sus estudios. En su juventud, encontró su pasión en las artes escénicas, pero las circunstancias económicas lo llevaron a trabajar en la industria colombiana, sin dejar de lado su amor por la literatura. En sus momentos libres, escribió poesía y cuentos, plasmando en ellos su visión del mundo. Ahora, en su jubilación, ha retomado con mayor dedicación su escritura creativa, inspirándose en sus sentimientos, emociones y experiencias de vida. A través de la internet tuvo conocimiento de la Quinta Cohorte de Historias en Yo Mayor, con la cual tuvo la oportunidad de sacar a la luz pública algunas de sus historias, en sus programas de Clubes lectura.

A mi compañera de vida

Por Jose Omar Villegas

Mi nombre es Juan y, sentado en mi sillón, mirando a través de la ventana cómo cae la lluvia en esta fría tarde bogotana, viene a mi recuerdo cuando la vi por primera vez. Fue un día en que llegué de visita donde mi hermana y ella estaba lavando su ropa en el viejo lavadero de la casa. Era una niña de escasos 19 años, de carita juvenil y de ojos claros que me llamaron la atención, porque le hacían resaltar su hermosura. Había llegado a vivir en arriendo a una pequeña pieza que quedaba contigua a la sala de recibo. Con alguna timidez, mi mirada se fijaba en ella cada vez que yo podía. En ocasiones, esa mirada era correspondida. Fue entonces cuando las visitas a la casa de mi hermana se dieron con mayor frecuencia, siempre alentado por el deseo de poder tener la oportunidad de volver a ver esos hermosos ojos claros que tanto me habían impresionado.

Pero fueron muchas las visitas que se perdieron porque casi nunca la encontraba, ya que laboraba casi todos los días en una factoría. Hasta que se presentó una reunión familiar a la que llegué escudriñando entre la gente. Allí estaba bailando entre los invitados; traté de buscar que me mirara, pero fue en vano. Después de algunas copas que me hicieron perder la timidez y el susto, logré entablar una charla con ella y bailar bastantes discos hasta llegar la madrugada. Fue cuando me dijo que tenía que regresar temprano a su casa, ya que al otro día debía ir a laborar. Después de esto, vinieron algunas salidas al cine, a bailar o simplemente a degustar algún helado. Fue así como llegamos a entablar una relación que se fue volviendo amorosa con el paso de algunos meses.

Un día, después de mucho diálogo y caricias, le comenté mis problemas y, al mismo tiempo, le hice la propuesta de que nos fuéramos a vivir juntos al sitio que yo habitaba para que, así, nos ahorráramos algunos gastos. Yo atravesaba por dificultades económicas y habitaba en una piecita de alquiler en otra parte de la ciudad. Fue así como, después de que ella aceptó mi propuesta, unimos nuestras vidas y nuestras cosas en ese lugar. Pero ese nidito de amor



no fue tan libre de angustias. No teníamos la menor idea de que nos esperaban más o menos entre nueve y diez años de aprietos y limitaciones económicas. Con tristeza, yo la veía correr del trabajo a la casa, haciendo los quehaceres domésticos y hasta resistiendo unas colas gigantescas para comprar el cocinol con el cual teníamos que preparar los alimentos. Pero no fue todo; faltaba lo inesperado: quedó embarazada.

La situación no cambiaba. Yo seguía con las mismas dificultades económicas, y ella con sus carreras y los apuros derivados del mismo embarazo. Entre una y otra cosa, nació una hermosa niña. Comenzaba también un nuevo problema: resolver dónde dejarla, quién podría cuidarla mientras trabajábamos. Por esos días ocurrió la tragedia de Armero y los pocos jardines infantiles que para esa época existían fueron utilizados para alojar a los damnificados de esa tragedia, así que esa opción se descartaba; además, las redes de apoyo que teníamos eran mínimas. Pasaron casi tres años en la misma rutina de dificultades para todos, hasta que se dio otra noticia: nuevamente ella volvió a quedar embarazada. Entre sus compromisos laborales, los quehaceres de la casa, la búsqueda de quién nos cuidara a la primera niña y los aprietos económicos que no se resolvían, nació nuestra siguiente hija.

La permanencia de esta situación la sacaba de sus cabales por momentos. Los conflictos generales del hogar se agudizaron. Yo me sentía maniatado; no encontraba manera de que me cambiara la situación. Sin embargo, fue creciendo en mí ese amor por ella. Buscando en el baúl de los recuerdos, encontré este poema de un autor desconocido que, con amor, le dediqué:

Romance entre dioses

Si no es posible en nuestra dimensión tenernos,
Si nuestros desfases no lo perdonaron,
Si las circunstancias te forzaron,
Sé que con él, tu sentir es mío.
Conozco del destino el cruel acíbar,
Conozco que no todo es duradero,
E intuyo de lo eterno lo divino.
Adornaré mis galas en el éter,
Te pondré una cita clandestina.
Dejarás en la tierra lo que anhelas y te

unirás conmigo en poesía.
No existirá del tiempo la medida,
ni del humano afán los pormenores.
Viajaremos distancias infinitas
Y al prisma robaremos sus colores.
Te ofrezco un romance entre dioses,
te propongo una cita clandestina.
Viajaremos distancias infinitas y,
teniendo al cóndor por testigo,
y al bosque como intrínseca morada.

Años después de tanto sufrimiento, comenzó de a poco una nueva era para la familia. Con una mayor estabilidad económica, llegaría la compra de una casita donde comenzamos a vivir una nueva vida. Nuestras hijas fueron creciendo y realizando sus primeros estudios de primaria, luego del bachillerato, y con mucho sacrificio y ayuda lograron llegar a la universidad. Pero siempre contando con la dirección de esa mujer resiliente y entregada al hogar. Recuerdo que alguna vez me manifestó los deseos de conocer la hacienda El Paraíso, cuna de la novela de Efraín y María, cuyo autor es el escritor Jorge Isaacs. Recorrimos los jardines y rosales floridos de esta hermosa hacienda en El Cerrito, Valle del Cauca; nos tomamos algunas fotos, imaginando que nuestra historia de amor tenía cierto parecido a la de estos personajes, pero siendo nosotros más resilientes, por todos los obstáculos que tuvimos que sortear para llegar hoy, a los 45 años de vida matrimonial. Una vida que está llena de admiración y elogios por parte de hijas, yernos y nietos, reconociendo los logros conseguidos y por tantos sueños cumplidos, ya que las metas que nos pusimos las logramos por fin, lo que nos llena a todos de felicidad.

Cuando ella sabe que nos vienen a visitar las hijas, los yernos y los nietos, puedo ver cómo sus ojos verdes se tornan casi grises de amor por la felicidad que la inunda. Se dedica a preparar viandas y comidas para ellos, porque su amor se expresa en atenciones para sus seres queridos. Ya a mis años, peinando canas, no me queda más que rogarle al creador del universo que nos permita gozar de su presencia por muchos años más.

Gracias por tanto, amada mía.



Carmen Elisa Benavides M.

Nace en el año en que James Bond sale a la luz pública. Crece bailando al ritmo de la salsa y disfrutando las funciones del Cine Club de Andrés Caicedo. Estudia Contaduría en la USACA. Tiene dos hijos: Carmen Elisa y Marco Antonio. Del proyecto Historias en Yo Mayor guarda un bello recuerdo: gana una mención de honor en la quinta versión del Concurso de Cuento y Narración Oral (2015). Desde ese entonces está dedicada a la escritura. Se entera de la Escuela Virtual por medio de las redes y decide participar, piensa que podría vivir otra experiencia inolvidable.

Sara

Por Carmen Elisa Benavides M.

En el cuarto de aquel hotel, con espacios oscuros y recovecos interminables, repasaba su vida.

Allí decidió confinarse después de la muerte de su amante. No por dolor, como pensarían sus amigos. Al contrario, sentía una profunda paz al verse libre del juicio contra Alejandro. No quería someterse de nuevo a los ojos interrogantes de un juez que hurgara en su alma. Estaba segura de que indagarían en la vida de su amante y sabrían con certeza de dónde provenía su fortuna. Sabía también que, aunque el otoño había llegado a su vida, en el camino encontraría otro amor.

—¿Amor? —se preguntó Sara, y una sonrisa de dolor se dibujó en sus labios.

En el largo camino transitado, solo a dos personas había amado: a su padre y a aquel ser con quien compartió su adolescencia. Ahora, con el paso de los años, dudaba si el amor a su padre aún existía. La obligó a casarse a los dieciséis años con un hombre que le duplicaba en edad, con el único objetivo de conseguir más tierras de cultivo, en el preciso momento en que su alma era un cúmulo de turbulencias.

Sabe, con la certeza que le ha dado la madurez, que es diferente a muchas mujeres y siempre creyó que por eso su padre la amaba. Desde temprana edad, llevaba las cuentas de sus negocios y recorría las tierras de cultivo solucionando problemas. Nunca contempló la posibilidad de que el carácter variable y la codicia de su progenitor jugarían un papel tan decisivo en su vida y mucho menos que pasara por encima de ese amor de padre que supuestamente le profesaba.

Con el cigarro en la mano, aspirando su aroma y observando el lento movimiento de las volutas, recordó con nostalgia la adolescencia, los únicos momentos en que fue feliz, cuando compartía con Helena en el bosque, en aquella casa semidestruida que era su refugio secreto.



Si alguien le hubiera dicho que esos momentos de felicidad no volverían nunca, los habría agotado hasta morir.

Sí. Sabía también que sobre ella estará por siempre el dedo acusador de su esposo, que sobrevivió al intento de homicidio planeado con tanto rigor durante varios meses y por el que fue llevada a juicio. Luego, liberada por influencia de su padre. Después, ella estuvo enclaustrada en una habitación, con el visto bueno de su progenitor y de su esposo; ella, que corría por los bosques y las montañas de ese paraíso al que pocos llegaban y que su esposo pretendía acabar para tener más tierras de cultivo. —¡Cuánto lo odiaba!— Pero había algo que la sacaba de su abstracción en esos largos días cuando la apartaron del mundo: un sauce solitario que se alzaba frente a su cuarto, y que en épocas de tempestad golpeaba tan fuerte sus ramas contra la ventana que parecía llamarla. Era, entonces, cuando sentía un hálito de vida, y se levantaba a observar cómo el frondoso árbol apenas se mecía azotado por el embate del viento.

Pensaba en su hija. —¿Qué será de ella? ¿Vivirá? —Cuánto dolía esa maternidad. Tan pronto nació, le pidió a su esposo Emilio que buscara una nodriza para que se encargara. Desde entonces, nunca más volvió a saber de ella. Sabía que lo mejor fue haber fallado en el intento de homicidio. Si su hija vivía, Emilio estaría cuidando de ella.

Después de un tiempo que le pareció infinito, recordó el día en que oyó en el cuarto donde la habían enclaustrado una voz conocida, la de Emilio. Asombrada, vio dibujada por primera vez la compasión en aquel rostro lleno de arrugas que no ocultaban sus duras facciones. Le dio dinero y dejó que se marchara. Recordó que pensaba: —¿A dónde ir? —No conocía más que aquel pedazo de tierra alejado del mundo.

Un día de otoño, llegó a Bruselas, donde vagó como fantasma por sus calles, soportando a veces las finas gotas de lluvia que, como agujas, se clavaban en su alma desnuda, en su absoluta soledad. Fue en una de esas tardes de lluvia pertinaz cuando conoció a Alejandro, un hombre que era casi un niño. Su cara, que por momentos se cubría de arreboles, le recordaba a Helena, y, dejándose llevar por ese deseo de cobijo, aceptó su compañía. Alejandro era muy hábil para convencerla. Hizo que se fuera a vivir a un lugar apartado de la gran ciudad, adonde llegaba a divertirse con sus amigos. Tarde se dio cuenta de que traficaba con esmeraldas y que una enfermedad incurable lo mantenía al borde de la muerte y que... un largo sollozo estremeció su cuerpo.

Encogida en aquel raído sofá, ajena al tiempo que había pasado desde que llegó al hotel, evocó el funeral de su amante y la imagen de Helena, con aquellas pestañas orladas que semejaban pequeñas aves a punto de alzar el vuelo, y bajo aquel velo de luto que ocultaba el dolor por el suicidio de su esposo Alejandro.

—Alejandro, el hombre que, sin saberlo, habían compartido.

¡Cuántos años habían pasado desde la adolescencia! Sin embargo, la imagen de Helena estaba intacta en su memoria, aunque hubiera transcurrido toda una vida.



Álvaro Pío Rojas Duarte

Bajo la brisa de octubre en Manizales, el año en que una batalla histórica por la televisión a color comenzaba a cambiar el mundo y un equipo brasileño de fútbol hacía historia utilizando por primera vez el uniforme verde y amarillo que lo haría famoso, nació un espíritu inquieto, fruto del cruce entre la calidez tolimense y la pujanza paisa. Criado en El Espinal, su formación académica lo llevó por Manizales, Bogotá y México, consolidándose como docente con doctorado en Educación. Su pasión por compartir el conocimiento y su amor por quienes marcaron su vida lo convirtió en un maestro comprometido. Descubrió la Escuela Virtual gracias a una invitación en internet, en ella encontró un espacio para dar vida a sus recuerdos y vivencias. Hoy, como educador retirado del Distrito Capital, sigue dejando huella.

Recuerdo de un amor eterno

Por Álvaro Pío Rojas Duarte

Querida mía:

Hace tanto tiempo que no nos vemos, y, sin embargo, tu recuerdo ha permanecido intacto en mi corazón, como una fotografía que, aunque los años intenten desvanecer, sigue allí, viva, imborrable. Es curioso cómo ciertos momentos de la vida, ciertas personas, se quedan grabadas en el alma, no con la intensidad del deseo, sino con la pureza del amor verdadero. Hoy te escribo, no para recuperar lo que alguna vez fuimos, porque ignoro dónde te encuentras, sino para darte las gracias desde la distancia por haber sido parte de mi vida de una manera tan especial.

Nuestro amor fue como aquellos flechazos de verano que surgen cuando menos lo esperas, con la calidez del sol y la brisa suave, y aunque el verano pase, el eco de sus días queda resonando para siempre, porque, si bien nuestro tiempo juntos fue breve, su huella en mí es tan profunda que parece infinita. Hay amores que, sin importar la duración, logran transformar una vida, y el nuestro fue precisamente eso: una chispa que encendió algo dentro de mí que aún hoy me acompaña.

Recuerdo cómo reíamos juntos, cómo las conversaciones fluían sin esfuerzo, llenas de complicidad, como si desde siempre nos hubiéramos conocido. No necesitábamos grandes gestos ni promesas, porque nuestro amor era sencillo, puro, sin adornos, un amor que simplemente era. Y eso es lo que lo hizo tan importante para mí.

A menudo, en los días de silencio, me descubro pensando en los momentos que compartimos, en cómo tu mirada me hacía sentir visto y comprendido de una manera que pocas personas logran. Me enseñaste lo que era ser vulnerable sin miedo, lo que era confiar en alguien sin reservas. Contigo aprendí que el amor no se trata de posesión, sino de libertad, de caminar juntos sin ataduras, simplemente disfrutando del momento, del ahora.

Quizás no te lo dije lo suficiente en su momento, pero tu presencia en mi vida me enseñó muchas



cosas sobre mí mismo. Me hiciste ver que el amor no necesita ser eterno en el tiempo para ser eterno en el alma, que ese sentimiento no siempre está destinado a durar en este mundo, pero eso no lo hace menos valioso. Gracias a ti entendí que es inmortal, aunque avance el tiempo, deja una huella imborrable en lo que somos.

Nuestra historia es una que cuento en susurros, no por tristeza, sino por respeto a lo que significó. Fuiste esa persona que me mostró lo que es el amor en su forma más auténtica, sin la necesidad de la seducción ni del artificio. Contigo aprendí que el enamoramiento puede ser tan simple y profundo como el roce de dos manos en una tarde tranquila.

Hoy, después de tantos años, te escribo para decirte que siempre te recordaré con cariño. No con la nostalgia de lo que pudo haber sido, sino con la gratitud por lo que fue. Y aunque la vida nos llevó por caminos diferentes, sé que una parte de mí siempre te llevará en el corazón, como aquel amor de verano que nunca se olvida.

Con afecto y gratitud,

Álvaro





Semana 3

Termina la segunda semana del Quinto Heptamerón y comienza la tercera, en la cual las personas mayores comparten las historias de su crianza.

Neila implora a Dios para que crezca su cabello; Gladys contempla incrédula el mágico nacimiento de su hermana; Gloria Luz y su hermana intentan rescatar a Pinina de la TV; Jorge nos cuenta la historia de un padre enfermo que obsequia a su hijo la más hermosa de las herencias; Gloria Lucía comparte la historia de un ángel terrenal de cabello blanco; Olga Lucía descubre que cada alma viene a enseñarle algo; Amparo visita extasiada la iglesia de Las Lajas; y, en el barrio El Progreso, Dora Patricia se prepara para pelear.



Neila Salcedo Jaimes

Nació en la ciudad de La Neblina a finales de los 60. Su nombre fue guardado por muchos años en el tierno corazón de una niñita quien después de leerlo en su cartilla lo encontró mágico; prometiéndose ponerlo a la hija que tuviera cuando fuera grande. Ese recuerdo quedó congelado y afloró con su cuarta hija, quedando la nueva niña, al instante y para siempre, apasionadamente sensible a todo lo que fuera arte: los trazos de su profe, el libro Platero y yo, los rasgos de los niños, la transparencia colorida de las “maras”, la pintura, la fotografía y aquel oportuno algoritmo que le trajo Historias en Yo Mayor cuando buscaba cómo estructurar cuentos para sus nietos.

Los zapatos rosados

Por Neila Salcedo Jaimes

Soy la penúltima entre 7 hermanos; los cuales crecimos como entre dos bandos: las mayores, solo mujeres, vivían entre risas y coqueteos propios de la adolescencia, buscando estrategias para sortear la excesiva vigilancia de mis padres. Para ellas, simplemente no existíamos; y los menores: tres hermanos hombres y yo.

Era la época en la cual empezaba a salir la moda unisex; aunque los colores en la ropa eran muy marcados, en cuanto a que los hombres nunca vestirían algún atuendo rosado, porque dejaba en entredicho su masculinidad. Los niños llevaban su cabello muy bajito, con un mechoncito muy corto arriba; a las niñas procuraban dejarnos el cabello corto, porque, según decían, con lo que el cuerpo tiene que nutrir una larga cabellera, deja de aportarlo al crecimiento.

En algunas ocasiones, mi madre me confeccionaba mi ropa con mucho cariño, pero yo soñaba con tener un pantalón unisex que recién estaban llegando a la ciudad; eran de fondo claro con unos diseños en chorretes en tonos rojos y azules. Por lo general, se colocaba con un buzo, por el frío del clima.

Al fin, se llegó el día, y a mi hermano menor y a mí nos compraron un pantalón unisex.

Mi madre mandó a mis hermanos a la barbería de Don Cecilio, que quedaba justo al frente de la casa, a peluquearse, y yo rogué para que me dejara acompañarlos. Finalmente, me dejó, comprometiendo a mi hermano mayor a cuidarme.

Don Cecilio, el barbero, con toda la apariencia de Gepeto, cabello blanco, bigote blanco y voz gruesa, nos llamó uno a uno, por orden de estatura, a sentarnos en su silla para peluquearnos.

Cuando me dijo: “Súbase, que sigue usted. Rapidito, que no tengo tiempo”, los cuatro hermanos nos miramos sin decir nada. Mis ojos se clavaron en mi hermano mayor, a quien



mi madre le había recomendado que me cuidara; pero no dijo nada. Supongo que en todos retumbaban las enseñanzas de la época de hacer caso a los mayores, de no ser respondones...

Y, cual oveja al matadero, subí a la silla y vi cómo la máquina tumbaba mi cabello. Descubrí que debajo de mi cabello también había piel, y antes de bajarme de la silla, vi a don Cecilio engominar un gracioso mechoncito que había dejado arriba, como cereza de ponqué. ¡Quedé igual a mis hermanos!

El silencio era abrumador.

Al llegar a la casa, mi madre nos miraba y nos contaba: uno, dos, tres... y volvía: uno, dos, tres... Ella se la pasaba contándonos. Pero esta vez, algo no le cuadraba; tal vez pensaba que el otro niño era algún amiguito que mis hermanos se habían encontrado en la peluquería... y le preguntó al hermano mayor, con desesperación: “¿Y su hermanita? ¿Dónde la dejó? ¿Y su hermanita?”. Y todos en silencio. Sabíamos que el primero que hablara se le venía algo encima. Ante la desesperación de mi madre y viendo que no había más alternativas, con voz casi inaudible, dije: “Aquí estoy”. Mi madre quedó pálida, mirándome, tratando de reconocermelo.

Después de un gran regaño a mi hermano mayor y conteniendo las lágrimas, mi madre me tomó de la mano con todo el impulso, y allá fuimos a parar a la barbería de don Cecilio, quien no comprendía la ofuscación de mi madre, quien llegó casi sin aliento, disparando por su boca mil palabras atropelladas, ojos desorbitados y movimientos de manos batiendo el aire. Lo único que se le ocurrió decir al hombre fue: “Tranquila, señora, me paga después”.

Eso la ofuscó más. Cuando recobró un tanto la calma, le dijo: “Don Cecilio, ¿cómo le hizo usted esto a mi niña? ¿Ahora qué le digo al papá cuando llegue?”.

Don Cecilio, levantando los hombros, le dijo: “Ay, mi señora, acá llegaron cuatro niños vestidos iguales, con pantalón y buzo, diciendo que los peluqueara”.

Y mi madre le reclamaba: “¿Y es que no le vio los zapatos?, ¿no le vio los zapatos?”.

Don Cecilio no se fijó en mis zapatos rosados; lo único que, para la época, indicaba que yo era una niña.

Lo cierto es que, desde ese día, me puse un gorrito en la cabeza que me duró más de un año, cuando ya medio llegaba mi cabello a las orejas. Y si al entrar a alguna iglesia por primera vez se pedían tres deseos, mis tres deseos eran:

—Que me crezca mi cabello... que me crezca mi cabello... que me crezca mi cabello.

En la casa, me ponía una media elástica de mi madre con un rulo en el extremo, para sentir

que tenía mi cabello largo. Y ahora, después de mayor, cuando algunas personas comentan que el cabello largo no es adecuado para las mujeres a cierta edad, porque por detrás se ven jóvenes y, al acercarse: “¡Ay, es una vieja!”, no me interesa escucharlo.



Gladys Teresa López

Una fría madrugada de junio y precediendo la década de los cincuenta, nace una niña, que, por cosas del destino, perdió su nido; entonces, rodó y rodó por muchos hogares; no fue fácil para ella, hubo risas y lágrimas, amores y desamores, grandes desafíos. Pero no todo fue malo, se fortaleció y aceptó los retos que se le presentaron. Creció, maduró, estudió, se casó, tuvo cuatro maravillosas hijas y, mientras las criaba, se graduó en Artes Plásticas. Siempre se inclinó por la cultura artística, la literatura, la lectura y, especialmente, la escritura.

El tiempo pasó volando, gastando sus días y sus años, pero no las ganas de trazarse metas y cumplir los sueños. En la Escuela Virtual de Historias en Yo Mayor pudo confirmar que su sueño es escribir hasta que el tiempo termine por desgastarle la vida.

Magia

Por Gladys Teresa López

Una mañana de enero, finalizando las vacaciones, nos levantaron más temprano que de costumbre... Rápidamente nos vestimos y también rápidamente nos sirvieron el desayuno, con la apremiante orden de que nos fuéramos a pasar el día en casa de la tía Eloísa.

El día había amanecido gris, un poco nublado... pero lo raro no era el día, sino el ambiente de nuestra casa. Yo, que apenas contaba con escasos diez años, percibía que algo muy extraño sucedía a nuestro alrededor... Era muy temprano para tanto movimiento. Tanto mi papá como mi madrastra estaban bañados y arreglados, así como su cuarto, con la cama tendida y todo perfectamente organizado.

Y ese día, a las seis de la mañana, también nosotros ya estábamos bañados, arreglados, peinados y terminando de prisa nuestro chocolate con pan, cuando llamaron a la puerta.

Mi papá abrió, saludó e invitó a pasar a una corpulenta mujer vestida de negro, que portaba un maletín negro y con zapatos de tacón y cordón también negros. Según entendí, venía recomendada por la tía Eloísa.

La hizo seguir a la alcoba principal, donde estaba recostada mamá Helena, blanca como un papel y sudorosa a las seis de la mañana, como si fuera medio día. Dirigiéndose a ella, le preguntó:

—¿Ya reventó fuente?

—Sí —respondió mi madrastra—, como a las 4 y media...

—Muy bien. ¿Tienen agua hirviendo?

—Por supuesto —repuso mi papá...

—Vamos a necesitar un par de platonos bien grandes y algunas toallas... —prosiguió la mujer, mientras se colocaba un gran delantal blanco, que me dio la impresión de devorar a



la enorme mujer de negro. Luego, se colocó un gorro también blanco en la cabeza y lo anudó fuertemente en la nuca, enmarcando un par de mejillas regordetas, una nariz chata y un par de ojillos tan pequeños que parecían dos puntos.

Mientras apurábamos el resto del desayuno, seguíamos a pie juntillas no solo el diálogo, sino todos los movimientos de mi padre y de la corpulenta mujer de negro, ahora de blanco. Aunque lo que hablaban no nos decía absolutamente nada... “Romper fuente, agua caliente, platonés...” ¿Qué estaría pasando? Y... ¿qué se traía el extraño personaje, que ahora sacaba un montón de objetos extraños del maletín negro?

La voz de papá hizo añicos toda mi curiosidad, ya que estaba completamente ensimismada en la actividad que desplegaba la mujer de negro, ahora de blanco.

—Hija, apúrate, vete ya con tus hermanitos para donde la tía Eloísa. Quédense allá y pórtense muy juiciosos... Yo iré por ustedes más tarde...

Entonces, no nos quedó más remedio que desfilarse uno detrás de otro hacia la casa de nuestra tía, que quedaba a la vuelta de la manzana.

Ella era una mujer recia, de gran corazón y trato amable; un año mayor que mi papá, viuda y con diez hijos de todas las edades. Algunos de ellos coincidían en edad con nosotros, y por eso nos entendíamos muy bien.

La tía era modista y tenía un pequeño almacén al lado de la modistería, donde vendía prendas confeccionadas por ella misma o importadas, zapatos, maquillajes, adornos y bisutería. Aquel lugar alimentaba nuestra lúdica infantil. Jugábamos a que arreglábamos las vitrinas, metiendo y cambiando las cosas de lugar, para luego pintarnos los labios y las mejillas, colocarnos aretes, trajes y más trajes, pañoletas de colores, tacones altos que dejaban asomar los dedos, pero que a nosotras se nos salía casi todo el pie por el orificio. Desfilábamos ante el espejo y nos sentíamos damas refinadas y elegantes.

Mientras Milena, mi prima, mi hermana Cecilia y yo jugábamos en el almacén, Julián y el Mono, con los primos Guillo y Jesús, espiaban por la ventana a la prima Mariela mientras se vestía y se arreglaba para salir a trabajar.

El día gris empezó a abrirse, y un sol esplendoroso hizo su aparición a eso de las nueve, cuando los primos Hugo y Esteban nos dijeron que nos iríamos de paseo a Caño Manantial. La tía nos despidió feliz de librarse de tener que soportarnos todo el día y nos empacó toallas, vestidos de baño y algunas golosinas.

Hugo, el mayor del grupo, no debía tener más de 14 años y sería nuestro guía y nuestro guardián durante la excursión. El viaje se nos hizo largo, pero también muy entretenido. Pronto, dejamos el pueblo atrás y empezamos a caminar por entre potreros y caminos de herradura. Finalmente, apareció ante nuestros ojos un gran río, o al menos así nos pareció, de aguas cristalinas que serpenteaba con voz propia y sonora por un camino lleno de piedras de todos los tamaños y lavanderas aquí y allá en las orillas, con el agua a media pierna, lavando ropas y tendiéndolas luego sobre las piedras más grandes.

Los chingues mojados se pegaban a sus pieles, dejando entrever los curtidos cuerpos y los senos que se movían acompasadamente mientras sacudían la ropa, golpeando y golpeando. Y tras cada ¡plas, plas!, saltaban por el aire cientos de burbujas de jabón multicolores.

El rato se nos pasó volando. Nos bañamos, pescamos ranas y renacuajos, recorrimos el caño de abajo para arriba y de arriba para abajo, nos picaron los mosquitos, jugamos cuanto nos pareció, coleccionamos piedras que luego tiramos solo por ver los remolinos que se formaban al caer al agua, vimos peces de variados colores y tamaños, que insistimos en pescar infructuosamente. Comimos las golosinas que habíamos llevado, y cuando eran como las 3 de la tarde, regresamos cansados pero contentos de haber disfrutado a nuestras anchas de cuanto se nos antojó.

Llegamos hambrientos y cansados, y la tía nos esperaba con un rico almuerzo. Al concluirlo, nos despachó a casa con la noticia de que nos tenían una sorpresa...

Ese día de enero, cuando la corpulenta mujer vestida de negro, que portaba un maletín negro y con zapatos de tacón y cordón también negros, que hacía preguntas que no nos decían nada, que desapareció dentro de un delantal blanco, que sacaba cosas extrañas de un maletín negro... ese día, creo, ella, como un mago, tuvo que haber sacado de su maletín negro a la niñita blanca y sonrosada que estaba al lado de mi madrastra, quien, junto con papá, nos miraban sonrientes mientras nosotros, entre sorprendidos y desconcertados, contemplábamos al minúsculo bultito que apenas si respiraba. Y pensar que, por haber estado jugando en Caño Manantial, nos habíamos perdido el espectáculo en que la mujer-maga la hizo surgir de su negro maletín.



Gloria Luz Isaza Mejía

Un 14 de enero nació en Cartagena una niña a quien bautizaron Gloria Luz Isaza Mejía. Hija primogénita de una familia de dos mujeres. Estudió, según sus intereses, Diseño Textil y Psicología, profesión que ejerció durante muchos años, permitiéndole acceder a diferentes sectores poblacionales y diversos grupos sociales, en género, estratificación socioeconómica y de formación académica. Así, conoció de cerca la diversidad y complejidad nacional.

Se dedica a las actividades de mayor interés: pintura, música, lectura y, ahora, el nuevo reto de escribir. Aprovecha sus largas caminatas, la meditación y la contemplación, que le permiten la conexión con Dios, pero también la frecuente interacción con seres de contextos y entornos diversos. Expresa su inmensa gratitud por las fundaciones que permitieron que su padre se reconectara también con la escritura, dejando como legado a sus hijas y nietas, entre muchas enseñanzas, sus poemas y escritos, que adquirieron hoy para ellas un inmenso significado y belleza.

Unas niñas muy perseverantes

Por Gloria Luz Isaza Mejía

Entre tantas historias que refieran una de las múltiples travesuras y pilatunas de infancia, escoger una es bastante difícil en mi caso. Con mi hermana menor y mis amigas hicimos cantidades. Recuerdo también haber hecho muchísimas y muy gratas cuando viví en otras ciudades con mi barrita y mis amigos de Medellín, éramos entonces muy chiquitos. Evocarlas siempre me hace sonreír y reír a carcajadas. Es de las mejores cosas que puede hacer cualquier niño o niña en su infancia e incluso adolescencia. De eso se tratan también, en parte, esas etapas iniciales de la vida.

Alimentadas desde muy temprana edad por las múltiples y casi infinitas narraciones orales de mi padre, la imaginación de mi hermana y la mía se nutrieron con todas ellas. Pocas situaciones se pueden comparar con la maravilla que era escuchar esas historias, de viva voz y con ese estilo un tanto histriónico que, para producir terror, espanto, asombro infinito o risa a carcajadas, él incluso se disfrazaba. Nosotras lo escuchábamos con los ojos inmensos, extasiadas y fascinadas por el contenido de aquellas tan divertidas historias. Provenía de una familia de 12 hijos con una inmensa variedad de matices y gamas en todos y cada uno de ellos. Esto generaba una dinámica de vida rica e interesante en la que juegos de todo tipo, aventuras, viajes y diversas situaciones les permitieron a todos desplegar las alas y volar donde lo desearan.

En especial mi papá, un hermano suyo muy cercano en edad, una hermana mayor y dos hermanos menores se constituyeron en el eje y centro de esas historias tan, pero tan divertidas. Era muy difícil, a pesar de la ayuda de tías y empleadas domésticas, poder controlar a mi abuelo y a aquella tribu tan especial y diversa. Me muero de la risa todavía cuando recuerdo la maravilla de esas historias de vida de mi padre quien siempre tuvo la maravillosa cualidad, entre tantas, de hacernos reír.

Mi mamá y yo, en ocasiones, teníamos que suplicarle muertas de risa, llorando a carcajadas, que, por favor, dejara de payasear. Acostumbraba a cambiar las entonaciones, hacía toda clase



de muecas y mímicas. En fin, era todo un deleite. Seguramente por esa razón e infinitas razones más, nunca, ni en las situaciones más difíciles ni en el dolor, nos faltó el humor. Él hacía de mimo y era capaz de imitar como nadie tonos de voz, actitudes y especificidades de todos los personajes tan variados y diversos que nos acompañaron en la vida. Los imitaba de manera exacta y era muy observador. Pudimos prescindir de la ayuda y del soporte psicológico, porque, además de tener dos hijas con esa formación, para nosotras, su esposa e hijas, él siempre y hasta el final de sus días fue nuestro terapeuta privado, amigo y el mejor de los apoyos. Para mí el único, el incomparable.

A mí, en lo personal, me bastaba mirarlo, perderme en sus ojos que aún hoy amo y recuerdo tanto. Me encantaba. Esos ojos suyos, además de parecerme hermosos, tenían la particularidad de cambiar de color. Era como encontrar en ellos y a través de su mirada dónde sumergirme en un mar en calma con diversas tonalidades que llamaban y me invitaban a diluirme en él. Tomar su mano, sentir su abrazo único e incomparable era simplemente una maravillosa y sin igual experiencia.

Al final de sus días, su fragilidad me conmovía y movía dentro de mi ser, interiormente, todo el amor y la ternura infinita que él siempre me inspiró. Con el corazón repleto de amor por él, yo devolví en vida todo el inmenso e infinito amor que de mi padre recibí.

Al final de sus días, aun ya desde antes, una de mis mayores satisfacciones era cargarlo en mis piernas y abrazarlo, “espichándolo” muy fuerte. A veces él se cansaba de tanto mimo, y como sabía que yo no lo dejaría levantar, me enterraba un hueso espantoso que tenía en la nalguita. Siempre nos reíamos y yo le comentaba: “¡Definitivamente tú sí eres muy malo!”.

Igual ocurría con los besos que yo le robaba. Como éramos tan expresivos, cariñosos y besuqueadores, aun cuando con él yo más, le buscaba la boquita para besarla; se convirtió eso en un juego que él rehuía para no hacerlo. Sabía que en todo caso no le disgustaba. Era del más puro amor de padre e hija.

Pero él se hacía el importante para “el beso robado”. Siempre le dije y se murió sabiendo de sobra cómo y cuánto lo amaba. Más, imposible.

También en su última etapa, la de ambos padres, eran casi como mis hijos, así les decía yo y actuaba en consecuencia. Seguramente devolviendo lo que de ellos dos, mi padre y mi madre, recibí con creces. Se devuelve en la vida lo que se recibe: amor, cuidado, apoyo, solidaridad y ternura. Siempre se devuelven cuando son sentimientos auténticos, genuinos, verdaderos y espontáneos. Y eso justamente fue lo que yo hice.

Recuerdo que, estando muy pequeñas, mi hermana y yo vivíamos en Cartagena en una casa muy bonita y muy grande. Era maravillosa, aireada, muy luminosa, como nuestra vida de entonces. Crecimos rodeadas de mucho amor, cuidados e infinita ternura por parte de padre y madre.

Pedirle más a Dios, a la vida, al universo entero, imposible. Guardo en mi corazón esos años memorables y maravillosos, como el gran tesoro que fueron y continúan siendo. Nuestra casa de entonces quedaba cerca, muy cerca del mar, a tan solo unas cuadas. Desde uno de los balcones yo alcanzaba, de niña, a percibir la deliciosa brisa refrescante, ese olor inconfundible, además.

En esas playas de ese entonces, tranquilas, de arena muy blanca y con un mar descontaminado, transcurrieron mis primeros años de infancia. Por eso, el mar continúa ejerciendo y produciendo en mí una magia especial y única, incomparable.

Una noche mis padres nos dejaron a mi hermana y a mí, nos dijeron: “Niñas, esta noche salimos, tenemos una celebración muy importante”. Hermosos como siempre fueron, lindos por fuera y por dentro, salieron muy bonitos y muy elegantes. Nos dejaron, como siempre cuando se ausentaban, solos. Ellos siempre cultivaron su intimidad de pareja dejándonos al cuidado de la señora de la cocina y de las nanas, como era habitual en esa época.

Recomendaron que fuéramos a dormir temprano. Cuando las nanas nos acostaron y cobijaron, de manera cautelosa, casi instintiva, mi hermana y yo bajamos al primer piso donde se encontraba el inmenso y único televisor del que disponíamos en ese entonces. Ya sabíamos dónde guardaba mi padre sus herramientas con toda la provisión de llaves, alicates y destornilladores. Movimos en el televisor cuantas tuercas y tornillos encontramos. En especial, mi hermana, que con aquel calor y ropa se veía como un tomate, insistía de manera casi desesperada y empecinada que tenía que sacar a Pinina del televisor. Ella adoraba a esa niña. El personaje la dejaba lela y con la boca abierta. De repente, en medio de aquella función en la que yo permanecía de observadora complacida, y más bien pasiva y alejada, mientras me reía al ver la insistencia de mi hermana, muy pequeña en ese entonces, escuchamos el sonido de la llave en la cerradura. Nos asustamos muchísimo y entraron mis padres diciendo: “Pero, niñas, por Dios, ¿qué creen que están haciendo?”. Mi hermana, muy tranquila con destornillador y tuercas en mano, le respondió: “Nada, acá solo sacando a Pinina del televisor”. Mis papás, muertos de risa, y casi sin darle crédito a lo que veían, nos cargaron a cada una. Tranquilos y risueños, nos vieron ya acostadas y nos dieron el acostumbrado beso de buenas noches y la despedida de “felices sueños, mis amores”. Dormimos plácidas y tranquilas como



todas las noches.

Pasaron muchos años y estando en Bogotá en otra etapa de la vida, yo llegaba casi a la adolescencia; mi hermana era más pequeña. Cogimos por costumbre ver un programa de la época que nos fascinaba; Pinina se llamaba. Era, no sé por qué razón, siendo de contenido infantil, muy tarde en la noche. Nos enviciamos desde la primera vez que lo vimos. Teníamos por costumbre y bajo la supervisión de nuestros padres irnos a dormir relativamente temprano.

Todas las noches prácticamente esperábamos con ansia y anhelo, mi mamá, mi hermana y yo, la llegada de mi padre. Era la hora sagrada para cenar, charlar, contarnos historias y compartir. Bromeando y viendo como siempre, mi papá llegaba del trabajo, se desabrochaba la incómoda corbata y se sentaba en su reclinomatic. Así se llamaba la silla comodísima que le regalamos con mi mamá en un cumpleaños. Se sentaba con nosotras, ginebra en mano, para esperar la llamada de la cena. Comíamos los cuatro juntos y el ritual que teníamos mi papá y yo en ese entonces era el de esperar siempre mi último bocadito. “Porque te sabe mejor”, decía él, “¿no es cierto?”.

Ese hecho, como tantísimos otros, como el consentimiento a veces excesivo y todas las palabras de amor, de cariño y ternura que siempre le expresé fueron para él como para nadie más. De mi boca, con tanta llenura de corazón, nunca pude expresar, a pesar de haber querido alguna vez, algo como “mi amor”, “mi vida”, “mi tesoro”, “mi cielo”. Esas palabras que encierran, traducen y dicen tanto, en mi caso, de manera exclusiva prácticamente, fueron dichas por mí con el alma, tan solo para mi padre. Él siempre lo supo, se murió sabiéndolo de sobra.

Su recuerdo es para mí muy sagrado, al igual que esa llenura de corazón por no haber ahorrado, guardado ni escatimado besos, caricias, regalos, consentimientos, palabras de afecto y de reconocimiento de toda la grandeza de ese ser mágico y maravilloso. Esto se constituye en algo para mí sagrado e inmensamente valioso, incomparable.

Todos los días se repitió durante muchos años la misma rutina en las mañanas. Como mi hermana era tan dormilona y siempre le fascinó dormir hasta muy tarde; yo me levantaba primero, me bañaba, vestía, peinaba y desayunaba cuando me apetecía. Casi concluido el desayuno, iba a levantarla; o intentarlo al menos, porque siempre ella decía: “No, por favor, déjenme un ratico más”. Y sucesivamente se tapaba la cara, giraba el cuerpo y con tremenda dificultad lograba levantarla. Esa escena se repetía incesantemente todas las mañanas.

Como mis padres conocían esa situación y siempre salía corriendo a la hora de recogerlos

el bus, nos prohibieron trasnochar. Casi adictas al famoso programa infantil, hicimos una junta de hermanas. Después de analizar la situación, concluimos que nuestros padres eran muy extremistas y que no era posible, ni comprensible, ni lógica aquella determinación.

Absoluto ultimátum impuesto como en una dictadura, decíamos nosotras, como tantas otras veces con las órdenes totalmente verticales e impuestas que no nos cuadraban, no nos convencían y, por consiguiente, no estábamos dispuestas a cumplir a pie y juntillas.

Cuando éramos pequeñas, volvimos a inspeccionar de manera pormenorizada la vieja caja de herramientas, la misma, pero mejor dotada. Mi mamá había salido esa tarde sola, cosa poco frecuente en ella, que siempre nos invitaba a acompañarla, o al menos a una de nosotras.

Celebramos esa oportunidad, sacamos toda la herramienta, quitamos el enorme control de la televisión y después de muchos intentos logramos hallar el instrumento preciso que cabía perfecto. Con este se podía girar el control, y nos permitía de esa manera ver el programa que queríamos.

“¡Eureka, por fin lo logramos! Este sí es. Este encaja y entra perfecto. ¡Súper!”, gritábamos, nos palmoteábamos y abrazábamos, riéndonos felices.

Como sabíamos de sobra por experiencias múltiples que ni mi papá ni mi mamá tenían ni un pelo de bobos, estábamos seguras de que antes de quitar el control se cerciorarían de que quedaba colocado en un lugar muy distante al del programa. Y tal cual, aquella noche, como siempre, cenamos sin que nos lo solicitaran. Tal vez por eso sospecharon.

Dijimos: “Estamos agotadas, muertas de sueño. Se nos fue la mano en el ejercicio hoy. Chao, que nos vamos a dormir ya mismo. No aguantamos más”. No pegamos el ojo. Rezamos y cruzamos los dedos para que mi papá y mi mamá fueran a dormir o, a lo mejor, a hacer sus cosas. Cosas que se hicieron con ese amor que los caracterizó hasta el final.

Una noche, mi mamá le dijo a mi papá, en un intento de susurro que yo alcancé a escuchar: “Flaquito, ¿sí sabes que me estoy muriendo de ganas de hacer el amor contigo?”. Qué belleza, digo yo en mi interior, nunca dejé de celebrarlo. Llevaban 63 años de casados y todavía se miraban, se abrazaban, se besaban con una pasión e intensidad que era mayor, creo, que cuando eran novios y tal vez recién casados. Al menos eso decía mi padre.

Todos los sonidos cesaron en nuestra casa. Una paz infinita se apropió de todo el entorno. Salimos con sigilo y cuidadosamente de la habitación que compartíamos. Revisamos la puerta



de la alcoba de nuestros padres; con la oreja pegada en la cerradura, nos cercioramos de que nada raro ocurriera. Todo estaba en orden, quietud y silencio total. Cerramos la puerta del recinto y con la llave en la mano empezamos a girar el control. Apareció por fin la imagen. Nos acurrucamos con las orejas pegadas a la televisión y a muy, muy bajo volumen para no ser pilladas. Inclinas y pegadas literalmente a la pantalla, empezamos felices a escuchar y a ver el programa como podíamos.

De repente, Dios mío, entró mi padre cual energúmeno. La bata puesta (la levantadora Cassius Clay, como yo la bauticé). Él boleaba el cinturón de la levantadora de la rabia (no para pegarnos porque nunca lo hizo). Aquella levantadora le bailaba con la furia que tenía. Muy pocas veces se ponía bravo. Son muy contadas las que recuerdo.

Aquella noche gritaba furioso: “¡Qué desacato, semejante hallazgo y escenita! Con razón. ¿Y ustedes qué diablos creen que hacen? ¡Par de chinas desobedientes!”. De repente, ante la mirada atónita y nuestra inmovilidad absoluta, se nos salían los ojos de la órbita. Respondimos tartamudeando: “Nada, papá, aquí viendo el programita”. “¡El programita, el programita!”, vociferaba él mientras manoteaba y repetía.

“Su mamá me dijo: *‘Andá, flaquito, a chequear porque estoy segura de que esas niñitas se las ingeniaron y deben estar viendo el famoso programita’*”, nos regañó papá. Y claro, porque, como ya saben y lo sabemos bien, mamá es mamá y de boba ni un pelo, por lo menos así era la mía. El instinto materno es eso que tienen los padres que ya han ido y vuelto y que conocen muy bien a sus hijas. Mi mamá siempre fue muy perspicaz y muy intuitiva, nos conocía como la palma de su mano. A regañadientes y furiosas, a la vez sorprendidas y un poco apenadas, nos retiramos a acostarnos.

Aquella noche, mi hermana y yo no dormimos, no podíamos conciliar el sueño. Charlamos mucho, nos reímos, asaltamos la nevera, nos empacamos de golosinas y de pasteles, esperamos riendo felices un nuevo amanecer. Luego ni cantaleta, gracias a Dios, caso cerrado. En mi casa no se volvió a tocar el tema, pero con ese intento fallido nunca más insistimos en controvertir esa orden al menos: a la cama tempranito.



Jorge David Alvis Gómez

Nació en Cali, Valle del Cauca, el 27 de septiembre de 1959, el mismo año de la Revolución Cubana. Fanático del estudio, los idiomas, el deporte y la lectura. Ha estudiado Aviación, Ingeniería de Sistemas y otros estudios gerenciales. Trabajó en varias empresas financieras y de tecnología hasta que se pensionó.

Le encanta viajar y conocer diferentes lugares y personas. Para él la vida es una experiencia digna de vivirse a plenitud.

Un libro para el recuerdo

Por Jorge David Alvis Gómez

Iba caminando con paso lento, demasiado lento para una persona de solo 43 años, y a su lado lo acompañaba un niño de ya casi 10 años, casi, ya que en solo 2 semanas los cumpliría.

Era una mañana fría bogotana, como la mayoría de las mañanas de Bogotá en ese entonces, finales de los años 60. Los otros peatones se apresuraban para llegar a sus sitios de destino, indiferentes a esta pareja de padre e hijo que iban trancándoles el paso por lo lento de su caminar.

El hombre mayor caminaba con mucha dificultad, ya que, aunque su edad no era tan avanzada, sí tenía una enfermedad que lo estaba matando lenta y dolorosamente.

De pronto, este hombre se detuvo en una librería de la carrera 7ma. y compró un libro sin que el niño se diera cuenta de su contenido.

Siguieron caminando a paso lento y los dos entraron en una cafetería a tomar un tinto y un perico. Vale la pena mencionar que un perico es el nombre que se le daba en Bogotá a un café con leche servido en un pocillo pequeño.

De repente, el hombre, como si presintiera que se le estaba acabando su tiempo en este mundo, empezó a darle consejos a su hijo: consejos de cómo vivir la vida, de respetar y ayudar siempre a su madre, de ser siempre una persona correcta, una persona íntegra.

En esos momentos, el hombre le entregó a su hijo un libro de cuentos animados, como una especie de regalo de despedida, ya que, tan solo 8 días después, este hombre moriría a causa de un cáncer que tenía muy avanzado.

El libro que el hijo recibió de su padre como regalo puede que hubiese pasado a la historia como uno de los más leídos por una sola persona durante los siguientes 8 años aproximadamente,

ya que ese niño, que después se convirtió en adolescente, lo leería muchas, muchas veces, hasta que, de tanto leerlo, se desintegraría en sus manos.

Desde ese momento, ese niño se apasionó por la lectura y por recordar a cada momento a su padre, que, aunque estaba en sus últimos días y con fuertes dolores, lo llevó al centro de Bogotá para tener su última conversación de padre-hijo y dejarle un recuerdo que nunca iba a olvidar.





Gloria Lucía Toro González

Titiribí, enero de 1952. Tiene el privilegio de haber nacido entre montañas llenas de verdes de distintas tonalidades y cafetales cuyas ramas se doblaban con el peso del café maduro.

La arrullaron el canto de muchas aves y el sonido del agua de las quebradas golpeando las piedras.

Su amor por las palabras se la debe a su abuela; a través de su voz, contaba cuentos que llenaban de fantasía su imaginación.

Es licenciada en Ciencias Sociales de la UPB y se ha dedicado a trabajar con niños, estimulando la lectura.

Su principal deseo es adquirir las competencias para escribir cuentos en los que dé a conocer su territorio, del que se siente muy orgullosa. Está muy feliz y agradecida de pertenecer a este maravilloso grupo.

Un ángel de cabello blanco

Por Gloria Lucía Toro González

Llegó de tierras lejanas a un pueblo en medio de montañas y cafetales, detrás de un hombre que le juró amor eterno. La enamoró con palabras sacadas de los versos de amor de un viejo libro de poemas. Le prometió una buena casa, un perro y un caballo, una huerta que ya con anterioridad había preparado, una imagen grande de la Inmaculada Concepción con su respectiva gruta, un cuadro grande del Sagrado Corazón para la sala y un horno de barro para sus preparaciones de panadería.

La casa era toda de bareque, con tres habitaciones en galería. El comedor quedaba en el corredor delantero, en la esquina del lado izquierdo; la cocina y el cuarto de los avíos, donde se almacenaba muchas veces el café, quedaban en una ramada aparte de la casa, unida por un techo delgado.

A pesar de que todo lo encontró a su gusto, no dejaba de extrañar a su familia y su tierra. Pero ahí, en esas montañas, estaba su nueva vida, con amaneceres tibios, con conciertos de cantos de aves de todos los colores y recibiendo los aromas de las flores que empezaban a abrir sus pétalos al calor de los rayos del sol mañanero. Sentía que su alma se engrandecía al mirar cómo los cafetales en flor recibían a las abejas y mariposas que cumplían el sagrado deber de contribuir a la vida.

Así pasaban los años, sin que la niebla dejara de subir sin descanso, cada día hasta la cima de la montaña.

Su casa se llenó de flores: en los corredores, en las columnas, en el patio, debajo del madroño, en la gruta de la Virgen, en el camino de herradura que bajaba al pueblo. No había



rincón donde ella no pusiera su mano sembrando una mata.

Llegaron los hijos. Sonrió, agradeció, rezó por ellos, los amó infinitamente y se entregó a ellos con todo su corazón, dando lo mejor de sí para que tuvieran un buen destino. Un día los vio partir, y se quedó sola con sus montañas, su vieja casa, su noble perro, su caballo Tarugo, que aún podía andar, y una niña de cinco años que, por motivos del destino, la acompañaría por un tiempo. Esa niña era yo.

De la mano de mi abuela, empecé a conocer el mundo: los sonidos, los olores, los sabores, los colores y el significado de las palabras que serían fundamentales para mi crecimiento emocional. Palabras como prójimo, gratitud, humildad, generosidad, amabilidad y dulzura marcaron lo que fui y soy.

Aprendí a ver el mundo como un acto de amor.

Aprendí cómo la poesía podía llegar a los lugares más profundos del alma para transformarla y engalanar la vida. Todavía puedo escuchar su voz entonando cada verso, vibrando con cada palabra, logrando en mí un sentimiento que aún perdura.

Aprendí que todo lo que se hace con amor permanece en el tiempo. Que esos lazos amorosos no se rompen ni con la muerte.

Hoy, querida abuela, sigues presente, alumbrando mi vida. Mi eterna gratitud con Dios por haberme puesto en tu camino. Fue lo más maravilloso que me pasó en la vida.





Olga Lucía Aponte Ávila

Nació el 6 de octubre de 1963 en la Ciudad Blanca de Colombia, Armero (Tolima), donde tuvo su auge la plantación de algodón para esa época. Allí hizo su primaria en el Nuevo Liceo. Su familia se trasladó a Bogotá, donde terminó sus estudios de bachillerato y realizó luego estudios en Secretariado, Diseño y Dibujo Arquitectónico. Le gusta practicar deporte y le fascina todo lo relacionado con el arte. A raíz de que le gusta la poesía, una amiga la animó para que se inscribiera en Historias en Yo Mayor. Para ella, ha sido una grata experiencia el poder escuchar y también escribir historias.

Así crecimos

Por Olga Lucía Aponte Ávila

Así crecimos... desnudos, inocentes, autores y protagonistas de nuestras propias historias, ajenos al bien o al mal, indefensos, frágiles y expuestos a la orden del día, entre ser y no ser, dualidad que no es fácil de sobrellevar en la vida.

Así crecimos... entre la ternura y el calor de un regazo, nuestra primera sonrisa, nuestros primeros pasos, nuestro primer apoyo que, con torpeza al caminar, fueron cálidos brazos, creciendo y luchando contra sentimientos que nos consumen y no dejan florecer nuestra alma, regalo hermoso de quien nos ama sin medida ni distancia.

Así crecimos... en las diferentes etapas de la vida, donde sumando y restando vivencias, experiencias y lecciones aprendidas, dan resultado a nuestro modo de vida, en el que trabajar en las falencias es todo un reto personal que mejora nuestra calidad de vida.

Así crecimos... conociendo almas a través de nuestra vida, rostros que van y vienen, rostros que permanecen en el tiempo, de paso, casuales, pero con la certeza de que cada alma viene a enseñarnos algo.

Así crecimos... con lo vivido, con lo aprendido y las cargas que, por el camino, no siendo propias, hemos recogido y con las cuales, a veces, ni podemos avanzar por el camino como es debido.

Así crecimos...



Amparo Jiménez

Nació el 11 de julio de 1952 en San Juan de Pasto. Estudió Biología-Química y realizó un posgrado en Ecología. Durante 30 años trabajó como docente. Esa vivencia la impulsó a escribir un libro titulado *Sembrando el futuro*. Con ayuda de su familia, logró publicar un librito titulado *Cuentos de otro mundo*.

Es aficionada y practica la pintura. Conocía del proyecto con anterioridad, cuando se hacía convocatoria para enviar cuentos al concurso de Historias en Yo Mayor. Al escuchar sobre la Escuela Virtual en la radio, se motivó para crecer en su afición a narrar y escribir.

Peregrinación

Por Amparo Jiménez

¡Todo es un caos ordenado!... En silencio, todos corren, cargan y llevan al bus cajas de cobijas y ropa; canastos de pan; ollas con comida preparada y cruda; tinto en termos; velas y fósforos. Parecen sombras andantes entre la penumbra de la casa a las cuatro de la mañana. El frío les obliga a hundir la cabeza en las chaquetas o ruanas. La tenue luz de una bombilla que cuelga de un alambre desde el alto techo solo les permite reconocer el zaguán hacia la puerta de la calle, y donde aún caminan los recuerdos. La abuela supervisa todo y da la orden de subirse al bus, en tanto que el abuelo cierra con llave el portón. Hijos, yernos, nueras, nietos, sobrinos y otros parientes se organizan para el largo viaje. Los niños lloran del sueño y la niña de seis años, abrigada con su ruana blanca, dormita en los brazos de su madre. La pequeña ciudad, para mediados del siglo XX, es fantasmal, envuelta en largos silencios. Por eso, el ruido del carro retumba, y solo algunas luces iluminan la calle. Se pasa por el batallón, donde los centinelas son como estatuas congeladas que duermen de pie...

La abuela inicia los rezos: el rosario, las letanías, las oraciones a toda la corte celestial y al ángel de la guarda. Todos responden a media voz; el sueño reclama sus horas.

Por la carretera angosta, sin asfalto alguno, se bambolea el bus arrítmicamente, y entre los opacos ventanales asoman los pueblitos dormidos, con sus chozas de barro y techo de paja, que se distinguen como agazapados fantasmas a las tenues luces, que como luciérnagas brillan en la oscuridad.

La luz del alba asoma entre las montañas rocosas. Un reposo en un diminuto caserío para tomar café, aguapanela y algunos bocados para los viajeros que descansan de unas tres horas de movido y lento recorrido. Al reanudar el viaje, la carretera se torna empinada, con precipicios a la derecha que desnudan un paisaje bravío. En una larga hora, se arriba a un



hermoso paisaje de sabana, una región muy fría de alta producción papera y lechera. La niña se asoma a la ventana del bus, hace garabatos en las empañadas ventanas, luego limpia el vidrio y refriega sus brillantes ojos verdes para encantarse con las blancas montañas que se dibujan en el horizonte. Hala del saco a su padre y él le explica que son los volcanes Chiles y Cumbal, cuyas cumbres nevadas brillan a los rayos del sol. A lo lejos, parece escucharse el lamento de la quena y la zampoña con las notas de la música andina.

Son más de cinco horas de viaje, y ahora la algarabía se apodera de los peregrinos cuando se dibuja a la distancia, como pintura surrealista, un santuario que une dos montañas del cañón y que corta en lo profundo el rugiente río Guáitara. Un poeta lo bautizó como “un milagro de Dios en el abismo”. La niña salta de dicha; para ella, es la primera vez que toma conciencia de la majestuosidad del lugar.

Las calles empedradas dibujan el poblado. Los niños agudizan sus ojos entre las casetas de ventas de recuerdos religiosos de la Virgen y, ante todo, por los juguetes, como la vaca con balde que se ordeña moviendo la cola; la gallina que, al presionarse, abre las alas y pone huevitos; las pelotas de letras en varios colores y tamaños; y las famosas peloticas con resorte, con las cuales molestan a los adultos al pasarles por la cara o las piernas. La niña ríe divertida.

En la casa para peregrinos, todos duermen sobre esteras; la abuela ordena a su derecha las mujeres y a la izquierda los hombres. Nadie protesta, y las noches para los parientes son de juegos de cartas, dinámicas y recocha; para los chicos, alborozo hasta que les domina el sueño.

Madrugar para ir al Santuario es el momento esperado por todos. Se baja por muchas escaleras de laja, con robustos pasamanos tallados en piedra; pequeños jardines; la cascada que ruge en su espumosa caída; imágenes de santos; cientos de placas de agradecimiento a la Virgen. La niña se detiene a observar la escultura de una campesina que carga en su espalda a una infante. Le explican que esa pequeña, siendo muda, fue quien vivió el milagro: miró a la Virgen a lo lejos y dijo: “Mamá, la mestiza me llama”. La niña se agarra de la mano de su papá porque se sobrecoge de la altura del Santuario, soberbia construcción sobre el abismo, que se eleva hacia el cielo con su inconfundible estilo gótico en color gris, rematado por encajes blancos como las carpetas tejidas de mamá. En una plazoleta, la niña se acerca intrigada a las aparatosas máquinas de retratar montadas en trípodes, en las que señores, como por acto

de magia, esconden su cabeza bajo un trapo negro para luego sacar un brillante papel que, después de pasar por agua, muestra la foto inolvidable con la iglesia como escenario de fondo y la fecha para recordar.

Ingresar al Santuario de la Virgen de Las Lajas es una sensación espiritual reconfortante. Es la recompensa al viaje, es la ilusión realizada, es la bendición pedida, es la promesa de fe cumplida. La milagrosa imagen de la Virgen del Rosario, aparecida en la inmensa piedra laja, deslumbra en el altar mayor. En las naves, sobre altares de burda piedra, se rinde homenaje al pesebre y a la resurrección. La niña mira a la gente que, con especial devoción, ora, canta, recorre de rodillas la iglesia, llora, besa el piso, levanta sus hijos como ofrenda, enciende cirios y dona limosnas. La niña, en silencio, escribe en su corazón esta vivencia, la guarda en la mente de los recuerdos, en el álbum de los años maravillosos, y rotula como inolvidable esta experiencia nacida en la fe.

A manera de posdata, la niña... era yo.



Dora Patricia Bonifaz Carrillo

¡Finalizando el año en el que nació la segunda mitad del siglo XX, también nació el anhelado hijo! Y aunque nació niña, la fiesta –en Bogotá, Colombia– fue grande.

Con sus amorosos padres aprendió a leer. Con el asesinato de John F. Kennedy conoció la muerte, la liberación femenina la envolvió de felicidad, los hippies la sorprendieron, bailó con los Beatles, el amor la absorbió y cantó con Leonardo Favio. La universidad y los sindicatos la politizaron, envejeció viendo desigualdad social y violencia, pero nunca olvidó escribir para rejuvenecer cuando conoció Historias en Yo Mayor.

La ilusión de mi papá

Por Dora Patricia Bonifaz Carrillo

El barrio El Progreso, en Bogotá, era un barrio residencial de los años 50. En esa época, la estratificación socioeconómica que hoy conocemos no existía, y simplemente se le denominaba residencial a cualquier zona donde había casas de dos pisos.

Con alegría, recuerdo que solamente había una tienda en la esquina de nuestra casa y otra al final de la siguiente cuadra, justo unos pasos antes de llegar a la carrera 24. La tienda de la esquina solo vendía golosinas y productos secos, porque el mercado de verduras y productos frescos se hacía en la Plaza España, a la que se llegaba a pie pasando por el parque infantil María Eugenia, nombre que las autoridades le pusieron en “honor” a la hija del general Gustavo Rojas Pinilla, según lo que mi mami me contó. La felicidad de ir a la Plaza España, en parte, estaba por la parada obligatoria a jugar en ese parque, y la otra, por caminar de la mano de mi papá. La famosa plaza de mercado era un caos, porque las marchantas o revendedoras, como así se les conocía, eran las comerciantes de frutas, verduras, lácteos, plantas, flores, sahumeros, libritos de oraciones y hasta ropa; todo amontonado en plena intemperie, en plena calle al sol y al agua, sin ningún tipo de protección. Y ahora recuerdo que era un insulto decirle a alguien “revendedora” o “marchanta”. No tengo memoria de haber visto hombres en ese oficio.

Mis recuerdos de esos años están tan frescos como las cajas de frutas, carne, costillas de res o pollo que mi papá iba a comprar, mientras mi mami se quedaba en casa, porque, según mi papá, ella era muy joven y no tenía mucha fuerza. Alguna vez le pregunté a mi papá por qué yo sí debía tener más fuerza que mi mami para cargar, y me respondió: “Porque usted va a ser boxeadora”. Él, de origen ecuatoriano con abuelo italiano, había ganado un título sudamericano de boxeo, y su anhelado hijo mayor resultó ser una hermosa niña, yo, Dora Patricia, quien lo acompañaba al mercado y a los bares cercanos a escuchar a Gardel cantando

mientras hablaba con señoritas que, recuerdo bien, usaban unos delantales muy corticos.

Para mí, era una felicidad única ir con mi papá a la plaza, y también a “darle la vuelta al mundo”, como él me decía. En ese entonces, no se decía “mercar”, como se dice ahora, se decía: “Vamos a la plaza”. Había que llevar un canasto para los huevos y otro para las moras y las uchucas, o cualquier otra fruta delicada, incluyendo los tomates y el cilantro; y un costal de fique para la infaltable papa, la yuca, el plátano verde, la cebolla larga, ahuyama, mazorca y más cosas que ahora no recuerdo.

El ruido del mercado todavía retumba en mis oídos, porque las marchantas y sus hijos, de entre cinco y catorce años, hacían competencia para ver quién gritaba más fuerte ofreciendo los productos exhibidos a lo largo del brazo extendido o en un canasto tipo bandeja, recargado sobre un lado de la cadera y sostenido con una mano. Se abrían paso a la brava por entre otros vendedores para convencer a los compradores de que sus precios eran los mejores. Las mayores se sentaban sobre los costales a desgranar arveja o mazorcas. Los gritos ensordecedores de esa jauría decían algo así como: “¡A peso, a peso, llévelo, sumercé, llévelo que está fresquito y le echo el vendaje!”. El vendaje era un artículo extra, igual al extendido en el brazo, que, en teoría, lo entregaban sin costo adicional. La competencia entre las marchantas o revendedoras era terrible; no querían perder ni uno solo de los potenciales clientes que, con dificultad, también se abrían paso entre ellas, tratando de conseguir lo más por menos.

En ese sórdido mundo, desechos de vegetales, criaturitas con ropa sucia, sin medias, con mocos a la vista, con caritas sucias y los dedos aún mucho más mugrientos, intentaban espantar moscos de sus rostros. Esos niños, como aún no podían caminar, estaban sentados o acostados entre canastos mohosos, papel periódico y trapos que pretendían ser cobijas. Tomaban irreconocibles líquidos en botellas de vidrio a las que, en el pico, les ponían unos cauchos a los que llamaban chupos. Hoy, el nombre para ese invento es “biberón”, y está diseñado en tamaño, peso y forma anatómica, y fabricado en plástico tipo quirúrgico, con chupos que imitan bastante bien los pezones maternos.

Lo mejor de todo esto, lo tengo en mi memoria, es el jugo de naranja con huevo crudo y, algunas veces, con Kola Granulada, que mi papá me hacía tomar para que yo fuera más fuerte, complementando la rutina de ejercicio físico a que me sometía, para poder ganar todos los encuentros de boxeo que iba a tener. Hoy veo que él no se equivocó; le he ganado todas las peleas a la hermosísima vida que he tenido, con cinco hijos, seis nietos y dos bisnietas.



Semana 4

Termina la tercera semana del Quinto Heptamerón y comienza la cuarta, en la cual las personas mayores, bajo el reinado de las leyendas y el espanto, discuten sobre apariciones, demonios, ánimas, fantasmas, premoniciones, magia, hechizos y brujería.

Luna tiene un encuentro sobrenatural en lo que fuera un antiguo tanatorio; el tío de Yadira se encuentra a lomo de caballo con el diablo; Irina cree fervientemente en el poder de las ánimas del purgatorio; Dora Cecilia da a luz con la asistencia de un médico fantasma; el padre de Lilia Graciela adquiere la clarividencia y la sigue cuidando desde el umbral de los sueños; Manuel explora las consecuencias de las magias blanca y negra; José Heraclio sobrevive a los insólitos amarres de su expareja; un hombre despierta para escapar de la patasola; Yuger Ruth invoca a un fantasma de carne y hueso para que la comida de su abuela llegue a tiempo; y Ana María destaca el valor turístico de las brujas de Zugarramurdi.



Adriana M. Morales A.

Nació dos meses después de la crisis de los misiles de Cuba, llegando a un mundo de miedo que aceleró el desarrollo tecnológico, impulsándola a ser ingeniera de sistemas. Ha visto desde la tarjeta perforada hasta la IA, pasando por internet. Las letras siempre la motivaron y escribir es su refugio. Con los años ingresó a talleres de escritura y lectura, teniendo la suerte de que en un WhatsApp literario llegó la noticia de un bello espacio llamado Historias en Yo Mayor, que le abrió la posibilidad de recordar y escribir historias propias; y de enriquecerse con las de sus compañeros.



Hoy trabajo sola

Por Adriana M. Morales A.

Eran las 8:00 a.m. del viernes 2 de noviembre de 2015 cuando Luna María llegó a su nuevo trabajo. Solo llevaba cinco días en aquel cargo, y cada día que cruzaba la puerta de ese lugar lo hacía con la emoción de hacer algo nuevo e interesante. “Un nuevo inicio en mi carrera”, se decía Lunita; Lunita, como le decían sus nuevos compañeros. Aquel día sonreía al cruzar por aquella histórica puerta que todos querían conocer por sus arcos y tallas que evocaban artes renacentistas. Entrar en aquel salón amplio y con estilo francés del siglo XIX era tan agradable que apenas podía creerlo. Ventanas francesas arqueadas y de gran tamaño daban al lugar calidez y sensación de libertad. Tallas de madera fina con siluetas de grandes hombres de la historia, madera oscura cuyo aroma fuerte penetraba hasta los tuétanos; así sentía Lunita este nuevo aire, y suspiró cerrando lentamente los ojos. Al pisar, miró las baldosas que brillaban en colores amarillos y rojos, con la huella del tiempo marcada en finas líneas negras. “¿Qué cosas habrán visto estos pequeños cuadros?”, pensó Lunita, en su caminata hacia la oficina. Subió con elegancia las escaleras en forma de caracol, apoyada en las barandas de hierro forjado que exhibían flores y hojas entre negras y doradas. Sentía en cada paso la libertad de entrar en un castillo, que ahora hacía las veces de oficinas y aulas de clase.

Del tercer piso, a donde se dirigía, salió afanada y llena de paquetes Leito, su nueva amiga y compañera, y con voz acelerada le dijo: “Lunita querida, toma las llaves de la oficina, puedes trabajar tranquila allá. Todos nos tuvimos que ir para una reunión importante. Te pido que atiendas unos estudiantes que vienen por la tarde”. Y más apresurada que su voz, sus piernas volaron escaleras abajo hasta desaparecer en la puerta principal. Se dijo a sí misma: “¡Listo, Lunita! Te tocó trabajar



sola”. Miró las llaves y continuó hasta la oficina del tercer piso. Abrió la puerta, prendió la luz, llegó hasta la mesita redonda de la mitad, descargó sus cosas y prendió el computador.

La oficina era estilo notaría: dos filas de cinco cubículos a cada lado y, en la mitad, una mesa redonda donde Lunita se sentaba. Miró todo a su alrededor: las ventanas francesas que le fascinaban, la luz cálida que entraba, cada cosa tan sencilla y hermosa. Respiró con alivio y dijo en voz alta: “Aquí estoy”. Inmediatamente se concentró en su trabajo. Abrió el software de análisis, seleccionó diez documentos que requería examinar y emprendió el viaje de encontrar y analizar los conceptos clave, trabajo que le resultaba totalmente interesante.

Ensimismada en el trabajo, algo la despertó de su concentración: el golpe de una carpeta que caía con fuerza sobre el escritorio del final del pasillo derecho. Automáticamente dijo: “Hola, Dr. Correa, pensé que estaba sola”, y lentamente se levantó a saludarlo. Pero antes de llegar a su cubículo, algo la detuvo: una serie de ruidos que emanaban de la carpeta al abrirse y caer las hojas al suelo con cierta pesadez. Y Luna dijo otra vez: “Hola, Dr. Correa, ya le ayudo a recoger”. Sin embargo, una fuerza extraña paralizó sus piernas, y Lunita no podía dar un paso más. Se sentía consternada al no tener respuesta del amable doctor. Por su cuerpo empezó a recorrer un frío del ártico desde las piernas a la cabeza, y su voz se detuvo en la garganta, aunque intentaba con todas sus fuerzas pronunciar palabras. Hasta que, de tanto intentarlo, logró sacar una vocecita aguda y suave que decía: “¿Quién está ahí?”.

El silencio le atravesó los nervios, y temblando decidió caminar hacia atrás para no darle la espalda a su compañero silencioso y misterioso. Entonces se dirigió a la puerta lentamente, pues su cuerpo llevaba el peso del miedo y del desconcierto, mientras en el cubículo del Dr. Correa empezó el sonido inconfundible del teclado del computador, escribiendo tan rápido como una secretaria lo haría, es decir, 100 palabras por minuto.

Muda y sudorosa, se arrodilló y llevó la cabeza al suelo para mirar por debajo de las paredes de los cubículos. Necesitaba ver unos pies, unos zapatos o una sombra, pero nada de su extraño compañero, porque eso sí sabía: que era hombre por su brusquedad, sus ruidos y su terquedad al no responder. El desconocido continuó tecleando. Entonces ella miró fijamente, sin parpadear, alrededor, buscando tal vez una rata que se había entrado y que hacía aquellos ruidos que, a esa altura, la atormentaban y le parecían humanos hasta paralizarla, y no halló nada.

Descompuesta, se sentó en el suelo a punto de perder el sentido y de orinarse del miedo. Pegó su espalda lo más que pudo a la pared como su único refugio y protección, pensando que así su

compañero no la tomaría por sorpresa por la espalda. Tenía también la mirada fija en el último cubículo; no podía perderlo de vista, era su arma anticiparse al desconocido. En esta postura, siguió hacia la puerta arrastrándose con el único objetivo de “SALIR”. Entonces la impresora empezó a imprimir hojas y hojas que volaban por el piso sin verlas, mientras la silla del Dr. Correa giraba de un lado al otro, chirriando sin parar. Por cada hoja que salía de la impresora, de la frente de Luna salían ríos de sudor salado con sabor a miedo profundo.

Tardó mucho en llegar a la puerta porque su cuerpo y su mente estaban en distintas direcciones. Al llegar, tuvo el impulso de salvarse y abrió, estremeciéndose e intentando caminar, pero no pudo, no pudo. Parada allí, oyó un ruido que le pareció de mil pasos que se acercaban a su piso entre bullicio de conversaciones ininteligibles. Miró de reojo y vio acercarse a unos chicos que, con alegría, charlaban y se acercaban a ella para preguntarle por las notas de la profesora Leo. Por unos segundos, Lunita se sintió relajada y aliviada; su cuerpo y mente se sincronizaron de nuevo. Suspiró, sonrió a los chicos y los invitó a sentarse en la mesita redonda. Buscó las notas y les dio sus exámenes. Hubo entonces unos minutos de exclamaciones y reclamos exaltados que los estudiantes hicieron y que fueron opacados sorprendentemente por el estruendo de la puerta que se cerraba de un solo golpe. Brincaron al unísono, todos rieron menos ella; solo ella sabía de qué se trataba todo esto. Ahora ya eran cinco.

Los chicos tomaron sus exámenes y se fueron levantando para irse. Se despidieron cordialmente de Lunita, pero ella, con voz acelerada, les alcanzó a decir: “No, esperen, yo salgo con ustedes”. Con la esperanza de que pudieran salir juntos, velozmente apagó el computador, tomó su bolso y las llaves de la oficina. Mientras eso, los estudiantes se acercaban a la puerta. Lunita los miraba angustiada. En un instante, antes de que ellos llegaran a la puerta, la carpeta del cubículo del Dr. Correa cayó de nuevo con la misma fuerza de la primera vez. Lunita gritó, subiendo el tono de su voz: “¡Vámonos!”, para tapar el ruido ya conocido por ella, y empujó a los chicos hacia afuera de la oficina. Cerró la puerta de un golpe sin importar la luz, el orden o los papeles dejados.

Los estudiantes tranquilamente aceleraron su paso y bajaron rápido por las escaleras. Lunita no alcanzó su ritmo y quedó sola. La luz del tercer piso se apagó inesperadamente, y ella corrió escaleras abajo, tropezando de vez en cuando con los peldaños estrechos de la escalera en forma de caracol. Jadeando, llegó al primer piso, donde una especie de viento fuerte la empujó hacia la puerta principal, que por fortuna estaba abierta, y salió corriendo torpemente, porque no se puede

correr y temblar al mismo tiempo.

En la mitad del camino, se encontró con Leito, quien la miraba con los ojos más grandes que Lunita jamás había visto en su vida, y le dijo: “¿Lo sentiste?”. Un escalofrío como de fiebre de 40 grados recorrió el cuerpo de las dos amigas. Sus miradas fijas se fundieron telepáticamente en un “SÍ” magnético entre ellas. Entonces recorrieron juntas, mentalmente y como en otra dimensión, el lugar que antes había sido un tanatorio.





Yadira Cristancho

Despertaba la cálida mañana del 25 de septiembre de 1952 y el olor a frutas fue paseándose en torno del pintoresco pueblo de la Salina, cuando el llanto de una chiquilla llenó de amor a los integrantes de la familia. El abuelo fue el más impactado después de ver correr de un lado a otro a la comadrona del lugar. Pasados algunos años, llegó a la capital con la familia en busca de nuevos horizontes. Estudios, amistades, retos, todo ocurrió aquí en Bogotá.

Después, por circunstancias de la vida y en compañía de su esposo e hijos, se fue a vivir a las afueras de la ciudad, por 30 años en Cota y luego, hasta el día de hoy, en Tenjo, donde ha podido pintar óleo, hacer tejidos en telar y escribir. Escribir se convirtió en torrente de imaginación y necesidad de compartir sus textos.

Realidad o ficción

Por Yadira Cristancho

Las historias que a menudo me contaba mi tío solían asustarme profundamente, llenas de aventuras y apariciones. Dominguita, quien había acompañado a mi madre desde su juventud y, con el tiempo, se convirtió en mi cuidadora cuando mi familia salía o asistía a reuniones, trataba de calmarme con cuentos de hadas y relatos sobre niños.

Mi tío narraba que algunas tardes se reunía con sus amigos para ir a las afueras del pueblo, donde bebían chicha y compartían entre risas y bromas que muchas veces eran bastante pesadas. Una de sus diversiones era afeitar la mitad del bigote de quien se quedaba dormido, entre otras ocurrencias.

Por aquel entonces, ya comenzaban a correr historias en el pueblo sobre la Llorona, el Mohán, el Matachín y el Diablo. Una noche, después de algunas copas, decidieron hacer una apuesta para ver quién era el más valiente y se atrevía a enfrentar a esos seres que, decían, aparecían por las noches.

La primera vez, decidieron ir hasta las orillas del río. Sin embargo, apenas habían comenzado a acercarse cuando escucharon el llanto de una mujer, y los caballos, asustados, relincharon y se negaron a avanzar. Presos del miedo, todos regresaron a la fonda para compartir su experiencia, y después de ese susto, hasta la última gota de embriaguez desapareció.

Pasó algún tiempo y una noche volvieron a reunirse en la fonda, decididos a intentar la apuesta nuevamente. Esta vez, sortearon entre ellos, y al ganador le tocó ir solo al pueblo antes de que el resto lo siguiera. Partió el valiente con determinación y sus amigos esperaron un rato antes de seguirlo. Al acercarse al pueblo, lo encontraron en los matorrales, sin caballo y visiblemente alterado. Contó que algo extraño había salido del camino, asustando a su caballo que huyó dejando a su jinete aturdido y tendido en el suelo. Según él, sintió cómo



alguien, o algo, se reía y lo arrastraba; lo único que alcanzó a ver fue una figura negra de larga cabellera blanca y ojos como el fuego. Él estaba convencido de que había sido el Mohán.

Ese suceso los mantuvo a todos alejados de las apuestas por un tiempo, pero unos meses después volvieron a la fonda y, con el valor que da la bebida, decidieron retomar el desafío. Esta vez le tocó a mi tío.

Según cuenta, mientras cabalgaba hacia el pueblo, intentaba convencerse a sí mismo de que aquellos cuentos eran solo fantasías, cuentos de niños. Pero, de repente, a las afueras del pueblo, su caballo se levantó sobre sus patas traseras y relinchó asustado. A lo lejos, mi tío vio a un jinete vestido completamente de negro, montado en un caballo igualmente oscuro. Intentó gritar, pero el miedo le paralizó la voz. La figura se acercaba cada vez más y él alcanzó a distinguir su mirada fulgurante y terrorífica, lo cual le erizó la piel. Finalmente, el jinete pasó sobre él, entre carcajadas que parecían venir de otro mundo, y mi tío cayó al suelo, sin poder moverse.

Cuando lo encontraron y logró contar a sus amigos la historia, nadie podía creerlo. Pronto se extendió el rumor de que había sido el mismísimo diablo quien se le había aparecido, quizá como advertencia para que dejara su vida de borrachín y mujeriego.

Así, estas experiencias vividas por mi tío se convirtieron en las historias más comentadas del pueblo, historias que, aunque contadas en tono de aventura, guardan en el fondo un mensaje de advertencia, como un recordatorio de que algunas bromas pueden cobrar un precio inesperado.





Irina Arraiz León

El 31 de julio de hace 70 años, nació en la ciudad de Caracas, Venezuela. Al parecer estaba tan apurada por conocer el mundo que decidió no esperar al médico y nació en casa, gracias a dos comadronas (parteras). El emprendimiento forma parte de su ADN heredado de sus abuelos: el paterno era ebanista y el materno, maestro de obra (albañil) y apasionado de la historia.

Estudió la primaria con las salesianas, lo que marcó su amor por ayudar al prójimo y la docencia.

Una experiencia de salud a los 50 años le hizo dar un giro de 180° en su vida, desde ese momento se dedica a acompañar a los emprendedores a diseñar sus modelos de negocios.

Es fanática de Harry Potter, la cocina y los viajes. La escritura se le da de forma natural y, gracias a una publicación en Instagram, descubrió Historias en Yo Mayor y, sin pensarlo, se postuló. Está feliz de formar parte de esta Comunidad.

Las ánimas y mi familia

Por Irina Arraiz León

Creo que no hay un lugar en el planeta donde no se hable de las apariciones o experiencias con las ánimas del Purgatorio.

Para entrar en contexto, quiero decir que en Venezuela, desde la época de la Colonia, debido a que no existía el alumbrado público, las calles se alumbraban con faroles ubicados estratégicamente, y el reflejo de la luz sobre las fachadas de las casas y las calles formaba figuras que dejaban volar la imaginación; es así como se hicieron populares historias de apariciones como “El Carretón” y “El hombre encapuchado”. También, en las regiones rurales o del campo, entre la oscuridad y los sonidos de la naturaleza, tenemos a “La Sayona”, “La Llorona” o “El Silbón”; para completar los cuentos de misterios, se tienen las “apariciones” de las ánimas del Purgatorio, que generalmente se representan como “un grupo de mujeres que recorren las calles hablando fuerte y con muchas risas y carcajadas”.

Mi familia no escapa de estos cuentos, apariciones o visiones y comienzo contando la experiencia de un tío de mi mamá, hermano de mi abuelo paterno; me parece importante resaltar que esta historia se repite en la familia cada vez que alguno de los jóvenes llega a la edad de parrandear y madrugar fuera de casa.

Aquí vamos: Mi hermano Juan —decía mi abuelo— era un joven muy trabajador, ya que le gustaba contribuir con los gastos de la casa, pero también disponer de dinero para jugar a las cartas y parrandear; tenía muchos amigos, especialmente bellas damas que formaban parte de su círculo de los viernes. Eso hacía que algunos de sus compañeros de juego se sintieran celosos.

En esa época, la familia vivía en una zona llamada Los Caobos, hoy en día es un parque en el centro de la ciudad de Caracas, donde había muchos árboles y siembras de hortalizas,



ya que lo bañaba una quebrada afluente del río Guaire.

Un día, uno de sus amigos les propuso a otros jugarle una broma a mi hermano Juan, es decir, hacerle pasar un susto para que les dejara el camino libre y poder así ellos compartir con algunas de las damas del grupo sin la presencia de Juan.

Para darle el susto, decidieron que ese viernes, cuando Juan estuviera entretenido con el juego de cartas, dos o tres de ellos se iban a retirar y lo iban a esperar en la ruta hacia su casa, escondidos detrás de los árboles, e iban a simular un atraco, para darle un susto. Resultó que los asustados fueron ellos: cuando Juan venía hacia su casa, los amigos que estaban escondidos vieron que él venía acompañado por un grupo de mujeres elegantemente vestidas, cantando una canción de la época. Los amigos decidieron dejar la broma para otro día, pero cuentan que cuando Juan pasó cerca de ellos, no solo iba solo, sino que el aire se puso denso y un olor a gardenias inundó el ambiente y a los que estaban escondidos se les pusieron los pelos de punta.

Un amigo de Juan lo fue a buscar al día siguiente para preguntarle dónde había conocido a ese grupo de damas que lo acompañaban la noche anterior y la respuesta de Juan lo dejó helado: “¿Cuáles damas? Anoche salí muy cansado del trabajo y me vine directo a la casa a descansar. Pensé que venías a preguntar la causa de mi ausencia anoche”.

Desde esa noche, los amigos de Juan dejaron de hacer bromas pesadas, ya que recordaron que Juan era devoto de las ánimas del Purgatorio.

Otra anécdota fue la que me ocurrió durante los eventos que sucedieron al movimiento llamado el Caracazo en los años 90.

Para esa época, vivía en la ciudad de Maracay y me encontraba de visita en la ciudad de Cagua (aproximadamente a 1 hora de distancia).

Después de los sucesos del Caracazo, las empresas debíamos organizar las actividades para tratar de volver a la “normalidad”; yo era gerente de ventas de una reconocida empresa editorial y debía motivar a la fuerza de ventas a retomar actividades, especialmente participar en ferias; un día, nos reunimos para reorganizar una Expo Feria y, entre los cuentos de la experiencia del Caracazo y la planificación, se nos hizo de noche y yo debía viajar a Maracay.

El lugar de la reunión era el apartamento de una de las vendedoras y la mayoría de las participantes se iban caminando a su casa; yo debía esperar el transporte público en la avenida Intercomunal, la cual tenía poca iluminación y eran como las 9 p. m.

Como siempre hacía, tomé mi maletín, escuché todas las recomendaciones de las vendedoras (“agarra bien el maletín”, “llama cuando llegues a tu casa”, etc.). Al bajar del edificio, como sabía que alguna se iba a asomar al balcón a ver esperar que tomase el transporte, comencé a saludar y bailar mientras iba a la parada.

Hasta allí, todo normal, hasta que al llegar a la casa y llamar para avisar, una de las que estaban en el balcón me dice: “¡Hay que ver que eres descarada! Pasaste por el medio de un grupo de personas y casi los atropellas para tomar el transporte”. Yo me quedé pensando un rato y luego dije: “Allí no había nadie, la parada estaba sola”.

La guinda del pastel la descubrimos al día siguiente, cuando al leer las noticias descubrimos que en un edificio cercano a la parada donde yo había tomado el autobús, un grupo de personas había sido atracado y golpeado.

De inmediato vinieron a mi mente las palabras de mi abuelo: “Cuando andes por la calle y veas que está oscuro y solo, encomiéndate a las ánimas del Purgatorio, ellas no te van a desamparar nunca”.

Es por ese motivo que cada vez que alguien de mi familia se encuentra en una situación extraña, se encomienda a las ánimas del Purgatorio y hasta el día de hoy, nunca nos han desamparado.



Dora Cecilia Martínez Cruz (Talo)

Nace en 1959, al día siguiente de conmemorarse la Batalla de Boyacá. Ha vivido siempre en Bogotá; allí estudió primaria, bachillerato, ocho semestres de Psicología y finalmente se graduó como Desarrolladora Publicitaria. Obtiene la cédula de ciudadanía y enseguida se casa con Jaime, en 1978. Luisa Cecilia es su única hija, nacida en 1980, quien felizmente la convierte en abuela de su ángel Isabella, en 2013. Le apasiona bailar salsa, escribir y elaborar toda clase de artes manuales. Sabe de Historias en Yo Mayor por un noticiero y enseguida se inscribe. Es admitida y ahora elegida, con una de sus publicaciones. Quienes la conocen aplauden su forma de escribir y su tono de voz, narrando.

¡Los milagros sí existen!

Por Dora Cecilia Martínez Cruz (Talo)

Esta historia me sucedió a mí y considero que está muy lejos de ser un mito o un espanto. Fue un encuentro divino. Igual creo que es algo que quizá nos ocurre a diario, no a todas las personas, o quizá sí, pero no nos damos cuenta. Creo en Dios, en Jesús de Nazaret, en la Virgen, que es mi compañera leal de vida, y en los ángeles, porque he sentido su presencia en mi vida y en la de los seres que amo. Doy fe de que los milagros existen, y no solo por este que refiero hoy. Quien no crea, es muy respetable su creencia también.

Me casé a los 18 años, a los 20 quedé embarazada. El embarazo transcurrió con normalidad hasta el séptimo mes, cuando fui diagnosticada con preeclampsia, con un riesgo muy grande de que se convirtiera en eclampsia, algo que en ese tiempo, y aún, podía desencadenar en algo mortal. A mí, por razones obvias, no me informaron del peligro que estaba corriendo.

Una médica amiga de la familia se hizo cargo de mi caso, para que no me tuvieran que dejar hospitalizada los dos meses restantes de gestación.

Tuve que estar en cama esos dos meses. La doctora iba a controlar mi tensión arterial en la mañana y al finalizar la tarde. No podía darme la luz del sol; por este motivo, tuvieron que oscurecer la habitación con cortinas gruesas; no podía volver a ingerir alimentos con sal y debí llevar una dieta muy estricta. Tenían que bañarme, vestirme, etc., ya que el simple hecho de peinarme subía demasiado mi tensión arterial, poniéndome en riesgo.

El diagnóstico era que podía fallecer yo, el bebé, o los dos, o que el bebé naciera con retraso mental.

Llegó el día de los dolores de parto, un lunes en la noche. Yo tenía mucho miedo y me quedé callada, soportándolos en silencio, hasta el martes, que a eso de las 8 de la mañana, ya no resistí más y tuve que decir. Desde luego, ante el tema de mi salud, que yo no conocía, de inmediato me llevaron a la clínica y me ingresaron.



Allí comenzó todo. Me medicaron, me alistaron y me dijeron que caminara y que respirara cuando llegara el dolor de la contracción. Así transcurrió todo el día y, al pasar del tiempo, el dolor iba aumentando. Ya a las 7 de la noche, me acostaron en la cama y me dijeron que no podía levantarme más, porque me iban a poner un medicamento para procurar la dilatación para el alumbramiento.

Ahí sí realmente conocí lo que eran los dolores de parto y dónde comenzó todo. Me daba la contracción y, al mismo tiempo, calambres en las dos piernas. Estaba en ese padecimiento cuando, como a eso de las 7:30 de la noche, llegó un doctor muy joven, él, de barba, con el cabello muy bien arreglado, y me preguntó si era mucho el dolor. Le comenté que sí. Entonces me dijo: “Te voy a acompañar todo el tiempo que me necesites”.

A medida que transcurría la noche, los dolores y los calambres eran más intensos. Entonces el doctor me dijo que, cuando me diera la contracción, hiciera yo lo mío, que era respirar, y él me hacía masajes en las piernas para los calambres. Así pasó la noche.

Entre contracción y contracción, me pidió que le contara la historia de amor de mi esposo y de mí, porque él conoció a mi esposo, ya que bajaba cada cierto tiempo a llevar razones de mi parte, a comentarle cómo seguía yo y a traerme algún mensaje de parte de mi esposo. El doctor se interesaba en nuestra historia, porque servía como distractor para mí y porque decía que éramos unos niños ya convertidos en papás.

Aclaró el día miércoles y yo estaba exhausta. El doctor ya terminaba su turno. Pero me dijo: “No te preocupes que yo no me voy antes de dejarte en sala de cirugía para que tengas a tu bebé”. Efectivamente, salió un momento y regresó con un enfermero y una camilla. Entre los dos, me pasaron a la camilla y le dijo al enfermero: “Ella está lista, llévala a sala de partos”. Ni les cuento los dolores cómo eran, las mamás de este grupo saben de lo que hablo. Me alistaron, comenzó el proceso del alumbramiento y, después de un rato, no sé cuánto, nació mi hija, totalmente normal y yo, viva. El doctor no estuvo en el parto, pero apenas mi hija lloró, miré hacia la puerta de entrada al quirófano y allí estaba asomado el doctor Restrepo, como me indicó que se llamaba. Me miró con una ternura infinita, como me miró durante toda la noche y, con la mano, me dijo: “Hasta luego”, y ya no lo vi más.

La planilla la firmó el doctor Restrepo. Luego todos preguntaban quién era ese doctor, que nadie lo conocía. Yo les dije que él había estado toda la noche conmigo, asistiéndome para calmar mis dolores. Y me dijeron que yo había estado sola toda la noche.



Esa es mi historia. Sé que quizá fue Jesús quien estuvo conmigo o que Dios envió a uno de sus ángeles para que me cuidara, debido al riesgo de salud en que me encontraba.

Y no fue un sueño, porque mi esposo también habló con él en la noche, incluso departieron un bocado en la cafetería de la clínica. Los milagros existen.





Lilia Graciela Mosquera Samacá

1954 fue un año de grandes cambios: la ilegalización del Partido Comunista Colombiano, el derecho al voto femenino en Colombia, la llegada de la televisión a nuestro país y el nacimiento de la UEFA en Suiza. Ese mismo año, el 29 de marzo, nació en Bogotá una niña que trajo alegrías a su familia. La mayor de ocho hermanos estudió en un colegio religioso y luego en una prestigiosa institución distrital, donde se formó como secretaria. Trabajó en una oficina de abogados y luego como docente de secretariado. Más tarde, estudió Ciencias Sociales mientras trabajaba. Casada y madre de dos hijos, tras separarse y jubilarse, se dedicó a actividades físicas, deportivas y culturales.

Una llamada de la Secretaría de Integración Social la invitó al programa Historia en Yo Mayor, en el cual descubrió un talento oculto y se sintió valorada. Agradece esta oportunidad que le permitió explorar nuevos saberes.

Historias sobrenaturales

Por Lilia Graciela Mosquera Samacá

Les voy a contar un hecho muy importante en mi vida, ya siendo una persona adulta; mi papá se enfermó gravemente, se le llevó a la clínica San Pedro (I.S.S.), lugar especial para todas las personas que laboraban y/o fueran pensionados. Allí se le practicó una cirugía bastante delicada, duró un tiempo prudencial en cuidados intensivos; nosotros nos repartíamos el horario de visitas (siempre entraban dos personas por cada paciente); mi mamá iba todos los días sin falta... Una tarde dijo mi papá: “Dígale a su mamá que me envíe ropa porque ya me van a echar para la casa los matasanos”. Pero tenía una cosa muy particular en cada visita: a cada uno nos fue diciendo qué debíamos hacer si él se iba “para el otro lado”. Cuando me correspondió mi turno, él me dijo: “Mija, cuando yo me vaya, su marido se va a ir y la va a dejar sola con mis niños; él es un irresponsable, está ahí cumpliendo porque estoy pendiente de todo; usted debe asumir su responsabilidad y sacar esos niños adelante”. Recuerdo que a mi hermano menor le dijo: “Como usted no quiso ser buen estudiante, se quedó sin graduar, yo no tengo tiempo, ya vienen por mí”; enseguida le dijo a mi mamá: “Mija, compre el vestido, vayan a la ceremonia y haga la reunión que se les hizo a todos”... Ella asintió y salimos para la casa silenciosos.

El día que murió mi papá fue un sábado, en la casa paterna se acostumbraba a preparar frijoles, estábamos almorzando cuando sonó el teléfono, nos miramos, esperando a que mi mamá contestara, ella estaba alistando la maleta con la ropa de papá para traerlo a casa, dijo: “Contesten, estoy ocupada” Mi hermano contestó y se fue poniendo pálido, no dijo nada, quedó mudo... Nosotros le preguntamos: “¿Qué pasó?”. Siguió igual, mi mamá gritó desde la habitación: “¡Se murió su papá!”, no respondimos, tomamos la maleta, íbamos saliendo cuando mi mamá dijo: “Esperen, yo voy con ustedes”; abordamos un taxi, tomados de la mano fuertemente, mientras mi mamá iba silenciosa... Llegamos a la clínica, mi hermano dijo al



portero: “Nos acaban de llamar, informaron que papá había fallecido”... Entraron mi mamá y mi hermano, yo quedé afuera esperando alguna noticia; salió mi mamá y me dijo: “¿Tiene monedas? (Teléfono público); llame a la casa y dígales a sus hermanos que sí, papá murió, y que se alisten y alisten los niños. Yo voy en un momento para la casa, usted y su hermano se encargan de los trámites”. Se hicieron las diligencias, celebración del funeral, exequias y demás relacionados con la muerte.

Regresamos a casa, todo bajo control, cada uno asumió la tarea asignada por mi papá, siempre ha sido así hasta ahora.

Aquí va mi historia: las palabras de mi papá se hicieron realidad; muchos años después llegó mi separación; tuve que asumir el rol de papá-mamá; dediqué mi vida a mis hijos, se hicieron profesionales con todos los altibajos que tiene una situación de este estilo.

Una noche estaba profundamente dormida: mi papá se me reveló, vestido de blanco, muy feliz; me sentó en sus piernas como cuando era niña, me abrazó muy fuerte y me dijo: “Estoy muy feliz por haber sacado a mis chinitos profesionales y muy buenos hijos trabajadores; ahora les pido: no vuelvan al cementerio, yo no estoy allí, estoy en un lugar muy hermoso y feliz; tampoco gasten dinero en flores, no son necesarias, utilicen ese dinero para otras cosas que ustedes necesiten”. Se despidió con un beso en la frente y se fue... Hasta ahora, cada día lo recuerdo constantemente por sus enseñanzas, consejos y dichos muy frecuentes... tales como: “¿Qué pesa más, una pala o un lápiz?”, “El que se casa, casa quiere y costalito para la plaza”... etc.





Manuel Melo

Siendo presidente de la República de Colombia el general Gustavo Rojas Pinilla (periodo 1955 a 1957), nació el 12 de abril de 1955 en la ciudad de Cartagena, Bolívar. En la niñez, desde los siete años de edad hasta la adolescencia, le gustaba leer en el Parque Centenario historietas como *El Santo*, *el Enmascarado de Plata*, *El Llanero Solitario*, *Memín*, *Chanoc*, *Tarzán*, *el Hombre Mono* y otras más. De ahí se despertó su hábito por la lectura. En la época estudiantil, también leía obras literarias.

Transcurría el año 2008. Manuel contaba con 52 años de edad y, en uso de buen retiro de la Armada Nacional, se avivó su deseo por la literatura. Empezó a escribir una novela, cuatro cuentos en corrección y algunos poemas. Conoció la Escuela Virtual Historias en Yo Mayor a través de un amigo. El aprendizaje obtenido en este recorrido ha sido muy vital para aprender y ampliar sus conocimientos en literatura.

Magia negra vs. Magia blanca

Por Manuel Melo

Transcurría el año 1965, contaba con diez años de edad.

Acompañaba al señor Carlos De Ávila cuando yo no iba a clases; este señor era amigo de la casa, se las tiraba de enamorado de mi mamá (madre soltera), ella no le ponía atención. El señor Carlos trabajaba como conductor para la familia Fernández en una camioneta marca Chevrolet, modelo 52; esta familia era muy adinerada, tenía muchas propiedades, entre ellas algunas fincas y ganado en poblaciones cercanas; estaba conformada por el señor Raúl, su esposa Pilar Duarte y una hija adolescente de 17 años.

Me comentó un día el amigo de la casa que su patrón tenía pacto con el diablo, que cada año le entregaba un trabajador de sus fincas, esto a cambio de poseer las riquezas que tenía. Este señor y su esposa eran analfabetas, la hija sí estudiaba; a pesar de tener tanto dinero, parecían vivir en la ruina, no vestían bien. La casa donde vivían en el barrio San José de Torices no era muy lujosa y por dentro era lúgubre y fría; a mí me daba miedo entrar en ella. Las personas del barrio estaban muy prevenidas con ellos, les causaba miedo esa familia muy extraña y casi no se comunicaban con los vecinos. Yo escasamente hablaba con ellos, ya que yo era ayudante del señor Carlos en la camioneta, más que todo lo hacía con el patrón. Era cierto que cada año moría un trabajador de una de sus fincas por diferentes causas.

El señor Carlos se cuidaba de este misterioso señor; él usaba la magia blanca que a menudo rezaba, decía que no quería ser el próximo trabajador en ser entregado al diablo, me confesaba que también lo hacía por mí. Algo que contar de la esposa e hija del señor Raúl: siempre pasaban enfermas, la señora Pilar era asmática y la hija Pilarcita sufría de los riñones, aun siendo muy joven. En esa familia se veía un ambiente de desgracia a pesar de que tenían muchas riquezas, se comportaban como pobres, me contaba el señor Carlos que era por la relación que tenía el patrón con el mal.



La señora Pilar era muy despiadada y nada social. El 28 de octubre de ese mismo año se quemó el mercado público, donde hoy queda el Centro de Convenciones Cartagena de Indias; ella iba a hacer compras en el mercado, por tanto, la camioneta estaba parqueada en el Camellón de los Mártires, muchos heridos sacaban y por eso requerían de vehículos, solicitaron el de ella, se negó aduciendo: “No permitiré que me ensucien mi camioneta de sangre”. A los pocos días la hija enfermó nuevamente de los riñones, el asunto fue muy grave y la pusieron en proceso de diálisis, siendo tan joven. A esta familia los rodeaban las calamidades y la enfermedad, se decía que como el señor Raúl no había podido entregar un empleado de sus fincas al diablo, se las cobraba con la familia.

Una vez el patrón le dijo al señor Carlos que él quería ser padrino de confirmación mío, ante lo cual este se negó y le dijo: “No, señor, usted no será nunca padrino de mi muchacho”. El señor Carlos activó más los rezos de la magia blanca y tanto él como yo llevábamos puesto en el cuello un crucifijo. En cierta ocasión, en una de las fincas, el señor Raúl desesperado activó sus conjuros y altar para entregar a un empleado de la finca, se apartó a un lugar destinado para ello; igualmente el señor Carlos activó sus rezos de magia blanca para contrarrestar la otra magia, yo observaba desde lejos esta actividad. El señor Raúl no logró su cometido, no murió ningún empleado y al mes siguiente, en diciembre, murió su hija, no respondieron más sus riñones.

Hoy yo me atrevo a confirmar que, si no se hubiera practicado la magia blanca, hubiéramos sido uno de los dos. Al año siguiente murió la esposa de pulmonía, solo quedaba el señor Raúl. A raíz de esa situación, mi mamá me prohibió que acompañara al señor Carlos; como a mí me gustaba estar paseando en la camioneta mientras no tenía clases, traté de oponerme a mi madre, pero ella me obligó a hacerlo. Después de todo esto murió el señor Raúl, según me contó el señor Carlos, que ayudó a llevar el féretro, que no pesaba casi, al parecer el diablo se lo llevó. Pasado un tiempo, el señor Carlos me regaló los dos libros de magia blanca para que me defendiera contra el mal, eran blancos con letras y cruz negra. Mi mamá no los aceptó y procedió a quemarlos rezando varios Padrenuestros y Avemarías.





José Heraclio Ramírez Vargas

Nació el 29 de agosto de 1957 en Ibagué, Tolima. Fue el cuarto hijo del matrimonio de Martín Ramírez y Rosa Angélica Vargas, de cuya unión hubo ocho hijos. La familia se trasladó a Bogotá en 1963 debido a la pobreza y amenazas de la guerrilla.

Realizó sus estudios primarios de 1966 a 1970 en la Concentración Escolar Estados Unidos. La secundaria la comenzó en 1971 y la terminó en 1976 en el Instituto San Pablo Apóstol (ISPA).

Estudió Dibujo Publicitario y Artes Gráficas en el SENA (1977–1980). Durante el bachillerato, desarrolló la mayor parte de su escritura: poesía, cuentos, cartas, diarios y una recopilación de frases y refranes, recogidos a través de los años hasta hoy (366, año bisiesto 2017). Sus aptitudes matemáticas resaltan en la creación del juego BAYNEG - Un Profe en Casa.

Con su participación en la Escuela Virtual de Historias en Yo Mayor y en la comunidad virtual, busca dar a conocer su potencial literario, filosófico y matemático, hasta ahora inéditos.

Mis primeros amores

Por José Heraclio Ramírez Vargas

Transcurría el año 1965, en medio de un juego de niños, en los cuales yo era el papá y mi hermana, la mamá de Esperanza, niña amiga vecina. Este juego dio pie a Esperanza para preguntarme, de forma infantil, si prefería ser su novio o de mi hermana. Cuando íbamos a la casa de su abuelo “papá Chavito” ella se ponía una ruanita para coger mi mano, sin que ninguno lo notara.

Ella misma comenzó y acabó aquella relación de manitas sudadas. Tal vez porque yo mostraba más interés por la televisión, por los concursos, novelas y enlatados gringos (Lassie, Bonanza, los Ingalls y otros que ahora no recuerdo). Esto y la llegada de Miguel Ángel a nuestro entorno influyeron en su decisión, aquel niño era más guapo y extrovertido. De aquello solo me quedó el triste recuerdo con la canción de Javier Solís, *Renunciación*.

Dicen que un clavo saca otro clavo y apareció en escena María Helena, niña de tez blanca y pecosa de dos trenzas que me fascinaban... Le di mi primer beso. Lo hice mal porque cambié sus labios por sus manos: nos sonrojamos por algo nuevo para los dos. El papá preparaba masato de maíz o arroz, juntos igual de ricos. Como se diría hoy, un emprendimiento familiar: “Masato Santaferreño”; no sé si exista hoy en día, pero en mi recuerdo, sí.

María Helena se cansó de verme sufrir por Esperanza, que se había trasladado al barrio Sosiego.

Nosotros también nos fuimos a un inquilinato en el barrio Olaya donde me hice popular entre las niñas que habitaban en él. Anita, Nancy y María Edilma me mandaban papelitos y razones con mi hermana para que les aceptara un noviazgo. Las rechacé, no me gustaban o tal vez no quería otra decepción.

Tuve otras experiencias, no porque las buscara, sino porque llegaban sin ninguna pretensión. Solo me concentraba en sacar adelante mis estudios con un objetivo claro: mejorar mi condición humilde. Hice grandes logros económicos; no supe manejarlos y la pobreza nuevamente me alcanzó.

Pasé por una relación tortuosa, en la cual terminé casado con dos hijos, que son lo único bueno de aquella unión. Duró este “matricidio” cuatro años y medio, hasta una Semana Santa en la que me quedé frente al hogar, mientras ella trabajaba. Dejó por prisa u olvido la sección de su armario abierto. ¡Vaya fatal error! Cuando quise cerrar su puerta, vi un frasco con azúcar invertido que coloqué de forma correcta y apareció una foto mía llena de chuzones.

La llevé donde Fernando, el conductor de la empresa, que había tomado en alquiler el cuarto de servicio. Él me dijo: “Don José, siga buscando, a ver qué encuentra y vuelva para decirle algo”.

Se me despertó mi instinto de Sherlock Holmes y encontré una cruz de cicuta, una oración a San Martín de Loba, un gotero oscuro con una extraña sustancia y un tabaco empezado, y se los llevé a Fernando.

“Donde José yo trabajé con el Indio Amazónico haciendo domicilios a sus clientes, y todo eso significa ‘amarres’. Lo del gotero es menstruación rezada de su mujer”, me dijo.

Me dirigí con todo esto a donde un cura que me dijo: “Traiga a la señora el sábado”.

Ella sabía que estaba descubierta y comenzó a mostrarse más dócil y amable. Le dije: “¿Quiere acompañarme el sábado a la iglesia?”.

Ante su respuesta afirmativa llegamos a la casa cural. El cura había salido para aplicar unos Santos Óleos. Ella no pudo más y salió corriendo.

En casa, descompuesta, me dio el desayuno que no le acepté, porque le había perdido la confianza, siendo el punto final de esa relación.

He dado muchos besos... fraternales, amistosos, apasionados, corteses, por compromiso...

Hasta la fecha en mí sigue guardando el primer beso de amor, esperando la boca que cumpla con esta ilusión, ¡o quizás le toque a la muerte este chicharrón!



El pecosito

El escribiente nació en la llamada era de los *baby boomers*, que son la cohorte demográfica que sigue a la generación silenciosa y que precede a la generación X.

Sus padres, de nombre José Moscardo y Ana Cecilia, le dieron los elementos necesarios para ser un buen ciudadano y un ejemplar trabajador.

Hoy, a los 69 años, estudia carpintería recreativa y por el camino se le “atravesó” un evento inspirador, el escribir, porque unos ángeles le dijeron que sí se puede.

Busca desde los 60 el camino a la felicidad y poder disfrutar cada momento de la vida.

Leyendas y sueños

Por El pecosito

A ver, hurgo en el cerebro, remuevo la grisácea masa y poco a poco halo la pita de los recuerdos, buscando algo que me haya hecho erguir los pelos de la nuca y otear para todos los lados, preguntándome: “¿Qué fue lo que sensibilizó mi piel?”. Me pongo alerta ante el supuesto taconeo en una sola pata de alguien que se encamina por el corredor de madera, de algo o alguien que merodea la cocina, y me acuerdo de que los dueños de esa finca donde íbamos a pasar la Semana Santa decían: “Por ahí, parece que camina un alma en pena”.

En esas noches de tormenta aúlla el viento, laten los perros, en el tejado de zinc saltan las gotas haciendo su tintineo y uno, metido en la montaña, acompañado de una mortecina vela o de una lámpara Coleman, con su luz desfalleciente, ayuda a estirar la figura que nace en la candela.

Tantas historias en el monte. El tibio calor de la noche, amalgamado con la lluvia, en esa provincia de Rionegro, le pone revoluciones al temor. Parsimoniosamente, las gotas de sudor recorren la espalda, ruedan como una pequeña quebrada recién parida y empapan la camiseta; la transpiración está a chorros, caen gotas saladas por la frente, las manos se encharcan y las bandas de tejido muscular, llamadas cuerdas vocales, no dejan pasar el aire, no hay sonido, no hay gritos, y el sudor sigue empapando la ropa.

Quisiera pararme, gritar y huir. Pero las piernas están estáticas, no responden, se adhirieron al piso como pilotes. Veo que arrecia la tormenta. Tláloc me persigue, con los truenos, con los rayos. Centelladas de refulgentes latigazos descienden del cielo y creo que Mictlantecuhtli me quiere llevar. De mi garganta no sale sonido alguno, desesperadamente intento berrear, vociferar, mas no entiendo por qué no logro que me escuchen.

Ahora me encuentro corriendo, como en cámara lenta, mi voz sigue muerta y debo atravesar un valle, al otro lado pareciera que está la salvación, seguramente si pudiera correr más veloz, llegaría. ¡Pero no! El corazón palpita a gran velocidad, ahora me acompaña una insuficiencia respiratoria, sé que sufro de bradicardia, pero ahora esto, ¡carajo! Mi cerebro se agota, la hipoxia me envenena y mis piernas, cada minuto, cada segundo, se van tornando más lerdas.

Detrás de mí vienen ellos. Allí, en aquel paraje reina el señor de la oscuridad. Y ya no veo esa frontera que me separa de esa tenebrosidad de noche. Me estoy deshidratando, la cabeza me da vueltas, si me desmayo no veré la luz del día. Pero la lobreguez también me oculta, también me ayuda, y poco a poco llega el oxígeno a mi cabeza, las piernas empiezan a moverse más rápido, pero las palabras no emigran de mi garganta. Pienso, me he quedado mudo, nadie me escuchará. ¿Qué haré?

El taconeo sigue. Entre más lejos estoy, más siento que el taconeo se acerca. No puede ser, no puede ser. El alma en pena es la de aquella mujer que perdió a sus hijos, y ahora, ella corre más veloz que yo. ¡Me va a alcanzar! Quiero saltar al abismo. Su pelo enmarañado me va a atar. Su boca grande me tragará. ¿Qué hago? Si salto al precipicio, no sé quién me recibirá.

Seguramente la Patasola piensa que soy su hijo y me recogerá. Pero no sé, no me debo dejar atrapar por ella, qué tal que cobre venganza, qué tal me quite una pierna, ¡no, no, no!

Gracias al cielo mi mujer me despertó, me zarandeó, vociferó y me dijo:

—¿Para qué se pone a tomar guarapo? Eso le hace daño, mire cómo está de mojado, gritabas que no, no, ¡no! ¿O con qué india estaba soñando?

Yo le dije que había tenido una pesadilla, que la Patasola me perseguía, que me sentía abrumado, que la muerte me acechaba y que mi corazón iba a fallar.

—Claro —dijo mi mujer—, se come ese piquete de gallina con ají de huevo, la yuca que se deslíe entre los dedos, el cachaco asado, lo pasa con un petaco de cerveza, y, para redondear, le acepta a don Abundio el guarapo fermentado que vende la india esa ahí en el piqueteadero. Y luego se echa a dormir en la hamaca, balbuceando pendejadas. Yo le puse cuidado, pensé que iba a soltar la clave de la tarjeta débito, pero ni el celular soltó, quién sabe qué guarda ahí, en ese mugre teléfono.

Solamente la besé, le dije que la amaba, que gracias por haberme despertado porque me iba a tirar a un abismo, que estaba chorreando agua, por la tormenta.

Y volvió con la cantaleta.

—Por borracho se iba a caer de la hamaca, ese era el tal abismo, agradezca que lo contuve, pero la mojada de la tormenta no fue que llovió. No, mijo. Los perros pasaron por la hamaca y ellos sí le dejaron el palo mojado.



Yuger Ruth Villegas Nieto

En Camaná, Arequipa, Perú, nació la bella niña Yuger Ruth, para la alegría de sus padres y hermanos. Creció muy feliz, porque ella le ponía color a todo, disfrutaba de la música y de los atardeceres; le encantaba escribir poemas, ella misma se catalogaba como “la soñadora”. Realizó sus estudios con éxito. Como le apasionaba la radio, al terminar la escuela ingresó de locutora radial durante 3 años, para luego partir a otro destino, Arequipa, conocida como la ciudad Blanca. Ella estudiaba y trabajaba. También conoció el amor de quien se convertiría en su compañero de vida. Pasaron 5 años para que volviera a tomar nuevos rumbos con su familia hacia la capital, Lima, en busca de nuevas oportunidades. Le gusta mucho tomar café mientras escribe. Ella dice: “En la vida, uno tiene que saber de todo un poco: a veces ser secretaria, otras, vendedora, organizadora, siempre comunicadora y, por supuesto, administrar tus propios riesgos de todas maneras”.

El fantasma nocturno

Por Yuger Ruth Villegas Nieto

En la provincia donde yo nací, Camaná, existían muchos mitos y leyendas, tanto de duendes y brujas, como de almas en pena y fantasmas. Hoy mi relato se basa en un fantasma.

Tenía en ese entonces 7 años y era tiempo de verano, todos mis hermanos y yo salíamos en las noches a jugar.

Mis padres tenían en ese entonces un rancho que quedaba en una pequeña loma y en la parte baja había una cancha inmensa, donde jugábamos, cada quien con su collera (niños y adolescentes); mi mamá y hermana mayor nos observaban y disfrutaban viéndonos lo contentos que jugábamos, y a cierta hora, nos llamaban para ir a dormir.

Mi abuelita materna se llamaba María Cipriana, ella vivía sola a poca distancia de la cancha de juego, y quien se encargaba de llevarle todos los días la cena era mi primo Artemio, hijo del hermano de mi madrecita. Pero había un gran detalle en él, siempre la llevaba tarde: 9 p.m. cuando lo normal era 6 p.m. y es que iba muy entretenido en el camino.

Mis hermanos mayores estaban molestos por la lentitud de mi primo y decidieron asustarlo para que reaccionara y fuera puntual; urdieron un plan fantasmal.

Un día, llegó la noche, salimos a jugar como todos los días y eran aproximadamente las 9 de la noche, cuando mi primo se aproximaba frente al rancho. De pronto alzó la mirada y quedó anonadado, petrificado, viendo un fantasma vestido de blanco al que se le movía la túnica, haciendo el intento de acercarse con el fondo de la noche oscura.

Duraría así, un par de minutos quizás, cuando el primo pegó un grito aterrador y echó a correr a la casa de la abuelita. Se dijo que no quiso volver a su casa y se quedó a dormir ahí.

(Aclarando, el fantasma era mi hermana mayor que se puso su bata de dormir blanca de gasa que, con el viento, se movía dando la impresión de que flotaba simulando un fantasma).

Desde esa terrible noche, mi primo le empezó a llevar la cena a la abuelita de día, 5 de la tarde, nunca más volvió de noche.



Ana María Lizarrondo Oлло

Nace en Guembe (Guesálaz, Navarra), España, el 10 de enero de 1942. Siente la llamada de Dios y viaja a Madrid para ser fiel a su vocación de Hermana Hospitalaria y dedicar su vida al cuidado de personas con enfermedad mental, tanto niños como adultos. Estudia Magisterio y Psicopedagogía; en México, Educación Especial; y en Bogotá, Licenciatura en Ciencias Religiosas. Ha disfrutado su estilo de vida, porque le apasiona servir a Dios en los hermanos enfermos. Se enteró de la Escuela Virtual por medio de las redes sociales. Al narrar sus historias ha disfrutado y le ha quedado un deseo de seguir escribiendo.

Las brujas de Zugarramurdi

Por Ana María Lizarrondo Olo

Yo no las conozco, nunca las vi. Pero, brujas: “de que las hay, las hay”, según el dicho español.

Desde muy niña escuché hablar de las brujas. Cuando me narraban lo que hacían, abría los ojos para escuchar mejor; ellos se fijaban en mis gestos y ponían atención para contarme más brujerías. Este tema lo veía como algo misterioso y escuchaba con susto. Oí comentar que esas brujas eran malas y que hacían lo que el demonio les ordenaba, por eso me producían mucho miedo.

Zugarramurdi es un pueblo pequeño salpicado en verdes prados, decorado con lindas casitas. Está ubicado al norte de mi provincia, Navarra, junto a los Pirineos, a un paso de la frontera con Francia.

Una tarde de verano viajé con mi hermano Javier y mis hermanas Ester y María Luisa al famoso pueblo de Zugarramurdi. Entramos a la famosa gruta: majestuosa, llena de misterio, de incógnitas, sus paredes eran testigos de lo que allí sucedía. Pudimos recorrerla con curiosidad. Allí nos narraron toda la leyenda: la llegada de las brujas desde Francia por el siglo XVI, sus viajes, sus recorridos, sus brujerías y toda clase de leyendas y mitos que están en el imaginario de esos pobladores y que hoy han sido recogidas y expuestas en el Museo de las Brujas, anexo a la gruta. Hay casas que guardan como un relicario objetos y lugares donde habitaban las brujas, una de ellas es la casa de la primera bruja, María.

En las idas y venidas de esos seres, los ocupantes de esta zona les gritaban en su lengua vasca: “¡Sorgiñak, Sorgiñak! ¡Brujas, brujas!”.



Existe también la tradición de que se trataba de mujeres normales, que curaban a los enfermos por medio de hierbas y menjunjes, pero las malas lenguas les atribuían toda clase de daños y de tener pacto con el demonio, con quien hacían toda clase de excentricidades.

Algunos vecinos, por envidias, querían hacer daño a algunas mujeres y las acusaban de ser brujas y, sin más comprobación, entraban en esa nominación, por lo que eran llevadas a calabozos, incluso las torturaban.

Las brujas de Zugarramurdi se han hecho tan famosas que sus hechos, sus leyendas, sus magias y mitos han sido llevados al cine y se difunden en múltiples videos.

En la gruta se reunían las brujas para hacer sus asambleas, que les llamaban Aquelarres, donde se suponía que adoraban al cabro (Akel) y Arres, que significa en vasco, prado. Se trata de una gruta grande, muy grande, sorprendente.

Hay personas que, hoy día, experimentan en este lugar una fuerte energía, sensación muy extraña.

En esta población aconteció, en aquellos años de oscuridades y tinieblas de la sinrazón, el caso más famoso de brujería registrado hasta ahora: once mujeres fueron sentenciadas; cinco murieron torturadas antes de llegar a la hoguera, otras seis fueron quemadas vivas por orden de la Inquisición. Esta tragedia y locura sucedió en Logroño, ciudad no muy distante de Zugarramurdi.

Lo ocurrido en Zugarramurdi es parte indispensable de la historia de España, de ese baúl oscuro donde se esconden las negras historias de un país.

Finalmente, diré que no fueron brujas, a pesar de que se las veía volar con sus escobas y cantar y bailar sin cesar; la realidad es que ellas han traído a Zugarramurdi una bonanza increíble y que, a lo largo de los años, continúa prosperando el turismo, que es una fuente de riqueza, unida al pastoreo de ovejas, fabricación de quesos y un rico licor navarro, Pacharán, que quita las penas y, tal vez, hasta el susto también.



Semana 5

Termina la cuarta semana del Quinto Heptamerón y comienza la quinta, en la cual las personas mayores, bajo el reinado de las tradiciones, recuerdan los léxicos, artesanías, costumbres, oficios y fiestas de sus regiones.

Julia conoce, a través de su tío, la jerga santandereana; Nelvis detalla la potente tradición de la mochila de fique en La Guajira; de sol a luna, Claudia Lady recorre la rutina boyacense; Germán devela el origen del día del ahijado en Cali; Raúl se enfrenta a las costumbres feudales del municipio de Jordán Sube; GLAMOBÉ exalta la bella tradición de las lavanderas; María Teresa hereda el gusto por el tejido y la confección; Juan Manuel exalta la importancia de las fechas navideñas en Colombia; Carlos agradece a Bogotá con un poema; y Beatriz demuestra por qué quien vive el carnaval de Barranquilla es quien lo goza.



Julia Marín

Julia o la Negra nació en la ciudad de Cali en el año de la Revolución Cubana. Sus padres caminantes y andariegos llegan a Medellín, allí entra a estudiar antropología en la UdeA, antecedentes que marcan su vida profesional y personal. Vinculada por más de 35 años al acompañamiento de comunidades étnicas y víctimas del conflicto, recorrer el país y conocer buena parte de la geografía nacional es de los regalos que le brinda la vida. Viajar es de los placeres que hoy, pensionada, disfruta, al igual que leer, escuchar música, cocinar y compartir con la familia. Historias en Yo Mayor es, para ella, la oportunidad de conectar con la historia personal y familiar.

El tío Emilio en las tierras de Santander

Por Julia Marín

Desde el avión pude ver con claridad la meseta de Bucaramanga, un paisaje un poco agreste cuyo verde solo lo percibí cuando nos acercamos al aeropuerto en Lebrija. Pensaba en lo hermoso del encuentro con el tío Emilio, ese campesino que tiene más de santandereano que de tolimense. Desde temprana edad se vino a esta región y aquí se formó, como lo dice él mismo, al calor y templanza de la “arrechera” santandereana.

Afuera nos esperaba don Diego, vecino y conductor de confianza del tío, a partir de ahí empezamos a percibir la maravilla del lenguaje de esta región. El saludo con mi cuñado inicia nuestra aventura lingüística en el gran Santander: *“Ole, mano, usted está mucho lo flaco, ahora demen tantico y acotejo las maletas”*.

Iniciamos el camino y nos invitó a parar en el piqueteadero de doña Rosa, ahí para refrescar nos tomamos un guarapo y disfrutamos el piquete de carne asada y yuca cocida, mis sobrinos se subieron a los juegos y, al caerse uno de ellos, don Diego exclamó preocupado: *“Se quebró el sieso ese chueco”*, todos nos miramos y pensamos en la cabeza de mi sobrino... Equivocados estábamos con la ubicación del sieso. La siguiente frase que nos soltó fue: *“Ustedes se vinieron fue en patota”*, al referirse a las seis personas que habíamos llegado de visita; a renglón seguido, nos informó sobre el clima en diciembre que *“es de mucha la calor”* y *“la lluvia mucho lo poquita”*; entendimos, entonces, que estábamos en pleno verano.

Mi sobrino le preguntó a don Diego si el desayuno típico era el piquete que nos acabábamos



de comer y él respondió: *“Lo más que comemos en la mañana es la chingua con tostao”*. Mi sobrino insistió preguntando: *“¿Qué es la chingua?”* y don Diego lo miró extrañado mientras respondía: *“Este pingo es muy preguntón, es el caldo con huevo o sin huevo”*, y siguió enumerando las comidas típicas. Creo que intuía el interés del muchacho y habló del mute santandereano; según nos dijo, *“es como el mondongo, pero más acotejado”*. Entendimos que llevaba más productos, nos sorprendió que acotejar puede tener varios significados.

Para las fiestas nos contó que se come el cabrito y la pepitoria. Antes de la pregunta del sobrino, don Diego aclaró: *“Es una morcilla sin empaquetar”*, se hace con las vísceras y la sangre del chivo, más otros ingredientes (parece que es tradicional de una preparación española). Ya íbamos llegando a nuestro destino cuando una moto se atravesó y don Diego gritó: *“Hijuelita, por poco atropello al arremuesco ese”*, refiriéndose al joven imprudente que conducía la moto.

Estábamos agradecidos del viaje junto a don Diego y felices de llegar a ver al tío. Tan pronto nos bajamos, la primera frase del tío Emilio fue en relación con el peso perdido de mi cuñado: *“Óigale, mano, vusté está muy sute, ¿qué fue lo que le pasó?”*. Mi cuñado, entre preocupado y confundido con el nuevo término, trató de explicar que estaba a dieta, leyendo entre líneas que se refería a su delgadez. Preguntamos por los primos y por don Jacobo, familiar de la esposa del tío, un señor simpático que nos había visitado en Medellín.

La esposa del tío respondió desde la cocina: *“El arremuesco ese anda jarto, en esta época de fiestas mantiene jincho todo el tiempo”*. Mi sobrina agregó a renglón seguido: *“Aquí lo que se necesita es tener un diccionario para entender a esta gente”*, y empezó a anotar en una libretica los nuevos términos, que luego entendimos tenían significado diferente según el contexto, y además se entremezclan con términos del norte de Santander.

Nos esperaba de almuerzo un delicioso cabrito asado, yuca y masato de arroz, también habían preparado pepitoria y arepas de maíz molidas con trozos de chicharrón, un aguacate que no pudimos comer porque, según mi tío, *“esa joda salió picha”* y tocaba botarlo. Le preguntamos si estaba feliz con nuestra visita y la respuesta fue una exclamación con la palabra de afirmación *“Dígame”*. Aprendimos que *“dígame”* reemplaza y va en lugar de: *“Sí, de acuerdo, por supuesto”* y todo lo que sea afirmación o sorpresa. De lejos, fue la palabra más utilizada durante toda la estadía.

Esa noche repasamos el diccionario santandereano y sentimos que ya dominábamos la jerga, ese repaso era importante para el paseo que realizaríamos al día siguiente. Muy temprano nos sirvieron “un café cerrero”; es decir, oscuro y con poca azúcar, la chingua con tostao y arepa molida con trozos de chicharrón, también chocolate y queso de la región. Nos preparamos para el paseo y mi tío sentenció que *“la patoniada”* que nos esperaba era dura; por eso, el primo Fidel llevaría al niño *“a tuche”* en el primer *“filo”* que tocaba subir, después el camino era más plano y ahí lo mejor era que “los chuecos” fueran adelante para poderlos cuidar mejor y que el “taita” de Camilito lo estuviera controlando, pues *“ese chueco es mucho lo jodido y se puede quebrar la tusta”*.

Arrejuntamos y acotejamos las jodas que llevaríamos para el paseo (comida, bebida, vestidos de baño, etc.) y emprendimos viaje. Íbamos con “el buche” lleno y felices de la compañía familiar y vecinos del tío, se contaron jijuemil historias y los más jechos se fueron quedando atrás. Uno que otro tiestazo con siesos y tustas comprometidos que, aunque los dejaron atolondrados, no fueron de gravedad. Juepuerca pa’ pasar mucho lo bueno. Mis primos jartaron y algunos se pusieron jinchos, eso hizo arrechar al tío y sentenció jueteras pa’ esos escalsurriados, y la tía sumó a la sentencia: *“Con esa joda tan ganando es su arepazo”*. Ya cansados y de regreso, los chuecos se pusieron a berriar, y así terminó un paseo en las tierras de Santander.



Nelvis Díaz Daza

Nació en San Juan del Cesar, municipio del sur de La Guajira, en la mañana de un 29 de agosto. Llegó al mundo recibida por una partera en la casa de su abuela materna. Pertenece a la generación X, estudió hasta el bachillerato en su pueblo natal y realizó estudios universitarios en Bogotá. Se graduó en Filología e Idiomas y en Derecho, sin olvidar lo que soñó de pequeña: escribir. Es apasionada por el baile, el teatro, la literatura clásica y la bici. Se enteró de la existencia de Historias en Yo Mayor en una tarde lluviosa y gris, cuando su sobrina Joysi y su hermana Nulvis le hablaron de ella. De inmediato, se inscribió para participar en los talleres de literatura.

La mochila de fique

Por Nelvis Díaz Daza

Además de la mochila Wayúu, hay otro tesoro escondido en La Guajira, una joya que, con el pasar de los años, se convirtió en un símbolo poderoso de identidad y conexión espiritual con el pasado de nuestros ancestros. Ese tesoro es la mochila de fique o maguey.

Recuerdo que a principios de los años sesenta eran muy pocas las mujeres de la provincia que trabajaban por fuera de su casa, la mayoría se dedicaban a la crianza de sus numerosos hijos, si querían tener algunos pocos pesos se dedicaban a las artesanías, pero en su propio hogar.

Mi madre, Carmen Silvina Daza, aprendió el oficio de hacer mochilas de maguey con el fin de apoyar económicamente a su familia, labor que heredó del legado de su madre, mi abuela “mama vieja”, Isabel Segunda Daza Plata.

Siempre evoco a las tías y a mi madre recostadas en taburetes de madera y cuero de oveja, en la puerta delantera de la casa materna, durante los atardeceres frescos, cuando los picos de la Sierra Nevada aún no se habían descongelado. Mientras tejían mochilas para ayudar a mi abuela en la manutención de los hermanos menores, conversaban de lo divino y lo humano; parecían más amigas que hermanas.

Para la elaboración de las mochilas, utilizaban la fibra de fique o el maguey, que aunque crecía de manera silvestre en algunos patios de las casas, también se sembraba; pero en la mayoría de los casos eran cultivados por indígenas wiwa, quienes tienen su asentamiento muy cerca, y por campesinos de la región.

El proceso para la fabricación de la mochila inicia cuando se cortan las hojas del fique, pero solo aquellas que miden aproximadamente dos metros de largo. La fibra se extrae mediante la técnica del macaneo, que consiste en raspar la hoja con una macanao (un palo de madera



con filo), que va pelando la mata. Luego, se seca al sol y se comienza la producción de la cabuya. Para esta elaboración, siempre intervienen tres personas.

En la familia, el trabajo para la obtención de la cabuya se dividía así: mi hermana menor iniciaba el proceso de producción, sacando del madejo pequeñas cantidades de fique, llamadas cadejo, y se lo pasaba a mi madre, quien empataba las fibras que iban pasando a un eje que las trenzaba. Este era el oficio más complejo, por lo que lo asumía la persona con más experiencia.

Mi oficio en la cadena de producción consistía en hilar. “Hilar es trenzar el hilo”. Tomaba la carrumba y me desplazaba caminando lentamente hacia atrás mientras hacía girar el eje por medio de una varita a cuyos extremos se había atado una cuerda floja. Para envolver la cabuya ya torcida, me devolvía caminando hacia adelante, y el hilo se iba enrollando en forma de bola sobre el eje. En el extremo del palo estaba insertada una traviesa, que impedía que la bola de hilo se saliera.

La carrumba es una rueca construida de forma artesanal en madera, con un palo de 60 centímetros que va desde el mango o agarradera hasta la punta. Inmediatamente después del mango, hay una rueda, también de madera, que sirve como base para enrollar el hilo. Rodeando el eje, se instala una cuerda atada a un palo en el centro, de tal manera que, al mover el palo hacia arriba, la cuerda hace girar el eje a gran velocidad. Ese movimiento es lo que convierte la fibra en hilo.

Luego de terminar de hilar, se sigue con el corchado, para darle fuerza al hilo, y consiste en unir dos o más hilos sencillos que se han fusionado posteriormente en el hilado, para conseguir al final una cabuya más gruesa y resistente.

La cabuya se saca de la carrumba y se hacen madejas, doblando el brazo de manera horizontal, tomando una de las dos puntas de la cabuya entre los dedos pulgar e índice, y envolviéndola en el codo. Después, viene el proceso de teñido: se usaban anilinas, pigmentos naturales de colores vivos como el rojo, el azul, el amarillo o el verde, que permitían múltiples combinaciones. Se mezcla la anilina con agua caliente y se sumergen los hilos, dejándolos a fuego lento hasta que adquieren el color deseado. Luego, se sacan y se exponen al sol hasta que se sequen. Finalmente, se hacen bolas por colores para facilitarle el trabajo a la tejedora.

Cuando la cabuya ya está lista, inicia el proceso de creación de la mochila. Con el chipire, en forma de círculo acaracolado, como un disco que va creciendo en espiral, puntada tras



puntada, se teje el cuerpo semiesférico de la mochila con franjas horizontales de colores múltiples. Luego, se hace la boca, que es la terminación del cuerpo de la mochila. El remate en el borde superior se realiza con un bordado de puntada grande, para poder introducir una cuerda que permita cerrarla. Sus puntas terminan con guirnaldas dobles. Por último, está la gaza o cuerda que sostiene la mochila.

La gaza se realiza con un tipo especial de trenzado, utilizando hilo sencillo o dos cabuyas. No se usaban agujas, solo las manos. Se amarran las cabuyas en un asiento y se van entretejiendo por colores, de acuerdo con la forma que se prefiera. Algunas pueden dibujar un peine, mientras que otras pueden tener forma de corazones. Finalmente, se une el cuerpo y la gaza para dar vida a una hermosa y colorida mochila de fique.



Existe un monumento en la Junta —La Guajira— erigido en honor a la carrumba, elemento ancestral creado por los aborígenes. Este se levanta como un guardián eterno que vigila la visita de cientos de turistas solo interesados en conocer la vida del cacique, sin inmutarse de su poderío y del patrimonio cultural que representa para los nativos, “como es el arte de hacer mochilas”, un orgullo de auténtica expresión de la destreza popular para las mujeres que dedicaron su vida a este noble oficio.

A la mochila de fique no se le ha dado la relevancia y notabilidad que realmente merece, sin embargo, es la más histórica de todas, utilizada con orgullo por el campesino de antaño, como su compañera fiel e inseparable.





Claudia Lady Simbaqueba Moreno

En una fría noche bogotana, nace, el 17 de octubre de 1965, una agraciada niña en un hogar boyacense, arraigada de costumbres y tradiciones propias de la región. Su formación escolar la recibió en el colegio de monjas y los estudios universitarios afloraron la vocación para ser maestra durante 30 años, motivación para su vida personal, familiar y profesional. Al jubilarse, ha empezado a cumplir uno de sus sueños: escribir sus memorias. Se encontró en redes sociales con la invitación de Historias en Yo Mayor, que considera como una oportunidad (que agradece) para continuar con los escritos de forma creativa y apasionada.

Degustando la rutina boyacense

Por Claudia Lady Simbaqueba Moreno

Una fría madrugada, siendo las 5:30 de la mañana, el canto del gallo y el sonido armonioso de los pájaros permiten el despertar de una familia en la finca de Nuevo Colón, en Boyacá, invitándolos a saborear un delicioso caldo con papa pastusa, costilla de res, cilantro y cebolla finamente picados. El horneado de la masa, en el fogón de leña, hace aumentar la expectativa para comer las calientitas arepas boyacenses al saborear la harina suave de maíz molido y poder estirar el queso al consumirlas, acompañadas con un rico chocolate preparado en leche de vaca acabada de ordeñar por la Sra. Ernestina, persona servicial, quien cuida la finca y se esmera en preparar los alimentos autóctonos de la región.

Después del succulento desayuno, los hermanitos, quienes tenían 4, 7 y 10 años, se preparan para un baño en la alberca de cemento, muy grande, con agua helada que era recogida de la lluvia y de una manguera que venía de la montaña; la cual se empleaba para el baño corporal, lavar ropa y alistar los alimentos del día. No se hace esperar el divertido juego entre ellos, al lanzar el agua con totumas y esconderse tras unos pequeños arbustos, cuyas ramas repletas de rocío los abrazan con menudas gotitas. Al final, después de la algarabía y los resbalones, los chicos, empapados como patos y tiritando por el estremecedor frío, salen corriendo a la habitación para secar sus cuerpos y poder tomar una caliente aguapanela con limón y arepita boyacense.

Los tres hermanos, vestidos con sus overoles, botas y sombrero, se dirigen a recorrer caminos, explorar una pequeña quebrada, saltar piedras, arrancar eucaliptos y rodar por montañas bajitas, logrando irrumpir el sonido de la naturaleza con enormes carcajadas. Al sentir un poco de hambre, se disponen a tomar algunas frutas de la temporada, que consiguen al treparse a los árboles de pera, durazno y ciruela.



Era el momento de ir a visitar a las ovejas, cuyo pelaje suave hacía sentir ternura, pero su olor era muy fuerte y pronto se alejaban de ellas. Al pasar la cuerda de púas, se encontraban con las vacas, y era un momento de adrenalina, en el cual el susto predominaba al escucharlas mugir y sentir que iban a ser embestidos; sin embargo, nadie los detenía y, entre gritos como flechas, corrían para atravesar los altos pastizales de un extremo a otro. Ya cansados, sudando y emocionados, se salen de la cerca y empiezan a lanzar boñiga de caballo y vaca, como si fuera el juego de los quemados; las risas y la ropa sucia eran el preámbulo para regresar a la casa para el almuerzo.

De repente, empiezan a percibir un olor fuerte a rancio que provoca náuseas y, en contados instantes, al llegar donde los padres, el olor se hace más fuerte; es el cocimiento de los “jutes”, vale aclarar que son mazorcas enterradas en un pozo profundo de agua, cubiertas con vegetales, durante mucho tiempo hasta dejarlos pudrir. Un alimento típico que, junto con el guarapo, saborean los adultos como si fuera el manjar de los dioses, pero para los hermanitos no es apetecible; por el contrario, les revuelve la panza. Atendiendo al panorama tan molesto, piden el almuerzo y, en los platos de lata, se sirve un delicioso cocido boyacense, preparado con cubios o nabos, ibias, chuguas, habas, papa rubí, arveja con la cáscara, mazorca tierna, costilla de marrano y carne de res; también, llevando a pulso el vaso plástico de aguapanela fría. Se alejan montaña abajo hacia el río para alimentarse.

Reposan bajo los árboles, entre los linderos de dos fincas; el sonido del agua en la quebrada los arrulla en un silencio y sueño profundo. El despertar es un esplendor al ver el cielo y sentir la brisa; es hora de regresar a la casa, porque pronto oscurecerá y los sonidos de la naturaleza en la noche les causan mucho miedo.

Les espera una sopa de verduras que había quedado del almuerzo y el aguapanela caliente, un aliciente para una noche fría con velas, en la cual los bichos pequeños sobrevuelan la llama, como queriendo hacer un baile peligroso al poder quemarse sus alitas.

Finalizando el día, entre las seis y las siete de la noche, las ruanas de oveja virgen y las abrigadoras cobijas tejidas de retazos envuelven los cuerpos de la familia y de los cuidadores que se encuentran en el lugar; sentados al lado del fogón, se reúnen a conversar, hacer chistes, cantar a una sola voz la música que escuchaban del radio de pilas, contar historias de miedo y reír con algunas anécdotas. Los adultos, cansados, se van a descansar y los niños se quedan quemando palitos de leña seca, que ondean haciendo figuras en la oscuridad, como



si fueran chispitas; en ocasiones, toman las ramitas con humo para imitar a los adultos que fuman. Agotados por la jornada, el sueño los vence y, a las ocho, entran a sus habitaciones a descansar en sus camarotes de madera.

La experiencia en el campo, aparte de ser atractiva y emocionante, permite percibir el valor y respeto por los recursos naturales que se brinda al aprovecharlos en beneficio de alimentos saludables y típicos que caracterizan la región cundiboyacense.





Germán Llanos Mazuera

Nace el mismo día, mes y año en que el desaparecido jugador Andrés Escobar, pero en un pueblo del norte del Valle del Cauca que debe su nombre a un arbusto de las Fabáceas de nombre común Zarza. Al año de vida se trasladó a vivir a la capital, la sultana del Valle, donde realizó sus estudios primarios, secundarios y reside hasta la fecha con su esposa e hijo. La Ingeniería Agronómica es la profesión que ha ejercido en diferentes modalidades y territorios del país. Pertenecer a la cohorte de Historias en Yo Mayor fue una experiencia muy agradable y enriquecedora con el gran logro de tener un escrito escogido para el Heptamerón.

La maceta

Por Germán Llanos Mazuera

A finales del siglo XIX, la caña de azúcar se convirtió en el principal monocultivo en buena parte del valle geográfico del río Cauca, por lo que el uso del azúcar se hizo más extendido en toda la población vallecaucana, que dependía de la panela como su fuente edulcorante más común. Recordemos que el azúcar, inventada por los hindúes y popularizada por los árabes, fue durante muchos siglos un consumo exclusivo de las élites, que tenían el poder adquisitivo para poder comprar los panes de azúcar, los grandes terrones del producto usados en esos tiempos.

La ciudad de Cali pasó a ser la capital azucarera de Colombia y, según cuenta la leyenda, en San Antonio, uno de los barrios más antiguos y clásicos de la urbe, vivía la señora Dorotea Sánchez, mujer negra y humilde, lavandera de oficio, que un 29 de junio, cumpleaños de sus hijos gemelos y además día de los santos San Pedro y San Pablo, no tenía recursos para darles regalo alguno.

Les pidió a estos dos santos que la iluminaran para poder ingeniarse un regalo para sus hijos en su onomástico, por lo que ellos la escucharon y le dieron la maravillosa idea de inventar un dulce de alfeñique enroscado en una varita de guadua y coronado con un papelito de color, que a su vez se incrustaban en un mazo de maguey, que en su conjunto formaban una suerte de ramo, un delicioso y succulento ramo de dulces, el mejor regalo que pueda tener cualquier niño de todas las edades.

La tradición se fue extendiendo en el barrio y en Cali, porque ese 29 es el día de los ahijados y, por esto, pasó de ser un regalo de cumpleaños de una madre a sus hijos a ser un regalo de los padrinos a sus ahijados.



Muchas mujeres en el barrio San Antonio siguen con esta tradición, por esto es muy común en los primeros días del mes de junio sentir el olor del dulce preparado solo con agua y azúcar blanca, que una vez obtiene su punto de caramelo, se extiende en piedras para enfriar un poco, para luego ser batido en las horquetas de madera de árboles nativos como el guayabo, que según las expertas maceteras es la mejor madera para “horquetiar” el alfeñique.

En estos últimos tiempos, la evolución llegó a crear toda clase de figuras antropomorfas y zoomorfas, además de corte un poco abstracto, que se siguen insertando en el escapulario floral de la cabuya y que son complementadas con tiras de papeles de colores y, en muchos casos, coronadas con un molinillo de viento que se ve girar raudo por la suave brisa de Cali, propia de mitad de año.

Una costumbre muy caleña, declarada en el año 2013 como patrimonio cultural de la nación.



Raúl Gómez Quintero

“Patiamarillo” de Barichara nació en el caserío de Villanueva, que sus padres y diez desplazados más debieron fundar por la violencia bipartidista. De escuela veredal pasó al Seminario con la pretensión de ser sacerdote; logró ingresar a Unal Bogotá y estudiar Derecho y Filosofía, simultáneamente. Profesor universitario en Pasto, Bucaramanga y Socorro; penalista litigante; conoció y vivió profesionalmente los vericuetos de las cuatro “ÍAS” estatales. Estudió becado, en Puerto Rico, el Proceso Penal Acusatorio; y en TelAviv, cooperativismo agrario. Pensionado, ha escrito cuatro libros; dedicado a leer, escribir, aprender y compartir con compañeros en Historias en Yo Mayor.



“La ley del látigo”, en la vecindad feudal

Por Raúl Gómez Quintero

Villanueva, Santander, fue marcada por la violencia política bipartidista, y la alevosa muerte de Jorge Eliécer Gaitán propició y justificó ‘la Ley del Revólver’; empero, en el vecino municipio de Jordán Sube (ese pueblito que se halla anclado entre montañas sobre la ribera derecha del río Chicamocha y en el mismo cañón), el decurso de la violencia política presentó un matiz diferente. Jordán Sube mantenía una estructura socioeconómica feudal, de acuerdo con la cual predominaba la tenencia monopolizada de la tierra, no por simples terratenientes, sino por verdaderos señores dueños de feudos, y una ingente población de siervos con apariencia de campesinos.

El poder político-administrativo del pueblo lo tenía concentrado la familia Ferreira Sarmiento. El ala política la dirigía Roque Julio, un hombre extraordinariamente singular: muy alto, fornido, de tez blanca germánica, con unos ojos azules más claros que el propio cielo y de grandes manos predispuestas para las duras tareas del campo; en tanto que el ala diplomática y financiera la ostentaba, muy de lejos, José Ángel, quien era de regular estatura, tez blanca, de ojos acaramelados, pero muy vivos, respetuoso, calmado y ponderado en su hablar. Mientras el primero (Roque Julio) representaba la acción y la praxis alocada e inmediatista, el menor (José Ángel) anteponía su inteligencia y razón al actuar; el primero presumía de las relaciones con los altos eventuales personajes, sin que importara su dimensión, rango, oficio o actividad; el menor era cauto con todos, pero hospedaba y atendía en su casa a aquellos; el mayor creía tener a su favor el poder propio del poblado y el reconocimiento de todos, mientras que el menor era quien, en realidad, manejaba los hilos del poder.



En el pueblo no se movía una hoja de árbol sin que fuera querido y autorizado por ellos, los hermanos ‘compadres’; y a propósito, personalmente jamás había conocido un ligamen afectivo religioso-social como el compadrazgo de los hermanos Ferreira. Siempre se referían entre ellos como ‘compadres’, dentro de un completo respeto y orgullo, quizá debido a la creencia pseudorreligiosa infundida por la Iglesia, que lo hacía primar sobre los vínculos de sangre.

Y fueron precisamente la concepción autocrática del poder y de la riqueza inmobiliaria, la cerrada formación religiosa católica del respeto a la autoridad proveniente de la divinidad y la creencia personal de su superioridad frente a la servidumbre, las circunstancias que moldearon la estructura feudalizada del pueblo. Al no existir poder diferente al suyo, ni autoridad distinta a la que ostentaban, el resultado obvio era la imposición de su voluntad; y como su formación y alcance intelectuales eran escasos y primitivos, jamás pudieron adicionar conceptos de desarrollo urbano, rural o comunitario, y menos ciudadano o cívico.

La vivencia del anacrónico feudalismo se evidenciaba en prácticas sociales tan superadas como vituperables: la tierra era ‘largada’ a la servidumbre, siempre en calidad de aparcería, ni siquiera en arrendamiento; y las doncellas que llegaban a la edad de merecer se debían someter a la inicua costumbre del derecho de pernada (disfrute sexual preferencial del señor por sobre el del novio). Al respecto, Roque Julio se jactaba de desconocer el número exacto de hijos engendrados.

Al pueblo llegaban obispos y políticos, de vez en cuando y por oportunidades religiosas o electorales: los primeros traían la palabra divina, con cuyo mensaje de sumisión se castraba sin dolor cualquier intento de rebeldía o inconformismo; los otros solo prometían el desarrollo representado en salud, educación, vías y servicios del Estado, que nunca llegaban. A la gente solo le quedaba la frustración, incluida y extendida hasta la hora actual. También arribaban, como a un oasis, malandrines de la talla del célebre bandolero Efraín González, cuando perdió los afectos y la protección del régimen conservador. La guerrilla y los paramilitares nunca se asentaron; tan solo transitaban con libertad al pasar el cañón del Chicamocha, porque esas calañas de delincuentes solo abrevan en las tierras fértiles o en las que están llenas de riquezas minerales.

Los alcaldes siempre fueron ellos, directa o indirectamente. Como el beneficio común jamás se vio, la gente fue abandonando el poblado con la excusa cierta de buscar mejores condiciones de vida para sus hijos.

La primera vez que visité Jordán Sube (aproximadamente en 1980), había seis casas habitadas de las cuarenta que componían el pueblo; las dos mejores y utilizables eran las de los hermanos Roque Julio y José Ángel, quienes recibían al forastero con amabilidad y deferencia. En esa oportunidad, la experiencia político-administrativa aprendida me resultó inolvidable. Había sesión del Concejo Municipal porque al día siguiente se terminaba el período de sesiones; de los cinco concejales, tres eran del grupo gobernante y los otros dos nunca se posesionaron y menos se presentaron; y el tercero vivía en alguna de las fincas de los Ferreira. Para asegurar su presencia, le enviaban la bestia, le daban la bebida, la comida y el hospedaje. Fungía de secretario un bohemio que respondía al olor de la cerveza y del aguardiente, y como desconocía sus funciones, era la persona indicada para satisfacer las intenciones de sus patronos. En esa oportunidad solo era concejal José Ángel, pero Roque Julio siempre hacía quórum e intervenía con voz y voto.

Mi experiencia edilicia (era simultáneamente concejal de San Gil, Barichara y Villanueva, además de suplente a la Cámara de Representantes, porque lo permitía la ley entonces vigente) fue puesta a prueba de fuego; a las cinco de la tarde nos tomamos la primera cerveza fría para apaciguar el calor vespertino y así ingresar a la pieza en donde se reunían los cabildantes. El primer debate al proyecto de Acuerdo del Presupuesto Municipal fue una explicación pedagógica acerca de la importancia del presupuesto de rentas y gastos, pero de mi parte; a las seis de la tarde, ya estábamos en la única tienda libando la segunda y tercera ronda de cervezas que nos darían aliento para abocar el segundo debate; a las siete de la noche pasamos a degustar la cena con cabro sudado en una salsa especial, fórmula secreta de doña Cecilia, la 'propia' mujer de Roque Julio; a las ocho de la noche, el tercer debate del proyecto de acuerdo ya estaba dado. Es claro que la ley decía otra cosa; pero estábamos en Jordán Sube, Santander, en donde la ley, la autoridad estatal o la democracia se desconocían. No sé ahora, después de que quemaron la escasísima memoria histórica que entonces existía.



GLAMOBE

En Bogotá, hace 68 años nació la primogénita Gladys de la familia Molano Beltrán, un 28 de mayo. Después de cursar su primaria y bachillerato, realizó la carrera de Trabajo Social y, paralelamente, se apasionó por la lectura. El escritor Mario Benedetti, con su libro *Primavera con una esquina rota*, abrió una ventana para ver la importancia de la vida cotidiana y despertar el entusiasmo por la escritura.

Un día compartiendo con colegas profesores de la facultad, alguien comentó sobre la Fundación Saldarriaga Concha, la tuvo siempre presente para vincularse a Historias en Yo Mayor y alcanzar este gran logro.

Las lavanderas

Por GLAMOBE

Vamos rumbo a Sáchica, ubicada en el departamento de Boyacá, reconocida como capital nacional de la cebolla cabezona y “La Jerusalén de Colombia” porque, desde hace cincuenta años, sus pobladores escenifican la vida, pasión y muerte de Jesucristo. Es el lugar de nacimiento de mi abuelita Agripina.

En la época de la colonia, las mujeres realizaban el lavado a mano de la ropa a orillas de ríos y quebradas, una labor transmitida de generación en generación. Mi abuelita no era ajena a esta tarea, para la cual tenía que desplazarse más o menos cuarenta y cinco minutos desde su lugar de vivienda, cada fin de semana. Organizaba su jornada desde las cuatro de la mañana: preparaba el desayuno para sus cuatro hijos y esposo; luego, el almuerzo, que empacaba en una canasta, y organizaba la ropa para lavar en un costal de fique.

Siempre llevaba a sus hijos, pues era la oportunidad que ellos tenían para compartir juegos y chapalear en el agua con los hijos de las otras lavanderas.

Se iban encontrando por el camino, antes de ingresar a la quebrada de Ritoque. Cada lavandera llevaba su gis, hecho con yeso mineral común, que se encuentra en desiertos y cuevas. Cuando el yeso se mezcla con agua, se forma una sustancia cremosa que se puede vaciar en moldes para obtener los gises. Escogían una piedra lisa para escribir un verso que las inspiraba para iniciar su labor con alegría.

Para iniciar la jornada, sumergían la ropa en la quebrada, luego le aplicaban el jabón elaborado con cenizas de carbón de madera, golpeaban la ropa contra las piedras para sacudir el agua, la restregaban para eliminar las manchas y la retorcían para escurrir el agua sobrante. Después, disponían la ropa sobre la hierba o los arbustos al sol para que se secase; una vez seca, la doblaban y guardaban.



Mientras se realizaba este proceso, aprovechaban para compartir sus tristezas y alegrías, escuchar y ser escuchadas. De esta manera, construían relaciones interpersonales que iban más allá de la interacción, permitiéndoles establecer vínculos de apoyo, e intercambiar algunos productos que cosechaban en sus parcelas, la ropa que les iba quedando pequeña a los hijos y algunas recetas. Estas acciones solidarias generaban procesos sociales positivos de colaboración y protección, factores para construir hermandad, permitiéndoles mejorar su calidad de vida.

Retomando esta experiencia de mi abuelita, considero que es importante resaltar el oficio de las lavanderas, el cual se convirtió en un modelo femenino de trabajo; en el cual, a pesar de las dificultades, encontraban alegría y esperanza. Como lo menciona Leonardo Favio en su canción *“Las lavanderas”* incluida en el álbum *“Vida, Pasión y vuelo de la vieja Zenaida”* (1987), un homenaje a las mujeres dedicadas a esta labor:

“De la plata vive el rico,
de la mugre la lavandera,
se conforma con mirar
la ropa en la tendedera.

Alegre será el verano,
pues pide a Dios que no llueva
para ella poder secar
la ropa de su clientela.

Viernes, sábado y domingo
las saca para planchar
y el lunes por la mañana
la negra vuelve a lavar,
de vez en cuando un tabaco
para mitigar el mojado,
también para olvidar las penas
que la vida le ha dejao.

Su patrón es el jabón,
su oficina la quebrada
y el futuro está en sus manos
que siempre tiene mojadas”.

Igualmente, Garzón y Collazos en la interpretación de la canción
“Las lavanderas” nos invita a reflexionar:

“Sentadas junto a la orilla de la límpida quebrada
ya terminan la jornada, porque la ropa les brilla.
Son las pobres lavanderas que lavan el mundo a solas.
Los pecados que las olas extienden por la ribera.

Va la tarde repitiendo el agua sigue corriendo,
el agua sigue corriendo y el jabón no lava más.

Sigue lavando, lavando, oh lavandera ignorada,
sigue lavando lavando, hasta entrar la oscuridad,
que por más agua en la quebrada
no limpiarás estas manchas,
no limpiarás estas manchas de la triste humanidad”.



María Teresa Solano Corredor

A mitad del siglo XX en Bogotá, una joven dio a luz a su bebé con el cordón enredado y, contra todo pronóstico, vivió. Su infancia transcurrió entre libros, juegos y el arte de la costura que inspiró esta historia. Siendo madre, trabajó y estudió simultáneamente. Estudió Docencia y Psicología Social para enseñar, conocer y analizar los comportamientos de las comunidades, mejorando sus condiciones de vida.

Su existencia se prolongó en su hija y nieta, quienes se sorprendieron gratamente con la noticia de su participación en Historias en Yo Mayor. Su recompensa en este aprendizaje son las orientaciones y dirección de sus profesores, quienes la motivaron y alentaron para seguir escribiendo.

El taller de diseño, mi mejor tradición

Por María Teresa Solano Corredor

En la casa de mi bisabuela, en el centro de Bogotá, había un enorme espacio que ocupaba una fábrica de muebles. El propietario fue mi bisabuelo, quien falleció a muy avanzada edad. Luego del duelo, los integrantes de la gran familia, en consenso con sus ocho hijos, instalaron un taller de corte, confección y diseño, y adecuaron el lugar para trasladar a la residencia el almacén de ropa de gala que, en sociedad con una dama francesa que fundó su propia marca, después de varios años, regresó a su país vendiendo su parte y derechos a mi tía abuela, quien dirigía las costureras con la colaboración de mi madre y sus dos primas.

Recuerdo ese fascinante espacio: un bello espejo de cuerpo entero, con marco de madera cuya talla hecha a mano fue el regalo de mi bisabuelo para un cumpleaños de su hija, la tía abuela. Había tres sillones capitoneados en una tela llamada Damasco, en color vino tinto con la misma talla del espejo. Un tapete persa cubría el piso de madera. Allí se sentaban las clientas con los figurines europeos y revistas de moda, para escoger los trajes de bautizo, primera comunión, cumpleaños y, por supuesto, los vestidos de novia y sus cortes.

Cuando cumplí cuatro años, mi madre siempre me llevaba con ella para estar pendiente de mis travesuras, pero mi tía necesitaba que me entretuviera para que pudieran elaborar las prendas sin interrupciones y tuvo una genial idea: me sentó en la mesa de corte, que ocupaba más de la mitad del espacio del taller, cortó un pequeño pedazo de seda azul, me lo entregó y siguieron desarrollando con mi madre el patrón del vestido. Luego, me dio una aguja desenhebrada e hilo del mismo color advirtiéndome: “La aguja pica si se coge de punta, siempre hay que tomarla por el lado del ojo”.



Me enseñó a enhebrarla. Lo hice muchas veces hasta que lo logré y me dijo: “Ahora se le hace nudo a la hebra para que no se desbarate la blusa de la clienta”. Y me sentí tan útil porque iba a colaborar con la confección de ese bello vestido. De igual manera, ensayé muchas veces. Si le decía “no puedo”, ella, cortando la bella seda natural y mi madre terminando de elaborar el patrón, me decía: “Claro que puede, todos podemos hacer todo lo que nos propongamos”.

Como era de esperarse, durante las horas que ellas trabajaron en el diseño de la prenda, yo practiqué un sinnúmero de veces a enhebrar, desenhebrar, hacer el nudo, y cuando lo logré, mi tía abuela, a quien le debo haber desarrollado en mí el amor y la dedicación para el diseño, el corte y la confección, detuvo por un momento su trabajo, se sentó frente a mí y con la sabiduría propia de su experiencia tomó una aguja y un retazo, me entregó el pedazo de la seda y me dijo: “Ahora va a hacer exactamente lo que hago yo”. Comenzó a dar la primera puntada esperando que hiciera lo mismo, con algo de dificultad comencé a coser puesto que, al mirarla de frente, yo veía mi derecho, ella era diestra, pero a partir de ese maravilloso momento entendí que podía coser con la mano izquierda de la misma forma. En la siguiente visita que hicimos con mi madre, me enseñó a cortar las telas.

Ese día me explicó el largo de las puntadas, “deben ser iguales”, me dijo. Esto posteriormente me sirvió para seguir esa tradición heredada de mi bisabuela. Mi madre trabajaba con ella el diseño y el corte. Ya en nuestra casa se sentaba a la máquina a coser; otras veces se reunía con sus primas, que viajaban constantemente a Nueva York para traer encajes, gasas, sedas, guipures, botones, hilos, brillantes, en fin, todo lo necesario para coser, bordar y tejer en lana los ajuares de bebés.

Mi próxima meta, después de hacer vestidos para las muñecas, fue aprender a coser en la máquina, lo que tardó, porque mi madre me enseñó hasta que tuve diez años. A partir de ese día, con el mismo método, seguí esta fascinante tradición, que tiene poca vigencia actualmente: bordar, tejer, diseñar, cortar telas con precisión y ver con satisfacción la prenda terminada. Hoy no es un oficio, es una profesión, porque reduce en tiempo y costos elaborar grandes cantidades de ropa en las fábricas, se cree que no vale la pena confeccionar una sola prenda en casa.

En el momento en que la tía abuela falleció, tomé su lugar como asistente de mi madre hasta que me independicé, el amor por esta tradición se convirtió en mi afición que, con el mayor placer, disfruto actualmente.



Juan Manuel Silva Cely

Nació en Bogotá en 1968. Estudió Diseño Gráfico y ejerce como independiente. Ha participado en dos talleres de escritura creativa de Idartes. En 2013 un cuento suyo fue seleccionado para ser parte del compendio Bogotá Cuenta. En 2017 participó de nuevo en el mismo taller y fue seleccionado otro cuento suyo para representar al taller de Suba en Lectura bajo los árboles.

Aficionado a la lectura, cuenta con un canal en redes sociales en el cual comparte audiolibros de la literatura universal leídos por él. En 2024 Historias en Yo Mayor lo invitó a participar de la quinta cohorte.

Como en todo el país

Por Juan Manuel Silva Cely

Al escritor argentino Jorge Luis Borges se le atribuye la frase: “Ser colombiano es un acto de fe”, y no lo decía propiamente en sentido religioso, sino desde el punto de vista de aquel que ve un país fragmentado por el regionalismo, sin identidad específica y donde muchos colombianos jamás, en su vida, han podido palpar algún beneficio por pertenecer a este país.

Sin embargo, al preguntarse si hay algo que una a los colombianos sin importar las diferencias entre sí, ese algo no puede ser otro que la Navidad. No ha existido nada que el colombiano celebre con mayor alegría, fe y esperanza que el tiempo de fin de año, en el cual no importa de qué región seas, porque en todas se celebran estas fiestas y en todas se repiten las mismas costumbres que en otras.

El paso de los años y la cada vez más moderna sociedad han ocasionado la pérdida de algunas tradiciones y costumbres, unas porque cayeron en desuso y otras porque ahora resultan perjudiciales o peligrosas; y, sin darnos cuenta, poco a poco hemos convertido estas fechas en una feria de mercaderías, olvidando jugar a hablar y no contestar, al beso robado, a dar y no recibir, al sí y al no, o simplemente a recibir una visita con galletas y una copita de vino.

Para las nuevas generaciones, mencionaré cómo era que los niños en Bogotá –la única ciudad que reúne a todo el resto del país– celebrábamos la Navidad con costumbres que hoy son prohibidas, empezando por el uso de la pólvora, que se podía comprar en cualquier tienda de barrio y que, por supuesto, ocasionaba accidentes, como el tote que se me pegó en un dedo o la bolsa de torpedos que se me estalló en la mano, gracias a Dios, sin ninguna consecuencia grave que lamentar. Nos divertían los ingeniosos muñecos de “año viejo”, repletos de mechas, pitos, triquitraques y demás elementos explosivos con que los vecinos de la cuadra los iban



llenando para hacerlos estallar al llegar el año nuevo; estos, junto a los globos de papel que se inflaban con un mechero encendido en el centro para que se elevaran por los aires nocturnos de la ciudad, también fueron prohibidos. El problema de estos últimos eran los incendios que ocasionaban al caer. Sin saberlo, mamá heredó de sus padres costumbres decembrinas que afectaban la naturaleza, como aquella de enviarme al cerro de la Conejera a conseguir quiches, musgo y lamas para adornar el pesebre. El ambiente también se veía perjudicado con el humo de la pólvora que decenas de niños prendíamos a partir de la noche de las velitas, en que, aparte de encender faroles, quemábamos llantas para saltar sobre ellas. Era el preámbulo de la Navidad.

El 16 de diciembre se decoraba la casa con motivos navideños y se adornaba el árbol, un pino natural cuyo aroma hoy en día recuerdo con nostalgia. Esa era la fecha que oficialmente iniciaba la Navidad para nosotros, porque empezaba la novena y, con ella, la cuenta regresiva para destapar los regalos.

Como en toda casa de aquella época, el pesebre no podía faltar, y parecía que mi abuela María tenía el récord en tamaño, hasta que vi el pesebre de la tía Hilda, el cual nunca me expliqué cómo lograba hacerlo llegar hasta el techo. En un espacio que abarcaba una cuarta parte de la sala, había vacas, ovejas, gallinas, caballos, burros, camellos, hasta perros y gatos en sana convivencia; no faltaba la cascada de aguas cristalinas que formaba un lago de papel celofán donde brillaban patos y patas por igual. Casitas de cartón ubicadas estratégicamente iluminaban todo el pesebre con sus luces de colores, producto de las extensiones que ella sabía ocultar bajo musgo y lamas. En lo más alto, y coronado con una estrella, reposaba el establo, cálidamente decorado con quiches, musgo y lamas en abundancia, donde la cuna vacía esperaba la medianoche del 24.





Carlos Willman Sotelo S.

Modelo 1968 de Bogotá. Nacido un año antes de la histórica llegada del hombre a la luna. Su pasión por la escritura surgió en el bachillerato, gracias a una profesora de español y una experiencia personal que lo inspiró a plasmar sus sentimientos en papel. Un libro prestado por una amiga en un momento difícil de su juventud también influyó en su vocación. Con el tiempo, su escritura se ha centrado en crear herramientas que generen esperanza en medio de las dificultades. Su objetivo es inspirar a otros a través de sus palabras. Ha escrito tres libros entre ellos una novela titulada *Asalé*.

Conoció Historias en Yo Mayor a través de las redes sociales y este proceso ha significado para él la posibilidad de compartir, aprender de otros y hallar la excusa de continuar escribiendo.

Mi Bogotá

Por Carlos Willman Sotelo S.

Mi Bogotá, si fueras una mujer que tuviera en frente
Te diría, me encantan tus curvas,
Esas que admiro desde lo alto de mi casa,
Desde donde puedo ver tus cerros orientales
Que se engalanan con su manto verde
Y sus dos cerros tutelares de Monserrate y Guadalupe.

Me enamoras como eres, con virtudes y defectos,
Porque, aunque no eres para nada perfecta,
Nunca has renunciado a ser mejor
Y no dejas de maquillarte y arreglarte,
De darme sorpresas como cuando
La luna nueva se eleva radiante sobre tu cielo.

Te quiero, porque como una madre generosa,
Has procurado siempre darme la oportunidad
Como se las has dado a todo aquel que acude a tu seno;
Ya cada quien, el que lo valore o sea ingrato contigo.
No importa si nació en tu entraña, sea de pueblo o extranjero.

Siempre tienes una historia, una anécdota que contar,
Inspiradas en esas calles de La Candelaria o el Chapinero de ayer
Y en las memorias de lenguajes que se resisten a ser olvidados,
Donde los cachacos y los rolos marcaban su elegancia,
Se estaba regio o se decía qué carachas, no fregués.



Te he recorrido de norte a sur, descubriendo tu verdad.
Hay momentos en que te veo triste por cómo te tratan
Pero también hay ocasiones en que prodigas tu amor,
Como cuando veo a alguien al abrigo de un árbol en un parque
Disfrutando de la lectura de un libro o jugando pelota con un niño.

Sí, lo acepto, no puedo evitar sentir este sentimiento, este cariño,
Porque me has dado el honor de vivir en ti mi vida,
De tener una familia, de trabajar en lo que me gusta
Y compartir con muchos mi pasión: escribir.





Beatriz Zurbarán Barrios

Un viernes de enero, justo 96 años después del nacimiento de Rubén Darío, nació en Barranquilla una niña, a quien desde la infancia le apasionaron las matemáticas. Estudió Ingeniería de Sistemas y, al cumplir su ciclo profesional, sintió curiosidad por las artes. Sin mucha experiencia, se atrevió a cursar una maestría en Literatura y Escritura Creativa. Meses después se enteró por la prensa del programa Historias en Yo Mayor. Ahora, con el apoyo y amor de Juan Carlos, su esposo, y de sus dos hijos, Andrés Felipe y Mauricio, está disfrutando de esta nueva etapa, en la que la literatura y la escritura son el motor para el aprendizaje, disfrute y realización personal.

Lo más auténtico

Por Beatriz Zurbarán Barrios

Me preguntas por las tradiciones de mi tierra.
Sin pensarlo mucho, te podría contar de nuestros platos:
el arroz de lisa, el bollo 'e yuca o la butifarra.

O te podría describir los que hemos adoptado:
el quibbe frito, el tutti fruti o el frozo malt,
muestras de la amalgama de culturas que nos compone.

Te podría contar de los juegos infantiles,
como el juego de chequita,
que es el sóftbol callejero,
o el bola 'e trapo,
que es el fútbol en los barrios.

Para hablar de nuestras tradiciones,
también debo mencionar nuestra espontaneidad y familiaridad.
Abordamos a un desconocido, sin saludo, ni protocolo,
tuteándolo como si fuera un amigo
e inmediatamente, lo tratamos de cuadro, llavería o viejo men.

Esto me lleva a referirme a nuestro vocabulario.
Tenemos un repertorio propio tan extenso,
que bien merece un glosario.



Solo por mencionarles,
traigo a colación nuestro famoso ajá,
que tiene diferente significado,
dependiendo de la intención, entonación o contexto.
Pero mejor dejemos esto para otro proyecto.

Lo más bello y auténtico
de nuestras tradiciones son los carnavales.
Y no me refiero a las carrozas, ni a las orquestas,
ni a los miembros de la farándula
que desfilan artificiosamente en estas fiestas.

Me refiero a todas esas personas de los diferentes barrios de la ciudad
y de apartados pueblos de la región,
que se vuelcan a las calles del carnaval.

Aquellos que orgullosamente danzan y se disfrazan,
representando el folclor, prácticas y costumbres
de nuestros antepasados.

Rescato la valiosa labor de los hacedores del carnaval que
durante todo el año elaboran las máscaras y disfraces para las fiestas,
preservando con sus obras el espíritu de esta celebración.

La pasión de los bailadores y las bailadoras,
quienes, meses antes del inicio de las festividades,
se reúnen en los parques para ensayar sus comparsas,
y utilizan parte de sus ingresos para poder elaborar sus vestuarios.



Padres y madres que inspiran e
inculcan a sus hijos a seguir con la tradición.
Desde que son bebés de meses los llevan a ver y, por qué no,
a participar en los eventos del carnaval.

Esta es una tradición para la cual no importa la edad, el estrato, ni la religión.
Lo importante es mantener la mística de las fiestas
y, por supuesto, disfrutarla al máximo.



Porque:

¡Quien lo vive es quien la goza!





Semana 6

Termina la quinta semana del Quinto Heptamerón y comienza la sexta, en la cual las personas mayores, bajo el influjo de los animales, ladran, mugen, silban, chillan, maúllan y titilan historias en las cuales estos seres maravillosos fueron protagonistas.

Pese a los cuidados de Jhonny, Sasha cede a la tentación de un amante callejero; Jairo sobrevive al ataque de una vaca rencorosa; Víctor Manuel rescata a un azulejo agradecido; Gabriela salva de ahogarse a un ratón goloso; Enrique comparte la historia de un perro con un acróstico; Dakota no puede dormir porque Eduardo, su amo, ronronea demasiado; y Laureano decapita a una bestia inofensiva.



Jhonny López Arias

Tercero de diez hijos, bogotanos todos. Nacido en el año 54, trabajó como periodista en reconocidos medios privados, fue corresponsal y empleado público. Se dedica a la tutoría virtual en la formación de promotores de lectura. Le gusta la lectura y las manualidades. De entre sus mohosos escritos y motivado por su participación en Historias en Yo Mayor, evento del que se enteró mientras laboraba como guía turístico, decidió salir del cajón del escritorio y reescribir el cuento seleccionado, que hace parte de una serie de historias contadas con humor y en el cual se mofa de sus despistes.

La noche que Sasha perdió la virginidad

Por Jhonny López Arias

Sasha, la hermosa perra de raza Chow Chow y mascota de mi hija, llegó a su segundo celo. Igual que la primera vez, recurrí a armarme de un palo y una bolsa con piedras para sacarla a la calle, espantar a sus paisanos callejeros y caminar unas 15 cuadras hasta donde vivía Mateo.

Deseábamos que Sasha quedara preñada de Mateo, un hermoso perro de su misma raza que vivía a unas 15 cuadras de distancia. Entonces, con mi otro hijo de cinco años en una mano y la correa y armas de defensa en la otra, íbamos hasta ese lugar.

La ansiedad por lograr un encuentro sexual entre ellos era enorme.

Por esos días estaba de vacaciones y colaboraba con mi esposa en la cigarrería que tenía desde hacía varios años y que quedaba justo frente del apartamento, cruzando la calle.

Llevábamos dos días en ese trajín, pero la perrita no se dejaba montar. Eran ya muchos intentos y definitivamente parecía que no habría ninguna posibilidad de que Sasha tuviera su primera experiencia sexual y que nosotros tuviésemos a Mateo como yerno canino. Durante esas idas y venidas superamos las arremetidas de varios perros callejeros.

Ese día regresábamos de otro intento fallido y ya había anochecido. Cuando íbamos a subir al apartamento, observé que había bastante clientela en el negocio y deduje que mi cónyuge precisaba de mi ayuda.





Entonces, en vez de decirle a mi hijo que se subiera con Sasha al apartamento, decidí, absurdamente, dirigirme a la tienda llevándola de la cadena, porque la idea era cerciorarme si en verdad requerían de mí. Efectivamente, me necesitaban, pero mi esposa creyó que yo estaba solo, así que me imploró colaboración.

Supuse que, en apenas tres minutos como máximo, disminuiría la presión de los compradores. Así que, muy confiado, dejé a Sasha a la entrada del negocio y le ordené que se quedara ahí echada, como ya estaba acostumbrada a hacerlo.

Destapé y alcancé cervezas, despaché unas gaseosas y estaba cambiando la música, cuando se escuchó el fuerte chillido de un perro. Mi mujer, que estaba más cerca de la puerta del negocio, gritó totalmente espantada:

—¡Jhonny, usted no subió a Sasha y mire que ese horrendo perro ya se la está comiendo!

Mi corazón trató de salir corriendo primero que yo. Dejé el pedido de trago que había hecho una pareja y me asomé. Lo que observé fue trágico.

Bajo la luz que emitía el poste esquinero, como si fuera la iluminación de un escenario, el más feo de todos los perros callejeros estaba encima de la candorosa Sasha. Ella chillaba y, por una de las ventanas del apartamento, se asomaron mis hijos, también a gritar con todo el comprensible desespero.

Mi esposa estaba airada y me pedía que separara a la pareja canina. Los transeúntes que pasaban por el andén se detenían a mirar a su alrededor, indagando el motivo de tanto escándalo. Desde las ventanas, los vecinos se asomaron.

En la tienda, todo estaba en silencio. No había música y los clientes, desde sus mesas, unos de pie, otros medio sentados, observaban el acontecer. Sandra, la empleada, sugirió que la única forma de terminar con esa impactante escena sexual era echándoles agua.

Mientras tanto, yo me convertí en un monumento a la incredulidad. Era inconcebible que sucediera eso, precisamente cuando ya estábamos a las puertas de lograr que Sasha se doblegara a los encantos de Mateo. Cavilaba sobre esa tragedia que ocurría, cuando un grito me devolvió a la realidad.

—Ya que usted es el causante de lo que pasó, agarre este balde de agua y échesele a ese perro para que suelte a Sasha —ordenó mi mujer.

Lo increíble es que cogí el balde, crucé la calle, pero cuando me disponía a ejecutar semejante

acción tan absurda, las risas de las personas que estaban en el negocio me despertaron. Me detuve y me negué a hacer tamaño ridículo. Mis hijos lloraban.

A los minutos, el dichoso “goskerry” se bajó y mis hijos también bajaron del apartamento. Mi hija me recriminaba y me decía que ella no iba a querer al horripilante “canchoso” que acababa de ser engendrado. Le decía cochina a Sasha, y lo único que esta podía hacer era batir su colita.

Caí en la cuenta en ese momento de que había que hacer algo al respecto. Llamé a mi papá, quien recomendó que la llevara al veterinario más cercano para que le aplicaran una inyección. Pero antes de ir, hubo que bañar a nuestro animalito, porque el olor que le quedó de esa aventura era hediondo.

Luego, con mis amados y sufridos hijos, nos dirigimos a la veterinaria más cercana. Mientras el profesional atendía a Sasha, y ya algo relajado, recreé la siguiente escena:

En un basural, a esa hora de la noche, el perro callejero más horroroso de Bogotá está con sus amigos. Mientras muchos de ellos se rascan, ese can luce una gran sonrisa. Saca pecho y, lamiéndose el único canino que le queda, ladra a los cuatro vientos que acaba de tener la relación sexual más deliciosa de su vida. Ha sido con una perra de raza y en un lugar de Bogotá en donde nunca se imaginó que podría sucederle una aventura de tal calibre.

Y lo mejor, les comenta el can, es que esa bella perra, con un nombre como ruso, pero de los que nada tienen que ver con la construcción, estaba virgen. Los demás canes estallaron de risa. Y aún estoy seguro de que ni durante su vejez le creyeron la historia a su horripilante compañero.



Jairo Rodríguez Valencia

Cuando le ordenaron encerrarse hace cuatro años, al pasar los meses, ya cansado de ver “enlatados” en la televisión, decidió esculcar sus recuerdos y encontró libros nunca leídos de hace cuarenta años. Ya dentro de ellos, halló una chispa de motivación, se inscribió en un curso de “Historias de 50 más”. Algunos contaban sus experiencias de vida; él decidió escribirlas. Los alcahuetes de sus compañeros lo felicitaban, le decían: “Lo haces muy bien”. No convencido, tres años después, se inscribió en Historias en Yo Mayor. ¿Y saben qué?... resultaron peor que los primeros. Ahora resulta que fue seleccionado para que un texto suyo sea publicado en un libro virtual. “Y no se la cree”.

La Niña

Por Jairo Rodríguez Valencia

A «La Niña», por algún motivo que no entiendo, no le agradó mi presencia, o al menos así me lo hizo saber desde el primer día que cruzamos nuestras vidas.

El primo Héctor la ordeñaba, y como no era ninguna perita dulce le tenían que amarrar de las patas y los cuernos, para inmovilizarla. Entré al establo y como buen ciudadano quise saber cómo extraían la leche, pero antes visité a su ternero de pocos días de nacido. Estaba echado, tranquilo, y lo acaricié con la palma de la mano en el lomo. ¡Pegó un brinco horrible y empezó a berrear inconsolable! La mamá (La Niña) de inmediato empezó a mover su cola como un abanico, a sacudir su pellejo, y su cabeza giró hasta encontrar de frente mis ojos, mientras expulsaba un vaho profuso. Penetró en mis intestinos un peligro inminente. «Le caíste mal», dijo mi primo. Bueno, y ¿a son de qué la bronca?, primera vez que cruzábamos miradas. «Así son estos animales, quién sabe qué le recuerdas, a qué le hueles, vaya uno a saber, lo mejor es que no te le acerques y menos a su ternero». De inmediato empecé a olerme para descartar un olor no apropiado.

Eran las vacaciones de mitad de año, aprender los oficios propios de una finca era todo un desafío y una experiencia única. Iba por leña al monte para cocinar, por hierbas para picar y darle de comer a los animales, a recoger frutas, plátanos, bananos, yucas...

Todo el día era la sombra de mi primo Héctor, que con paciencia me enseñaba todos sus menesteres.

Una noche abrí la puerta de la chambrana que rodeaba la casa y salí al patio empedrado, sin advertir que La Niña estaba bebiendo un aguamiel, para cuando reaccioné era demasiado tarde, pues la fiera me cortó la entrada y, ante el desespero, traté de saltar la alberca para salvar la amenaza. ¡Me fue imposible! Pues quedé de frente a sus ojos relucientes de odio. Me aferré a sus cuernos filosos, que iban y venían con furia. Mi cuerpo calzaba perfecto



entre ellos, me abrazaban por debajo de las axilas, sin llegar a tocarme, cada embestida tronaba contra la chambrana. Fueron unos segundos entre hoy y tal vez un sin mañana. Al escuchar mis gritos de auxilio, mi primo salió presuroso y espantó a la endemoniada.

Todos en medio de lamentos me palpaban de arriba abajo; sin poder entender el porqué, el rojo carmesí no se veía por ningún lado. Solo un roto en la camiseta bajo la axila izquierda daba testimonio de lo que a futuro se comentaría como un milagro.





Víctor Manuel Montealegre Ardila

Nació el quinto día del mes de las cometas en el municipio cundinamarqués de El Colegio, nueve años antes de la llegada del hombre a la luna. A los 12 años, después de cursar la primaria, su hermano lo llevó a la capital para continuar sus estudios. Allí descubrió muchas de sus pasiones, en una época en la que el conocimiento y la cultura no se almacenaban en bits, sino en páginas impresas. Víctor Manuel es un afortunado heredero del gusto por la lectura, legado por su padre, y del amor y respeto por la naturaleza, enseñados por su madre. Un día, peinando canas, recibe una invitación para participar en la Escuela Virtual Historias en Yo Mayor, participar de este espacio le permite al escritor dormido en él expresarse libre y motivado.

El azulejo y yo

Por Víctor Manuel Montealegre Ardila

La entrada a la finca de los Arrazola estaba al otro lado de la carretera, casi al frente de la casa de mis padres. La familia Arrazola estaba formada por cinco hermanos, dos mujeres y tres varones, y acostumbraban a pasar algunos fines de semana y el mes de diciembre en su casa de descanso, la cual dejaban encargada a mi madre para que de vez en cuando fuera a dar una vueltica y verificar que todo estuviera en su lugar; en aquellos tiempos por ahí no había ladrones, si se cerraban las puertas era para evitar que se entrara algún animal.

Cuando había cosecha de mangos y los dueños no estaban, yo me ofrecía como voluntario para ir a mirar la finca de los Arrazola en compañía de dos o tres de mis vecinos y amigos, nos gustaba aprovechar la ocasión para subirnos a los árboles de mango y darnos una buena “panzada”. A mí me gustaban los mangos del árbol más grande, el que estaba a unos veinte metros al frente de la casa, esos había que cogerlos poco antes de que maduraran porque ya maduros generalmente estaban dañados por dentro. La pulpa de esos mangos era del color de la zanahoria y tenían un sabor muy dulce. A José le gustaban los mangos “Chancletos”, los del árbol que estaba en la parte de atrás de la casa, esos mangos son alargados y su sabor es similar al de los corrientes.

En cierta ocasión, no encontré disponibles a mis amigos y fui solo a dar la vuelta por la finca. Como de costumbre, me subí a mi árbol preferido, pero los mangos que encontré ya estaban muy maduros y salieron dañados, entonces fui y me subí al del mango Chancleto. Mientras subía, varios pájaros que también disfrutaban de esa fruta salieron volando. Comí un par de mangos arriba del árbol y cogí otro para llevarlo a casa.



Al bajarme del árbol, escuché el chillido de un pájaro pichón. Lo ubiqué rápidamente con la vista, estaba en el suelo, justo debajo del árbol del que acababa de bajar. Miré hacia arriba y pude ver entre las ramas el nido del que, supuse, había caído. Recogí el pajarito que todavía no tenía plumas y lo subí para dejarlo en el nido. De regreso a casa, le llevé el mango a mi madre y le conté lo que había sucedido con el pajarito; ella me dijo que, como yo lo había tocado, los padres lo dejarían abandonado y que se moriría ahí en el nido.

Pensé que tal vez uno de los pájaros que volaron cuando subí al árbol estaba en ese momento cuidando al recién nacido, y que, del susto al verme, había volado y botado al pequeño fuera del nido. Decidí regresar al árbol, cogí al pajarito junto con su nido y lo llevé a casa. Le pedí a mi madre que me regalara un canasto pequeño que había por ahí, y con una camiseta vieja y el canasto, le armé una especie de cuna.

—Ese se muere, está muy pequeño —me decía una de mis hermanas, y otra afirmaba estar de acuerdo. Mi madre, que era una mujer muy sensible, no tomaba partido. Tal vez pensaba lo mismo que mis hermanas, pero no quería causarme desaliento. Le pedí que me colgara el canasto con el pajarito en una parte alta, cerca del techo, para que el gato no lo alcanzara.

Mango, papaya, banano, mandarina, guayaba... Cada fruta que conseguía o me daban, la llevaba para compartirla con mi recién adoptado. Después de dos o tres semanas de cuidados, con el apoyo de mi madre, que lo alimentaba cuando yo estaba en la escuela, pudimos ver cómo empezaban a crecer las plumas del pequeño. Era un azulejo.

Uno de mis vecinos me regaló una jaula de alambre, y esta se convirtió en su nueva casa. Ya no necesitaba de mi ayuda para alimentarse; es decir, yo le colocaba la fruta cerca, y él comía cuando quería. El gato negro de mi hermana menor lo miraba con ganas, pero, a punta de manotazos, aprendió que el azulejo no sería parte de su menú. Poco después, compartían espacios juntos sin que el gato intentara agarrarlo.

La puerta de la jaula permanecía abierta, y cada mañana escuchaba al azulejo cantar y lo veía dando vuelos cortos por la cocina o la sala de la casa. Algunas veces, venían otros azulejos que volaban cerca, llegaban hasta la jaula y comían de la fruta que había en ella.

Un domingo, mientras estaba apoyado en la baranda del segundo piso mirando hacia el pueblo, pude ver a mi azulejo volar junto a otros dos que habían venido a comer en su jaula. Llegaron hasta un racimo de bananos que estaba en la mata cerca de la casa. Después de un momento, mi azulejo regresó y se paró en la baranda, junto a mi mano. Me dio dos golpecitos

con su pico sobre el borde de la mano, me miró y luego voló a reunirse con los otros. No pude contener las lágrimas; sabía que había venido a despedirse.

Ahora, cada vez que escucho el canto de un azulejo, recuerdo a ese pequeño que me dio el placer de verlo crecer y volar para reunirse con su verdadera familia. Y doy gracias a mi madre, que me enseñó que es posible conseguir lo que se quiere, aunque otras personas crean lo contrario.





Gabriela Huertas Patiño

En un lugar de Colombia de cuyo nombre sí quiero acordarme, Zipaquirá, hacia el año en que se constituyó en Diócesis, nació una chica inquieta por entender, educarse y vivir del mundo de animales microscópicos, a pesar del concepto jocoso de su abuela, quien le decía: “Yo no creo en microbios, sino de cucarrón pa’rriba”. Algo tuvo que aprender y degustar en el trasegar de su vida, porque ahora, en su senectud, influenciada y guiada por Historias en Yo Mayor, ha venido plasmando en escritos, sus vivencias, sentimientos y experiencias cotidianas.

Animales queridos u odiados

Por Gabriela Huertas Patiño

Suponía que no tenía nada que escribir sobre animales, pero, escuchando a los profes y a mis compañeros relatar historias de todos los colores y sabores, se me iluminó el bombillo y encontré dentro del baúl de mis recuerdos algunos cortos relatos que quiero compartir.

En cierta ocasión estábamos en la finca mi esposo, mis hijos y yo, acompañados de una amiga y su familia. De pronto, llegó inesperadamente al patio, donde nos encontrábamos charlando, una bandada de cucarrones. Sin saber por qué ni por dónde, estos insectos invadieron el patio y nos hicieron saltar del susto a unos, correr miedosos a otros, y justo a mi amiga Gertrudis, que le tiene pánico a esos coleópteros, se le metió uno muy indiscreto dentro del seno. Ella, toda angustiada y ofuscada, sin pensarlo más, se desabotonó la blusa para sacárselo, sin caer en cuenta de que todos estábamos ahí viéndola. Entre gritos y lloriqueos, al fin logró hacerlo. Después de que cayó en cuenta de que estaba medio empelota —claro, en ese tiempo, hace 25 años, así se sentía uno en esas circunstancias—, ella decía que le provocaba meter la cabeza como el avestruz, entre la tierra, por la pena que le causó la situación. Para nosotros, en cambio, fue muy simpático y divertido verla.

Contaba la Nenita, mi mamá, que una vez una vecina hizo un arequipe, que era uno de los dulces favoritos para preparar en Semana Santa, y lo dejó en su ponchera de porcelana toda la noche para que enfriara y estuviera listo para el día siguiente. Resulta que, al otro día, cuando fueron a servir el dulce, encontraron que un ratón, intentando comérselo, cayó dentro y quedó sumergido, porque la ponchera era muy honda. Cuando lo encontraron, estaba asomando la cabeza y tratando de despegar sus ojos, porque no los podía abrir. Con las patas quería

limpiarlos, pero era peor su hazaña, ya que se untaba más y formaba como una especie de chicle elástico, quedando cada vez más enredado. Nosotros, no solo con el cuento de la Nenita, sino con los gestos y la mímica que hacía, mostrándonos cómo despegaba el ratón sus ojos, a la vez que abría la jeta y movía sus patas, nos moríamos de las carcajadas al imaginarlo.

Una vez mi esposo tuvo que quedarse en casa de Viejini, como le decían a un ingeniero amigo mucho mayor que él; porque se les hizo tarde trabajando y ya no salían más buses para Zipaquirá. Le dio alojamiento en una casa muy antigua donde parecía que él iba poco, y mucho menos la familia. Él agradeció el detalle y nos comunicó a mis hijos y a mí lo ocurrido. Luego de su llegada al día siguiente, notamos que venía lleno de ronchas y se rascaba como un mico por todos lados porque lo habían picado las pulgas. Pero ustedes vieran por un minuto la mano que le dieron: parecía una mazorca. Fue terrible, porque, además, nuestra casa se llenó de un pulguero que casi no pudimos exterminar. Parecían rellenas, de lo gordas que quedaron con la sangre de todos. Nos tocó echar un pulguicida, que, si mal no recuerdo, se llamaba Multosid o Multocid, algo así. Algunas de ellas tuvimos que matarlas con las uñas de los dedos gordos para que no se escaparan, y explotaban como totes... ¡Uyyy, qué asco! Me da náuseas de solo pensarlo. Fue una experiencia muuuy, pero muuuy desagradable.

Voy a hablar ahora de algo más amable: de Conny, una perrita pequeña, “gozquerrier”, como les dicen peyorativamente a los perros sin pedigrí, con algo de cruce con raza Beagle. No es nuestra; pertenece a una familia cercana a la finca, pero es un amor. Identifica el carro en que llegamos e inmediatamente aparece a saludarnos. Ella siempre se alegra de vernos y lo manifiesta corriendo alrededor del carro y husmeando los talegos para ver qué le trajimos. Paso seguido, se empina en dos patas y camina un poco como si fuera bailarina de circo; luego, corre hacia la cocina, acercándose a donde tenemos las galguerías. Entonces, mueve una patica delantera como señalando. Le encanta comer todo lo dulce: el helado, las panelitas, las galletas, la gelatina... en fin, todo lo que prefieren los pequeñines, porque se crio con niños. Come o, si no, guarda para después en un escondite que tiene. Cuando ya tiene la barriga llenita, se acerca a que la consintamos, coloca la cabeza sobre nuestras rodillas y nos mira con ternura para que cada uno la acariciemos. En una ocasión que nos quedamos de noche, sintió que debía cuidarnos y se arrunchó junto a la puerta. Nos sorprendimos mucho al verla en la mañana.

Ya tarde, cuando nos preparamos para irnos, nos sigue hasta que le decimos: “Chao,

Conny”... y entonces ella ya sabe y se va para su casa. Es muy astuta y entendida. La queremos mucho.

Estos pequeños episodios, así como lo pudieron evidenciar, son los que he vivido con animales, tanto queridos como odiados.





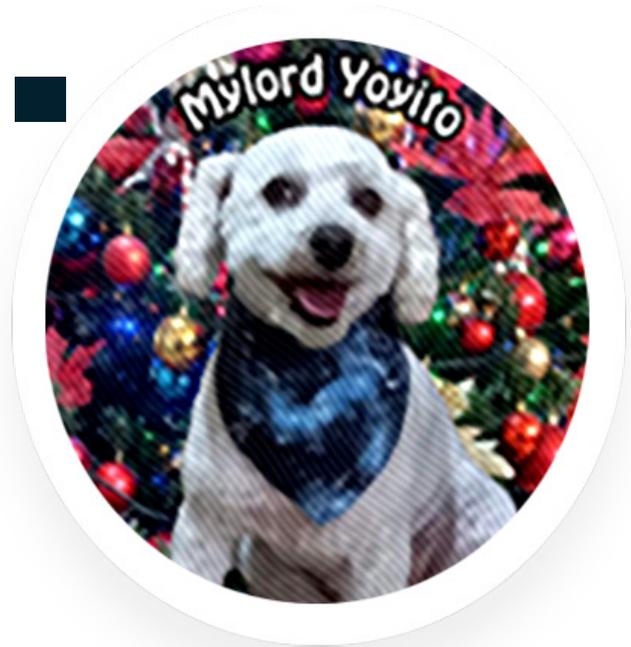
Enrique Toloza Díaz

El 8 de abril de 1967, nació en Bogotá, en el hogar de un bombero y una funcionaria administrativa. La mayor parte de su vida la ha dedicado a estudiar, a trabajar, a la familia, a su pareja, a hacer deporte, a sus mascotas y a labores comunitarias. Estuvo vinculado en empresas del sector privado, en una entidad estatal y, actualmente, es independiente. Se enteró de la Escuela Virtual a través de un noticiero en televisión. Inicialmente consideraba que no tenía las potencialidades, pero decidió realizar el curso, el cual le ayudó a fortalecer sus habilidades para la escritura.

Milo

Por Enrique Toloza Díaz

Es nuestra mascota, un perrito French Poodle criollo. Es un gran amigo. ¡Siempre da alegría! Está registrado oficialmente como Mylord Yoyito, una combinación anglo-chibchombiana mal escrita de forma intencional, porque mi mamá, de joven, tuvo otro perro al cual se refería como “Mi lord”, y para emparejar burlescamente, le agregó el segundo nombre. Su apodo es “Milo”. Pero otros le dicen Toretico por lo gordito, Sargento Tun-Tun por su forma imponente de caminar, Patecumbia porque se está recuperando de una cirugía por rotura de ligamento cruzado en su patica izquierda trasera, entre otros apodos.



Milo es un perrito rescatado y adoptado hace siete años, cuando era un cachorro. Era maltratado y fue arrojado a la calle. De la camada, solo sobrevivió él. Mi hermano lo recogió en un día lluvioso y lo sacó del barro.

Me acuerdo que, al principio, me oponía a que tuviéramos otro perrito, ya que el anterior se llamaba Chapulín. Vivió diecinueve años, y para mí fue muy duro tener que llevarlo al veterinario a que le practicaran la eutanasia, como un acto de bondad y misericordia, porque en sus últimos días, a pesar de los cuidados, ya estaba pasando un momento muy difícil en su estado de salud. Por su longevidad, la recomendación del profesional, quien lo venía atendiendo desde hacía muchos años, era que fuera dormido.

Milo, desde el principio, se mostró muy astuto, y su primer acto fue ganarse el cariño de mi hermana Josefita, quien finalmente le dio la entrada al hogar y se encariñó con él.

Al cabo de un tiempo, se había convertido en un personaje en la casa, en el barrio y, especialmente, en el Parque Zonal Distrital La Amistad, donde ha sabido ganarse la admiración de los visitantes del lugar y del personal que labora allí. Está registrado como evidencia documental y fotográfica el proceso que condujo a permitir la modificación de la normatividad que prohibía la entrada de mascotas al parque. Hoy en día, los que quieran llevar a sus amigos perrunos lo pueden hacer con la correa puesta.

Además de lo anterior, Milo ha evitado en dos ocasiones que mi mamá se accidente con caídas hacia atrás al subir los bordillos de los andenes, porque este pequeñín ha jalado fuerte hacia adelante y la ha sostenido.

En la cuarentena por la pandemia del COVID-19, fue mi compañero de andanzas por las desoladas calles de la ciudad. Con él tuvimos que presenciar el abandono de muchos caninos en la zona verde de la Alcaldía Local de Kennedy, donde eran dejados por sus dueños, sobre todo el drama de los pitbulls, rottweilers y otras razas poderosas, debido a los altos costos y cuidados. Con algunos vecinos, se les llevaba algo de agua y comida.

Milo tiene un gran olfato y se encarga de inspeccionar todo paquete que llega a la casa. También es muy hábil para rastrear y olfatear el queso; parece un ratón de iglesia. Arma algarabía cuando detecta su aroma. Es paseador, juguetón y muy hábil encontrando sus juguetes cuando se los escondemos, así como desatando cosas amarradas con trapos.

En una ocasión, un militar experto en adiestramiento de sabuesos rastreadores le ofreció a mi hermana comprarlo, porque le llamó mucho la atención el comportamiento del perrito, a tal punto que lo quería para antinarcóticos. Mi hermana no aceptó y le agradeció la oferta. Milo es muy importante para nosotros. Por fortuna para él, la oferta no prosperó, ya que este héroe del ejército y de la patria falleció un tiempo después en una emboscada.

Milo parece un botones, dándole la bienvenida al que llega. A los conocidos los invita a su manera a la cocina, de donde mi mamá lo ha sacado con un regaño dulce en más de una ocasión por llevarle visitas a ese lugar.

Mi tía María le hizo un acróstico el cual quiero compartir y dice así:



EL GRAN MYLORD YOYITO



Mira... si en el mundo, existe otro perrito igual:
Inteligente y noble como el “gran Mylord”,
Leal, gentil, compañero especial;
Ordenado, elegante, obediente hasta el final.
Receptivo, activo; mejor que un ser humano,
Dios nos lo regaló, para alegrar nuestro hogar.

Ya quisiera calmar “él”, nuestras penas,
Oír los lamentos de nuestro corazón
Y cantar con nosotros en Navidad.
Importante se cree, por la casa cuidar;
Todos lo alaban y lo admiran al pasar;
Orgullosa se siente, cuando sale a pasear.





Carlos Eduardo Millán Villa

Caleño modelo 65, más exactamente del sábado 13 de febrero. Amante del chontaduro, pandebono, el champús y el verde de la naturaleza. En Popayán hizo realidad su sueño de ser ingeniero civil y luego recorrió buena parte de Colombia construyendo carreteras que llevaban progreso a las comunidades. Estando ad portas de su jubilación, espera disfrutar de actividades que generen sosiego y crecimiento espiritual. Es así como llega a un aviso de El Tiempo sobre Historias en Yo Mayor. Ahora, desea, por medio de la pluma, construir puentes para que el lector descubra mundos que inspiren su imaginación y le permitan un escape del estrés diario.



Mi gata Dakota

Por Carlos Eduardo Millán Villa

Tenía aprensión hacia los gatos, los percibía maldadosos por sus miradas enigmáticas, entre inquisitivas y desafiantes. Pero ¡sorpresas te da la vida!, me enteré luego de que cuando un gato te mira fijamente es señal de que se siente tranquilo y seguro a tu lado; así mismo que, en el antiguo Egipto, los gatos eran venerados como divinidad, luego el judaísmo los consideró impuros y en la Edad Media se les asoció con la malignidad y los demonios, y a partir del siglo XIV, a causa de la peste ocasionada por los ratones, empezaron a ser nuevamente apreciados.

Por azar de la vida, terminé adoptando una gatita mezcla de angora y criollo, fruto de un fugaz y doloroso encuentro de dos seres sin apenas cortejo en el que el enamorado vagabundo, en un descuido, se le acercó por detrás a la aristocrática angora y le mordió el cuello sujetándola y, después de algunos empujones apresurados, el acto fue consumado. El precoz amante salió corriendo, ya que su espinoso ariete la había desgarrado, y ella, entre furiosa y adolorida, se giró intentando morderlo para apaciguar su sufrimiento y su cólera por habersele ocurrido subir al tejado a maullarle a la luna llena.

Cuando recibí la gatita, prácticamente cabía en una mano, era una bolita de pelo blanco, excepto por unas pecas marrones en la cara y sus ojos verdes azulados. Inspiraba ternura. Decidí colocarle Dakota en alusión a los guerreros indígenas americanos que llevaban un penacho de plumas blancas en sus cabezas y que se asemejaba a su esponjosa cola que movía constantemente. Pero, todo lo que llega a nuestra vida tiene un significado y un propósito; vine a saber luego, que Dakota significa “amiga y aliada”, y sí, fue una gran compañía en un momento de mi vida de mucho estrés y ansiedad. Y creo que ella, a su vez, disfrutaba mi presencia.

Eduardo

Dakota, de pequeña, era muy juguetona, le gustaba subirse a la cama, meterse debajo de las cobijas y morderme los dedos de los pies. Ya grande, en las tardes me esperaba en la ventana del apartamento, en un segundo piso, meneando el penacho de su cola blanca, y cuando ingresaba, ella empezaba a maullar pasándose entre mis piernas. A veces me hacía trastabillar, y paraba hasta que la alzaba entre mis brazos, seguramente requiriendo que la acariciara después de haberla dejado todo el día sola. Luego, cuando me acostaba, seguía con la costumbre de subirse a mi cama, pero ahora le encanta treparse en mi pecho y ronronear, sonido que me encanta y, aparte de que me da tranquilidad, me relaja después de un arduo día de trabajo. Asimismo, me encanta acariciar su suave y abundante pelo, que me da sosiego.

Dakota

El compañero que vive conmigo es un grandote algo torpe, ya que a veces se tropieza conmigo, pero no es tonto; por ello he terminado aceptándolo. Me gusta levantarle la cola para que sonría, frotarme contra sus piernas y acostarme a su lado. Puedo percibir los cambios en su estado de ánimo y emociones por medio de leves señales, como cambios en el tono de su voz, latidos de su corazón, la manera de comportarse o cómo gesticula. En las tardes, me subo a la ventana a esperarlo y ver en qué estado llega; si lo veo encorvado es que ha sido un día muy pesado para él; por tanto, será una larga noche para mí, ya que me desvelaré con su sonoro ronroneo. Cuando entra al apartamento, me paso entre sus piernas buscando que me alce y poder sentir su palpitar, y así ver si está ansioso o tranquilo, ya que cuando está angustiado me desespera su empalagosa sobadera. Lo que sí me tiene pegada del techo es que no he logrado que modere el tono de su ronroneo, y aunque me subo a su pecho a enseñarle a hacerlo suavemente, el suyo sigue siendo como el de un camión en bajada, sonidos roncós de traqueteo y resoplidos que no me permiten dormir.



María Teresa Ospina Córdoba

Nacida en el 64, en el día que se estrena disfraz y no vestido. Esposa de Mauricio, el hombre más paciente del mundo, madre de Olga y Dani y abuela de los bellos Luisjosé y Maria V. Tener esa bella familia es su logro más importante en la vida. Ahora es una expatriada más de Colombia que encontró su nuevo hogar en Panamá hace ya más de 20 años.

Lectora siempre y escritora nunca, un día fue invitada por una amiga a participar en Historias en Yo Mayor y durante siete semanas se atrevió a plasmar en palabras sus recuerdos y experiencias. Allí fue feliz de rememorar, compartir y elaborar escritos que alimentaron su alma.



El bicho

Por María Teresa Ospina Córdoba



Laureano es un abogado que, para finales de los años 90, trabajaba en un bufete en la capital del departamento. Él procuraba siempre estar actualizado, no solo en las leyes y sus modificaciones, sino también en los elementos que usaba para su trabajo. Aunque comprarlos le costara una buena cantidad de su salario, invertía y tenía computador y fax, que en esos tiempos no eran de fácil acceso.

Con el tema tecnológico en mente, con mucho trabajo logró reunir el dinero suficiente para comprar el celular de moda, aunque tuviera el tamaño de un ladrillo y en esta época sería calificado como teléfono “bruto”, porque para lo único que servía era para hacer llamadas. Él estaba muy orgulloso de su nueva adquisición. El distinguido abogado creía firmemente que ese aparato, aunque muy oneroso, iba a ser un gran plus en el desarrollo de su carrera al marcar la diferencia.

A Laureano le gustaba su trabajo y la ciudad en la que vivía, pero su ideal era poder ser nombrado juez, y allí no había esa oportunidad. Después de mucho insistir y aplicar en el gobierno, logró su objetivo cuando lo nombraron juez en una ciudad pequeña en uno de los departamentos menos desarrollados de su país.

Muy contento, aceptó la posición, que además implicaba un aumento a sus ingresos e incluía la vivienda que sería asignada por el gobierno.

El mismo día en que recibió su nuevo celular, viajó a tomar posesión de su cargo.

Muy tempranito llegó a presentarse con su casero, de nombre Raúl, quien lo recibió muy amablemente, pero a la vez apenado porque no le había llegado la comunicación sobre el día que llegaba el doctor, y el sitio aún no estaba limpio para ser entregado.

El inquilino observó que su nuevo hogar era una pequeña casa, situada en la parte de atrás del edificio municipal y que, además, colindaba con un río. Raúl sabía que por lo alejado y rodeado de monte, y además la falta de limpieza, era muy probable que la casita estuviera llena de animales. Se lo comunicó a Laureano, pero él no se inmutó, dijo que había sido criado en una finca y no lo iban a asustar dos o tres animalitos. Avisó que él mismo iba a sacarlos de su nueva vivienda y ese mismo día lograría mudarse y acomodar sus cosas.

El casero sabía que los animales de esa zona eran especiales y que más de un varón había salido corriendo, pero no dijo nada y acompañó a su huésped a recibir su hogar.

Apenas llegaron, vieron colgado en la puerta a un feo murciélago. Raúl le dijo que era un “Lanza Pálido”, muy conocido por su nariz en forma de lanza, que come frutas y también carne. Laureano lo miró con repudio porque, además de feo, se veía medio diabólico. Raúl vio la actitud reservada ante el murciélago y él mismo lo tomó y lo dejó en un árbol al lado del río.

Por fin entraron a la casa y ¡oh sorpresa!, porque los recibió una víbora enroscada en una esquina. Laureano gritó, realmente muy asustado. Raúl, muy tranquilo, le dijo que se llamaba “Hoja Podrida”, muy venenosa, y que come animales pequeños. Seguro en la casa había “guaguas” y por eso entró la serpiente. Por la cara que puso el jurista, se dio cuenta de que no iba a sacar la serpiente y que no tenía idea de qué le había hablado. Raúl tomó la serpiente y procedió a llevarla también lejos de la casa. Cuando salieron corriendo unos pequeños roedores, huyeron del lugar ahora que su enemiga, la serpiente, no estaba por ahí cerca. Laureano pensó: “Esas deben ser las ‘guaguas’, y esas pequeñas ‘ratas’ con manchas blancas en su lomo también estaban bien feas”.

Se agachó a mirar debajo de la cama y encontró la araña más grande que había visto en su vida. Era negra y medía como 20 centímetros. Corrió a tomar la escoba y, además, un palo que estaba ahí para trancar la puerta, y con esas armas procedió a expulsar a la araña. Cuando Raúl regresó, vio a la araña muerta y le preguntó por qué había matado a la “tarántula gigante” que, aunque venenosa, se le hubiera podido solo mover a otro sitio y ella no iba a regresar donde había movimiento. Le dijo que todos los animales son sagrados, y que algunas personas los pueden ver poco atractivos, pero cada uno tiene su propia belleza. Laureano se enojó un poco, porque había pensado que lo iba a elogiar por su valentía.

Con un fuerte suspiro, tomó fuerza para ingresar de nuevo a ver qué más sorpresas iba a encontrar, cuando vio que del lado de la cocina muchos ojos lo miraban fijamente. De nuevo

se sobresaltó, hasta cuando escuchó a Raúl explicándole que eran unos “Saimiri”, que abriera la ventana porque, aunque son unos micos muy curiosos, realmente les tienen miedo a los humanos y salen corriendo.

En ese punto, el visitante ya creía que Raúl era el mismo “Naturalia”, porque era increíble el detalle con que conocía cualquier animal. Siguieron limpiando y sacaron hormigas, sapos, telarañas y otros insectos más. La casa estaba realmente invadida.

Al llegar la noche, por fin, con las habitaciones limpias, el legista logró acomodar sus cosas y se acordó de su nuevo celular. Lo sacó de la caja, emocionado, con muchísimo cuidado, y al leer las instrucciones vio que debía dejarlo conectado a la corriente por lo menos 14 horas antes de comenzar a utilizarlo. Lo colocó en su mesa de noche y, ya muy cansado, logró conciliar el sueño.

Algunas horas después, cuando la noche ya estaba cerrada, inesperadamente se despertó y vio al lado de su cama un ojo rojo que lo miraba fijamente, casi sin parpadear. Entró en pánico y se acordó de todos los animales que vio ese día. Pensó que si era la víbora, lo iba a picar, o la araña, que también era venenosa, incluso cualquier otro de esos animales monstruosos seguramente lo iba a sorprender.

Sacó valor, no se sabe de dónde, y, con mucho cuidado, tomó el palo de la puerta y un machete que Raúl había dejado olvidado. Con un grito fuerte, saltó sobre ese ojo que lo miraba sin parpadear. Él no sabía qué tipo de animal tenía ese ojo, pero igual lo iba a matar.

Emitió alaridos de ¡Muere, bicho, muere!, golpeó muy fuerte, lo tiró al piso, lo siguió atacando. Ya enojado, no entendía cómo el animal seguía vivo y por qué el ojo rojo estaba todavía mirándolo. Continuó gritando y azotando hasta que logró que el bicho muriera; ya el ojo no se veía.

Confuso y sudoroso, corrió a prender la luz para ver la clase de bicho que valerosamente había enfrentado. Al iluminar el cuarto, con nostalgia, descubrió que había “eliminado” a su nuevo celular.



Semana 7

Termina la sexta semana del Quinto Heptamerón y comienza la séptima y última, en la cual las personas mayores, a propósito de los viajes, conmemoran las más emocionantes e inesperadas travesías.

Jesús Josué comparte la misteriosa historia de un bus que nunca llegará a su destino; Luisa desnuda a una aeromoza tras una vertiginosa aventura en dos ruedas; la familia de Jesús Alfredo hace un emotivo brindis de ron cubano en memoria de Marujita; Martha llora de felicidad en Atenas; Olga recorre cerca de 3000 kilómetros en una semana alimentada por el combustible de la juventud; Jhon Jairo percibe los cambios de vestimenta de los habitantes de Silvia (Cauca); Adriana abandona Colombia con nostalgia y se enraiza en Argentina; Elzbieta se hace polombiana; Octavio de Jesús sueña con regresar a su tierra, Ituango; y Néstor Raúl se convierte en espantapájaros gracias a la poesía.



Jesús Josué Díaz Prieto

Nació en Bogotá y le ha dado 67 vueltas al sol. Realizó su primaria y bachillerato en Bogotá, Anapoima y La Mesa, luego ingresó a la marina impulsado por su interés en conocer la vida del mar. Navegó a bordo del ARC Gloria y participó en regatas de veleros. Conoció las cartas de navegar y se especializó como cartógrafo náutico. Después de 26 años en la Armada, regresó a la tierra de Muisca donde se dedica a sus pasiones favoritas: leer, pintar y escribir. Leyendo El Tiempo descubre Historias en Yo Mayor, proyecto que lo cautiva, le moldea y divulga sus textos.

La travesía de los desconsolados

Por Jesús Josué Díaz Prieto

En medio de una fastidiosa lluvia, el bus avanzaba entre impredecibles ráfagas de viento, que pretendían inútilmente contener su avance arrojándole una borrasca de gotas.

Continuaban los relevos de los conductores, cada vez más seguidos; en el último, presenciamos asombrados cómo difícilmente el chofer avanzaba por el pasillo, se agarraba penosamente de los pasamanos. El automotor se oponía a que asumiera su control. No era el vigoroso personaje que nos dio la bienvenida, era un anciano que lucía el mismo uniforme de camisa blanca y corbata roja.

Recordamos la tormentosa tarde del día anterior, cuando en la terminal de transportes de Bogotá, después de acomodarnos, la empleada de traje negro que nos revisó los pasajes, predijo que una larga demora al final del trayecto nos esperaba, pero desde el inicio del viaje esta premonición se fue cumpliendo; cuando el bus empezó a retrasarse por el intenso tráfico de la Avenida Trece, que nos hizo perder más de una hora para arribar a Fontibón.



Luego de superar Albán, el bus descendía raudo como si fuese en un tobogán, abandonamos los bosques de niebla y nos sumergimos en el sopor de la tierra caliente. Transcurrieron unas cuantas horas y se empezó a iluminar la carretera. El bus devoraba ansioso una vía que en línea recta se perdía en el horizonte.

Al llegar la mañana, el conductor se detuvo al frente de un gigantesco restaurante, colmado de mesas de madera cubiertas por manteles plásticos, decorados con frutas y atiborrado de comensales de todas partes; algunos pasajeros se bajaron de inmediato, otros continuaron en los asientos, en medio del restaurante, una gigantesca jaula de vidrio servía de refugio a los conductores, allí se alimentaban cómodos sin el bullicio y el bochorno que azotaba a los comensales en el exterior; después, con un palillo pegado en sus labios, se marchaban hacia los baños y empezaban a escudriñar a los pasajeros, como indicándoles que iban a partir.

Al mediodía, transitábamos un pueblo colmado de mesas de billar ubicadas en la calle, algunas permanecían sucias, con el paño manchado y cubierto de polvo, otras eran protegidas por viejas lonas y una gran cantidad estaban en uso; billaristas de todas las edades se divertían sin percatarse de quienes pasábamos a su alrededor, se inclinaban sobre las mesas buscando la mejor posición para tacar y luego celebraban las carambolas blandiendo los tacos sobre sus cabezas como si fuesen lanzas en una batalla.



En la tarde, repitieron las mismas películas que habían proyectado durante la noche anterior: la del imbatible héroe al que disparaban miles de proyectiles y nunca le impactan y la preferida por el ayudante del bus, la de karatecas. Pero nada nos distraía, absortos mirábamos por las ventanillas cómo un temporal se hacía presente y ocultaba por instantes el universo que estábamos atravesando, una muralla gris que inesperadamente desaparecía nos dejaba contemplar quebradas convertidas en ríos y extraños poblados de nombres extravagantes como El Sol, Caja de Ahorros y uno que nos precipitó contra la realidad, El Diluvio.

Cuando las sombras empezaron a invadir el paisaje, la flota desafió el Caribe por el norte y la Ciénaga Grande de Santa Marta por el sur. Todos ansiábamos ver el puente Pumarejo que nos indicaría la llegada a Barranquilla, habían transcurrido cerca de 24 horas de travesía y presenciamos cómo el automotor que se desplazaba por el puente permitía ojear el taciturno Magdalena.

El viaducto se expandía y daba la sensación de que nunca alcanzaríamos el otro extremo; luego de unos angustiosos instantes, la máquina se sumergió en un laberinto de calles y avenidas anegadas.



Al vehículo nada lo detenía, los demás autos iban desapareciendo a medida que la ciudad se transformaba. Al poco tiempo y como si la urbe nos hubiera expulsado, nuevamente nos encontrábamos en una extraña ruta, muy diferente a la calurosa y desvencijada Cordialidad.

El bus avanzaba vertiginoso por la autopista, pero nunca llegaba a su destino, la carretera se extendía más y más, todos sospechábamos que algo anormal estaba sucediendo, desde el momento en que los conductores empezaron a envejecer. Los paisajes se modificaban permanentemente y recordábamos pueblos que conservaban sus nombres originales, ahora se habían transformado en fantásticas metrópolis.

Nos percatamos de que estábamos condenados a proseguir un viaje perpetuo en un sendero que se dilataba continuamente, transitábamos no solo en la distancia, también lo hacíamos en el tiempo, conocíamos el destino de nuestras ciudades, pero se nos impedía disfrutarlo. Viajábamos desconsolados como seres ignotos en el futuro, condenados a recorrer una vía infinita, sin escalas, sin pausas, donde los únicos que no envejecían ni cambiaban éramos nosotros.





Luisa Cheya

Nació cerca de Maturín, Estado Monagas, Venezuela. Cuando cumplió dos años de vida, derrocaron al dictador Marcos Pérez Jiménez.

Jugando a la escuelita, era la maestra; niños y adultos la rodeaban para escuchar cuentos inventados mientras los narraba. Goza cuando baila, declama o lee. Profesional en Riesgos y Seguros, actualmente activa.

Conoció la Escuela Virtual de Historias en Yo Mayor a través de su hermana Ana María Fajardo, egresada de la Cuarta Cohorte. Aceptó el reto solo por complacerla y quedó atrapada por la sapiencia, sencillez, pedagogía y humildad de sus profesores y colaboradores, de quienes dice estar agradecida y enamorada.

Un trabajo en equipo

Por Luisa Cheya

Una vez, mi hija, que vivía en la República Cooperativa de Guyana, mejor conocida como Guyana, me invitó a pasar unos días en su casa. Acepté encantada la invitación, porque hacía más de dos años que no teníamos contacto físico y la extrañaba a mares. Para mí, compartir con ella siempre ha sido un enorme placer, ya que ella también es una de mis dos mejores amigas.

Decidimos que haría el viaje en el mes de diciembre, pues queríamos festejar la Navidad como se hace en nuestra tierra, con mucha alegría.

Las veces que he salido del país, mis hijos se aseguraron de comprarme los pasajes con asistencia en viaje, debido a la intolerancia que tengo de permanecer parada por mucho tiempo.

Antes, cuando las cosas eran muy diferentes en nuestra patria, salía un vuelo semanal directo de Maturín a Guyana que duraba menos de dos horas, porque ese país lo tenemos muy cerquita. Pero hace años que se suspendieron los vuelos internacionales de todos los aeropuertos del interior del país, quedando solamente para tal fin el Simón Bolívar, que está en Caracas. El penúltimo viaje que hice a ese país, el itinerario fue el siguiente: Maturín, Caracas, Trinidad y Tobago, Guyana. Al poco tiempo, las líneas aéreas también eliminaron los vuelos directos a Trinidad y Tobago. Entonces, cuando fui por última vez a Guyana, ya no era un viaje normal, sino un periplo con la ruta de mi viaje establecida así: Maturín, Caracas, Panamá, Trinidad y Tobago, y finalmente mi destino. Es decir, un viaje que otrora duraba menos de dos horas se transformó en más de catorce, sin incluir el tiempo de asistencia antes del vuelo que rigen los aeropuertos.

El día del tan esperado viaje llegó, y salí de Maturín con destino a Caracas sin novedad. Quiso la fortuna que el vuelo Caracas-Panamá saliera con más de media hora de retraso,



y pensé: “Gracias a Dios que la espera ha sido corta”. Consulté mi boleto para confirmar la hora de llegada y la cotejé con mi reloj. Me percaté de que tenía el espacio de una hora con cuarenta y cinco minutos para abordar el vuelo que salía de Panamá hacia Guyana, tiempo que consideré un poco ajustado. Sin embargo, ese hecho no me preocupó demasiado, porque mi viaje era asistido y, sin duda, un empleado de la aerolínea me esperaría con una silla de ruedas para trasladarme cómodamente y hacer por mí los trámites pertinentes.

Después de siete horas de vuelo, aterrizamos en el Aeropuerto Tocumen, y, en efecto, me recibió un joven moreno, atractivo y simpático que me condujo con premura hasta la sala de espera que quedaba frente a la aerolínea, donde estaban dos empleadas. El joven que empujaba mi silla de ruedas, con una sonrisa y una amabilidad que derretía, me dijo:

—Quédese aquí. No se mueva. Ya vuelvo.

Y desapareció entre la muchedumbre sin dejar rastro. Yo solo alcancé a balbucear:

—Pero... pero...

Esperé un rato, consulté el reloj y me puse nerviosa porque el tiempo estaba pasando muy rápido y el chico no regresaba. Entonces, me acerqué a las dos empleadas, que en ese momento estaban rodeadas de varias personas, y quise saber cuándo me llevarían a la puerta de embarque. Pero ellas estaban tan atareadas que, sin prestarme la debida atención, se limitaron a decirme:

—Un momentito, señora, ya va.

Entonces, busqué con la mirada a mi alrededor, tratando de conseguir a otra persona que me pudiera ayudar, y fue cuando hice contacto visual con un chico que andaba precipitado. Al tratar de abordarlo, me detuvo de ipso facto solo con el gesto de sus manos. Desconcertada y ahora sí que estaba nerviosa, me pasó por la mente agarrar uno de los aparatos de radio con la intención de llamar la atención de alguien que me ayudara. En eso, vi que otro muchacho venía presuroso y, desechando la idea de la radio, alcancé al joven, lo agarré por la manga de la camisa y se detuvo sorprendido. Antes de que dijera algo, le disparé a quemarropa la siguiente verborrea:

—Mi vuelo sale para Guyana en diez minutos y tengo más de una hora esperando que uno de ustedes me preste la asistencia. ¡Yo no puedo perder el vuelo por culpa de esa maldita aerolínea tan irresponsable!

El muchacho, sorprendido, se quedó un instante paralizado mientras asimilaba todo eso.

Después de lo cual su mente hizo conexión con la realidad, movió la cabeza para todos lados, como buscando apoyo entre sus compañeros y, al no encontrar ninguno, corrió para alcanzar la radio y se comunicó con la cabina del capitán. Oí claramente cuando dijo:

—Por favor, retrase el vuelo diez minutos. Hay un pasajero aquí que no ha podido abordar.

A partir de ese momento, se presentó todo un acontecimiento. El muchacho colgó el aparato y me dijo que me sentara en la silla de ruedas, lo cual obedecí de inmediato. Yo llevaba el bolso de mano encima de las piernas, la cartera colgada al hombro, una carterita atravesada entre el cuello y el brazo donde llevaba los documentos y un libro en la mano. El muchacho sujetó la silla y emprendió la carrera a toda velocidad. Atravesó un buen trecho del pasillo y después se detuvo un instante para hacer otra llamada por radio, a la que no tuve oportunidad de oír, y enseguida volvió a tomar las riendas de la silla. Entonces, pude relajarme porque estaba segura de que no me quedaría en Panamá.

Mientras el chico continuaba su carrera desaforada, yo aproveché la ocasión para divertirme un poco. El pasillo era larguísimo y no se podía ver dónde terminaba. Las personas divertidas nos tomaban fotos y hacían videos, mientras abrían cancha para que pasáramos. Yo le preguntaba, muerta de risa, a mi conductor improvisado:

—¿Vamos llegando?

Y él me respondía:

—¡No! ¡Todavía falta, es la última puerta!

Y me volvía a reír, mientras iba agitando las manos y gritaba:

—¡Abren paso! ¡Abren paso!

En medio de la carrera, pasamos por un recodo que, al abordarlo con la velocidad que llevábamos y por inercia implícita, la silla casi se volcó y, de manera aparatosa, cayeron al piso el bolso, la cartera y el libro. En ese momento, sentí el crujir de mis rodillas. El muchacho y otras personas recogieron rápidamente mis pertenencias y continuamos nuestra insólita carrera, mientras los transeúntes nos miraban con asombro y curiosidad.

Más adelante, en nuestra trayectoria y a una distancia prudencial, vi a un hombre que hacía señales agitando los brazos como quien desea ser descubierto. Entonces, mi chofer, jadeando y visiblemente fatigado, jaló con fuerza la silla y acto seguido le imprimió el resto de la energía que le quedaba, arrojándola violentamente por el corredor. Mientras yo, aferrada a ella, daba alaridos, y como si lo hubieran ensayado, la silla se detuvo frente al hombre que,

segundos antes, agitaba los brazos. Ese otro hombre también era empleado de la aerolínea y ejecutó el relevo a la perfección.

Cuando detuvo mi transporte frente a la puerta de la nave, me bajé de él agitada y medio mareada. Al tratar de saludar a la aeromoza que me recibía con una amable sonrisa, tropecé no sé con qué cosa y trastabillé. En ese afán, se me volvieron a desparramar el bolso, la cartera y el libro. Entonces, para no caerme yo también, atiné a sujetarme de la blusa de la linda aeromoza, y del jalón que le propiné, se le desprendieron todos los botones, mostrando la hermosa chica su exuberante busto, al punto que escuché al unísono un hilarante:

—¡Ay!

Gracias a Dios, pude celebrar con mis muchachos esa bonita Navidad del año 2018.



Jesús Alfredo Pabón Pérez

Dicen los que saben que este cachaco nació el primer día del año de 1956. Enamorado de la vida, con dos “preciosos” hijos, así los llama. Como ingeniero civil, trabajó en Ecuador en líneas de alta tensión. Ahora se dedica a jugar básquetbol y a escribir; el año pasado publicó su libro de poesía *Habla mi alma*, en el cual su alma realmente contó los secretos de su historia. Adicionalmente, está terminando su segundo libro *Prosa y poesía en la familia*, una recopilación familiar de escritos. Al leer sus cuentos, se nota que Alfredo se gozó el curso Historias en Yo Mayor, al cual llegó por medio de una invitación que le envió su hermano Alberto.

Nuestro viaje a La Habana

Por Jesús Alfredo Pabón Pérez

La mayoría de los viajes son un disfrute para el alma, por el lugar de destino, por la compañía, por motivos especiales y por muchos otros factores. Por esta razón, este viaje que voy a narrarles me llena de emoción y sentimiento.

Somos cinco hermanos, y debo decir que muy unidos, criados por una madre muy católica, creyente de la Virgen y con unos principios muy bien arraigados. Ella tenía una predisposición para brindar amor a propios y extraños, nos enseñó a ahorrar para las épocas de vacas flacas y a disfrutar la vida sin excesos. Pues bien, una tarde gris de fin de año del 2013, el Señor, en su sapiencia, decidió llamarla a su lado. Sus hijos, nueras, yernos y casi todos los nietos tuvimos la oportunidad de despedirnos de ella.

Pero seguramente ustedes se estarán preguntando: ¿Qué tiene que ver la partida de mi mamá con los viajes? Pues bien, pónganse cómodos:

Unos días después del entierro, le dije a mi hermano menor que fuéramos a buscar la huaca, y nos reímos mucho, porque, sin tener que dar mayores explicaciones, comprendió perfectamente el mensaje. Llegamos al que fue el apartamento de mi mamá, una soleada tarde, y nos dimos a la tarea de ver quién encontraba más tesoros, porque para nosotros era sabido que mi mamá guardaba sus ahorros en los bolsillos de la ropa que colgaba en su clóset. Sin afanes y con mucha nostalgia, fuimos encontrando paquetitos de billetes en muchos bolsillos. La cantidad encontrada fue generosa, razón por la cual, unos días después, invitamos a los otros tres hermanos a tomar un cafecito. Así, entre charlas y risas, les contamos nuestro hallazgo. Una de nuestras hermanas comentó que ella tenía un CDT a nombre de mi mamá y de ella. Al final de la tarde, la suma era considerable, y cada uno de nosotros empezó a cavilar

qué uso darle a esa plata que nos llegaba de golpe. La respuesta mía fue pagar deudas; para la matrícula de mi hija, dijo alguien; y tan solo mi hermana menor dijo:

—¡Pues no! Esta plata es el resultado del ahorro que siempre nos inculcó “La Marujita”, y lo vamos a gastar en familia. Haremos un viaje a nombre de ella.

Y fue así como surgió la idea de nuestro viaje familiar.

Tuvimos muchas reuniones con la excusa de discutir a dónde pensábamos ir, y en estas reuniones, por supuesto, se comía, se jugaba rummy, chisme va, chisme viene, hasta que un día alguien propuso:

—¿Por qué no nos vamos para Cuba?

La idea fue muy bien acogida por todos, y nos pusimos a la tarea de planear el viaje, definir fechas y, en fin, todo lo que siempre se hace antes de viajar.

Un buen día, el viaje quedó definido, y partimos nostálgicos para La Habana. Recorrimos todos los lugares que habíamos planeado visitar, tanto en La Habana como en Varadero. Pero hoy no voy a describirles a dónde fuimos, a dónde estuvimos, qué hicimos o qué lugares visitamos, porque la intención de esta historia es recordar y rendir homenaje a la mujer que, con su fantástica huaca, hizo posible este viaje familiar.

Antes de iniciar el regreso, nos quedaba un último lugar por visitar: un sitio de rumba, bolero, son cubano, nostalgia, lágrimas y brindis con Ron Habana Club por la madre ausente. En este lugar, cuyo nombre se me escapa en este momento, pasamos la mejor noche de espectáculo que pudiésemos recordar. Escuchamos canciones como: *20 años*, *Y tú qué has hecho*, *Silencio*, *Aquellos ojos verdes* y, por supuesto, *Dos gardenias*. Aquí es importante hacer un paréntesis para contar algo sobre esta última canción.

Dos Gardenias fue escrita por la cubana Isolina Carrillo en 1945. Utilizó como metáfora las gardenias para expresar un amor profundo y sincero. Del mismo modo, nuestro padre expresó su amor con esta canción por allá en 1950, una canción que ella recordaría hasta el mismo día de su muerte.



Esa noche, cantamos como nunca, a viva voz su canción preferida. Cantamos con sentimiento, dejando fluir todas y cada una de las lágrimas que por nuestras mejillas rodaban. Fue un llanto, no de tristeza, sino de una inmensa felicidad. Era el llanto que expresaba todo el amor que estos hijos sentían por su madre. Cada lágrima que salía se elevaba al cielo, buscándola a ella, a nuestra madre. Fue una noche gloriosa; no hubo tristezas, solo una paz en nuestros cuerpos al saber y presentir que ella estaba a nuestro lado. Se dice que esa noche, las *Dos Gardenias* retumbaron en toda La Habana y hasta en el mismísimo cielo. Tan es así, que a San Pedro se le escuchó cantar:

“Dos gardenias para ti
con ellas quiero decir
te quiero, te adoro mi vida
ponles toda tu atención
porque son tu corazón y el mío...”.

Y así, entre risas, llanto, ron y anécdotas, le dimos un último tributo y regresamos nostálgicos, pero contentos, a casa.

Paz en su tumba.



María de los Ángeles Pérez de Pabón
17 de octubre de 1925 a 31 de
diciembre de 2013



Martha Botero de Villegas

Empezaba la segunda mitad del siglo XX y en la finca de sus papás, en las montañas de Caldas, llegó en el puesto número cinco al hogar de Javier y Raquel, luego vendrían otros cuatro hermanos. Pasó su infancia y adolescencia en Pácora y Salamina. Terminó su bachillerato en Manizales y trabajó como secretaria de gerencia en varias industrias. Hizo una pausa laboral de nueve años para dedicarse al hogar. En 1995 tuvo la osadía de presentarse a las pruebas del Icfes con su hijo Gustavo Adolfo (quien murió año y medio después) y a sus 44 años logró cumplir un viejo sueño: en 1996 entró a la Universidad de Manizales a estudiar Derecho. Una vez pensionada se vinculó como voluntaria a una fundación de niños de Villamaría donde cada año, con ayuda de gente generosa, les celebra la fiesta de disfraces y la entrega de aguinaldos. Además de compartir con su esposo Germán (51 años de casados); sus hijos Adriana, Juan Carlos y Sofía; los tres nietos, Violeta, Alicia y Vicente; familia y amigos, le apasionan la fotografía, la lectura y los viajes.

Mis experiencias de viajes

Por Martha Botero de Villegas

Viajar en tren

A las 5 de la mañana de un día de enero de 1986, mi familia —Germán, Adriana, Gustavo Adolfo, Juan Carlos, mamá, mi hermano con su esposa y sus dos hijos, y un amigo con su hijo—, un combo grande de once personas, salieron en bus de Manizales a La Dorada para estar a tiempo de tomar el tren de la Ruta del Sol que partía a las 12 del día. Yo me fui en avión porque estaba embarazada de Sofía, la cuarta hija. Ya habíamos ido antes al mar con los niños, pero mamá quiso hacer este viaje para que ellos vivieran la maravillosa experiencia de montar en tren.

Salieron a tiempo de La Dorada, y precisamente ese día empezó en Ferrocarriles Nacionales la operación tortuga. El trayecto que sería de 18 horas se convirtió en una aventura de 25 horas. El tren paraba a cada rato en medio de la nada, la gente protestaba y alegaba, pero no había nada que hacer. Mientras tanto, los niños aprovechaban para jugar escondidijos y revolotear por los vagones.

Germán, mamá y el amigo Héctor empezaron a cantar, y la gente les pasaba papelitos con las canciones que querían escuchar: *Las Acacias*, *Caminito*, *La piragua*, *Se va el caimán*, una tanda muy nutrida de complacencias al estilo de algunas emisoras de radio.

Al llegar a Barranca, fue un caos total porque había muchos pasajeros esperando el tren, y hasta se querían meter por las ventanillas. De manera muy informal, se subían vendedores a ofrecer toda clase de comestibles, y también había toda clase de viajeros. Al fin, grandes y chicos se quedaron dormidos hasta que, a las 4 de la mañana, en medio de total silencio, cantó un gallo que tenía un señor entre un costal. Esto fue la gran novedad, el más eficaz despertador y motivo de risas y alborozo.



Al fin llegaron a Santa Marta, muy cansados y muy negros, pues el hollín que despedía el tren volaba por todas partes. Negritos y sucios, tomaron el bus Santa Marta-Cartagena, que era el destino final, y por la tarde llegué yo, que había tomado vuelos Manizales-Medellín-Cartagena. Pasamos una semana inolvidable en el penthouse del Edificio Panorama en Bocagrande, que gracias a la generosidad de un primo nos lo prestaba cuando queríamos.

La Garganta del Diablo

En el 2008, Adriana estuvo de paseo en Buenos Aires. Era la época de los emails, entonces yo le decía: “Toma muchas fotos, porque yo cuándo voy a ir por allá”. Pues no me demoré, porque al año siguiente, Germán y yo empezamos a planear el viaje a Argentina. Buscábamos hotel en Buenos Aires, cerca al Obelisco, como nos sugería la hija. Hablando con amigos, algunos se fueron antojando, y resultaron siete pasajeros más. Entonces, lo que hicimos fue reservar un apartamento en la peatonal Lavalle con Florida. Fue un viaje que planeé todo por internet, sin ayuda de agencias.

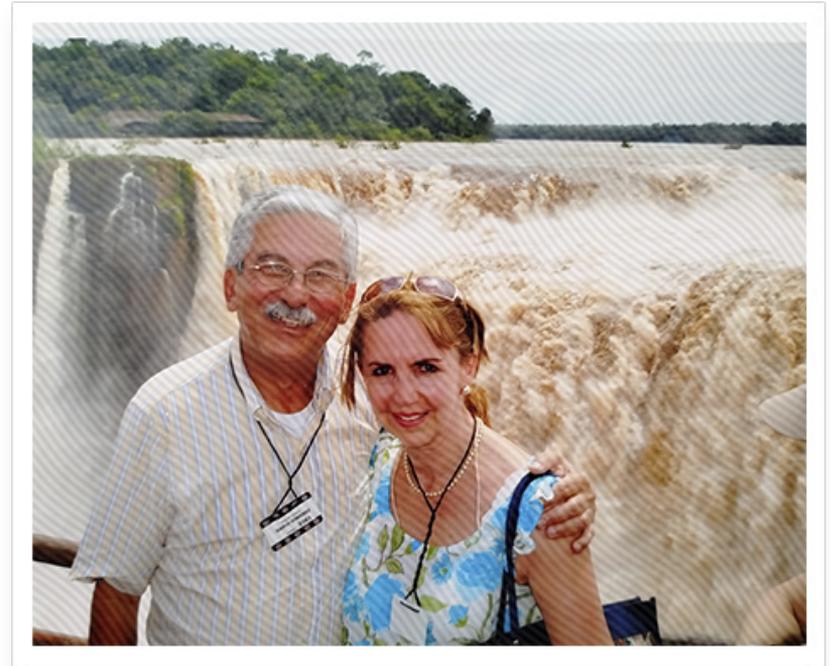
Buenos Aires nos cautivó desde el primer día. Llevábamos por escrito todos los programas que haríamos, e incluso hicimos otros que fueron resultando por sugerencia de viajeros que nos encontrábamos, como fue visitar Mar de Plata, donde conocimos el lugar exacto donde Alfonsina Storni entró al mar para despedirse de la vida.

Para ir a Colonia del Sacramento, un pequeño pueblo en Uruguay de la época de la colonia, cruzamos en el bote-bus un barco inmenso, el majestuoso Río de la Plata, de una anchura tal que no se alcanza a ver la otra orilla.

Otro día nos fuimos en tren desde Buenos Aires hasta El Tigre, para tomar La chata Santa Rita, embarcación que habíamos contratado desde Colombia, y donde Alfredo Colón, el dueño y capitán de la nave, y su sobrino nos atendieron excelentemente bien con vino, aceitunas, quesos, mientras nos iban preparando el típico asado argentino.

Como no podía faltar, asistimos una noche a Señor Tango, un show famosísimo con recogida en el hotel, cena, bailarines, bandoneón y mucha remembranza a Carlos Gardel. También visitamos los famosos cementerios de La Chacarita y La Recoleta, donde casi que no encontramos la tumba de Evita Perón.

Plan obligado estando en Buenos Aires es ir a conocer las Cataratas de Iguazú. Después de 18 horas de un placentero viaje en bus, por carreteras muy planas y región muy deshabitada, contando con servicio a bordo de comidas y bebidas calientes, a las 7:30 de la mañana llegamos a Foz de Iguazú. Un guía nos esperaba en la terminal para ir a dejar maletas en el hostel e inmediatamente volver a salir hacia las Cataratas. Al ingresar al parque, se toma un tren turístico, y empezamos a sentir el ruido tan fuerte que produce el agua al caer, mientras vamos observando la vegetación, las mariposas y los pequeños animalitos que habitan por allí.



Cuando al fin llegamos a la Garganta del diablo, uno de los 180 saltos que tiene el Río Iguazú, con ochenta metros de altura, me impactó tanto su inconmensurable belleza que me puse a llorar. En ese momento, solo pensé en mi hijo Gusta, quien por decisión propia había dejado este mundo hacía 12 años. Yo lloraba y lloraba, y pensaba cómo es que Gusta no se dio la oportunidad de conocer semejante espectáculo.

Estuvimos mucho rato en el lado argentino, apreciando la naturaleza y tomando fotos que mandábamos a la familia desde un Café Internet, pues aún no conocíamos el WhatsApp. Al día siguiente, visitamos las cataratas por el lado de Brasil. A las 8 de la noche, cuando todavía no se había ocultado el sol, cogimos el bus de regreso a Buenos Aires, donde seguimos haciendo planes maravillosos que siempre recordaremos.

El amoroso en Atenas

Pasé veinte años de mi vida soñando y ahorrando para ir a París, hasta que al fin, en 2012, cumplí mi sueño y nos fuimos de excursión por Europa durante cinco semanas, Germán y yo con otras cuatro amigas. Primero estuvimos viajando en bus por varios países, y al terminar la tercera semana, tomamos un vuelo de Roma hacia Atenas. Todos los sitios visitados fueron hermosos y llenaron nuestras expectativas, pero lo más emocionante sí fue sentirme en Atenas. Yo no podía creer que Martha Botero estuviera en la cuna de la civilización occidental, en la cuna de la democracia, que tuviera la oportunidad de caminar por los sitios que recorrieron Sócrates, Platón y Aristóteles.

En el aeropuerto nos recogió un guía bogotano, y cuando íbamos para el hotel, yo sentí una emoción tan grande que dije:

—Tengo ganas de llorar.

Y el guía me contestó:

—Llore, señora, llore.

Estuvimos allí dos días antes de tomar un crucero por las islas griegas, y nuevamente regresamos a Atenas. Visitamos El Partenón, el estadio, el Cerro Likabeto, el Ayuntamiento donde el cambio de guardia es todo un espectáculo, el barrio Plaka. Nos pareció una ciudad muy alegre y con infinidad de sitios para conocer.

Por la tarde, íbamos solos caminando por una calle del centro cuando vimos una cafetería con su letrero Café amoroso. Nos dio mucha alegría y cambiamos de andén para tomarnos la foto, pues Amoroso es el apelativo con que cariñosamente, y desde recién casados, llamo a mi esposo.



Son muchísimas las anécdotas que tenemos de todos nuestros viajes, y una de las mejores es que, desde hace 14 años, tenemos Viajes Vivo (por lo de Villegas Botero), desde la cual organizamos viajes por todo el país y por el exterior. Así es que, cuando quieran salir a conocer, a disfrutar y a enriquecerse viajando, solo es que nos llamen.

ATENAS, llore señora, llore.





Olga Liliana Suárez A.

Nació una madrugada de enero hace 59 años, en un pueblo grande, Sogamoso. Creció consentida por sus cuatro hermanos y sus padres. Al terminar su bachillerato, viajó a Bogotá a estudiar Ingeniería Civil... y a crecer. El trabajo la llenó de experiencia, amigos y vida. A sus 30 años, nació Alejandro, quien llenó de luz su vida. Ahora, en esta nueva etapa, aprende cosas como la escritura, algún acorde en la guitarra o trazos en un lienzo; mientras disfruta de la maravillosa compañía de su mamá. Fue ella quien le comentó de Historias en Yo Mayor, en el cual, más allá de lo literario, se enredó en emociones al escuchar tantas vivencias.

Tres mil kilómetros

Por Olga Liliana Suárez A.

A los 20 años, el corazón está lleno de sueños y nuevas emociones. Todo es de colores: vivos y grises. Literalmente, los sentidos sienten.

Quizás esto explique lo emocionante que fue aquel viaje. A pesar de haber pasado casi 40 años, permanece en la memoria con algunas inconsistencias y vacíos. Una salida técnica de la universidad, una semana que vivimos en un bus recorriendo parte de Colombia. Un objetivo: conocer proyectos de ingeniería en diferentes ciudades; acercarnos a la realidad de nuestra profesión.

Hoy, que me siento a escribir sobre esta experiencia, viene a mí esta imagen: estoy en la puerta del bus (las reglas de seguridad no eran tan estrictas), pasamos por la vía que atraviesa la Ciénaga de Santa Marta, en la ruta a Cartagena. El viento golpea mi cara, la oscuridad es total. Los manglares muertos y algunos pocos luchando por vivir huelen a destrucción. Es una sensación triste. Mi mente se enreda en recuerdos: unas caricias, un suave roce de unas manos, un brazo sobre mis hombros. Tristeza... no sé; mi corazón late. Uno de los tantos momentos de ese viaje... y de mi vida.

Partimos una noche. Unos veinte estudiantes de los últimos semestres de ingeniería. Dos profesores nos acompañan: el coordinador, Rafael, quien había realizado todo el plan de visitas para que nos acercáramos a la diversidad de nuestra profesión; y el de estructuras, el Dr. Uribe, fanático de su tema y con deseos de mostrarnos y explicarnos el desarrollo de los diferentes puentes y otras obras que lo obsesionaban. Nosotros, los estudiantes, con grandes expectativas no solo de la parte técnica, sino de vivir esa experiencia de viajar y compartir toda una semana de aventuras.

Esa primera noche viajamos de Bogotá a Bucaramanga, un trayecto de unas 10 horas aproximadamente. No he descrito el bus en el que nos transportamos: era un bus grande



(no con las comodidades de un bus interurbano actual); sus sillas eran cómodas, pero no reclinables, y no tenía baño. Un típico bus de paseo universitario. Dos conductores tenían la tarea de transportarnos con seguridad en esta travesía; se turnaban para dormir en la parte posterior del bus.

Poco dormimos esa noche; entre cantar, bailar y tomar, se nos pasó parte del viaje. Me pregunto: ¿Cómo se puede bailar en un bus mientras se recorre aquella carretera llena de curvas? Eso no importa... bailamos. Mi mirada se perdía entre sus palabras y su risa.

Llegamos a la casa de Rafael, quien, con su cordialidad, nos permitió pasar ese día en casa de sus padres para descansar, cambiarnos y continuar nuestro recorrido. Visitamos las obras de control de erosión de la meseta de Bucaramanga y la planta de tratamiento. Dormimos en Bucaramanga, algunos en hoteles, otros donde familiares.

Al otro día, viajamos a Barrancabermeja. Allí visitamos el museo del petróleo, luego navegamos en lancha por el río Magdalena hasta el puerto de Ecopetrol y observamos algunas obras en su ribera. Tengo una foto donde él observa ese paisaje. Yo me confundo con su presencia.

Continuamos hacia Santa Marta. Un viaje largo. Nos turnábamos para acompañar al conductor y hacer más llevadera su vigilia con una charla amena.

Me perdía en mis pensamientos y sensaciones. Un leve roce de sus manos bastaba para sentir su calor.

Era hora de ir a la playa, tomar el sol un rato, para en la tarde continuar a Riohacha. Nos bajamos del bus y allí, en medio de la calle, buscamos nuestros trajes de baño entre las maletas. No había tiempo que perder.

En la noche, llegamos a un hotel en Riohacha. Estuvimos en la playa, cantando, contando historias, tomando. La timidez y la distancia se van disipando poco a poco. Se enredan unas caricias y algún beso que se anclan en mi memoria y en mi vida para siempre. Llegué muy tarde a la habitación donde mis amigas dormían.

Al otro día, viajamos al cabo de la Vela. En ese sitio, al extremo del país, el viento y las olas se hacen más intensos; es como sentir el mar dentro del alma. Yo me estremecía, aún más, con los recuerdos de la noche.

De regreso, paramos en Maicao para comprar ropa y otras cosas a buen precio (contrabando).

Debíamos viajar a Barranquilla antes del anochecer por los riesgos de orden público. Algunas personas se demoraron más allá de la hora establecida, lo que molestó mucho a los demás que ya esperábamos.

El viaje de regreso fue en silencio, parte por el guayabo, parte por la soledad de aquella carretera que incrementó nuestros temores de orden público. Parte por el silencio de los manglares muertos. La construcción no tuvo en cuenta medidas de mitigación e impidió que el agua dulce se conectara con el agua salada, afectando este ecosistema. Estoy en la puerta del bus...

Llegamos muy tarde a Barranquilla a dormir, algunos en hoteles, otros donde amigos. Al otro día, visitamos el puerto y un laboratorio de la Universidad del Atlántico.

Continuó nuestro viaje a Cartagena: playa, visita a las murallas, al castillo San Felipe. No tengo presente ningún aspecto técnico relevante o se disolvió en mi mente atrapada por otros recuerdos.

En la noche, viajamos a Medellín. El cansancio ya nos golpeaba a todos. Mi ilusión se agazapó en un rincón. Fue un viaje largo, en silencio. Mi amiga, a mi lado, intuía mi tristeza, respetaba mis pensamientos.

El bus presentó un daño. Viajamos en un camión, Rafael, un compañero y yo, hasta un pueblo cercano por ayuda. Finalmente, el bus fue arreglado. No olvido el desayuno de café endulzado con panela y arepa que nos brindaron en aquella pequeña casa sobre la carretera. No sé por qué lo recuerdo, quizás por la niebla que envolvía aquel lugar. Así mismo envolvía mis sentimientos, ocultándolos.

Llegamos a Medellín, donde realizamos una visita técnica a la planta de tratamiento de aguas residuales y al relleno sanitario. Esa noche dormimos en el hotel, preparándonos para nuestro regreso.

Al siguiente día, viajamos a Bogotá. Un recorrido largo, de casi 10 horas, nos devolvía a nuestras casas, a nuestras vidas. Cansados, pero llenos de recuerdos, de experiencias, de ejemplos de lo importante y amplia que es nuestra profesión. Volveríamos al lunes siguiente a la universidad con una sonrisa en nuestros labios. Mis sensaciones se aquietaron al acabar el viaje.

Cerca de 3000 kilómetros recorridos en una semana. En promedio, 9 horas de viaje cada día. Una ráfaga de aprendizaje, amistad, camaradería... e ilusión. Éramos jóvenes.



John Jairo Zuluaga Londoño

Nació en la Ciudad Milagro de Colombia el 21 de mayo de 1964, año de la Operación Marquetalia. Escribe poesía porque las ideas lo persiguen en la noche y solo descansa al plasmarlas en versos. Compone cuentos, un género que exige precisión, y crónicas que ha publicado en libros como *Las gentes del humedal* e *Historias de barrio*. Once de sus textos, escritos en la Escuela Virtual de Historias de Yo Mayor, forman parte de este último libro. Ha ganado premios literarios, como la Mención de Honor en el Concurso de Cuento de la Cámara de Comercio de Bogotá (2024) y el primer lugar en el Concurso de Crónica Ciudad de Bogotá (2024). Escribe porque, ya pensionado, no tiene nada más que hacer, y lo hará hasta que San Pedro agache el dedo.

Viaje a Silvia

Por Jhon Jairo Zuluaga Londoño

De mi viaje a Silvia, Cauca, conservo la foto que me tomé comiendo en compañía de un grupo de indígenas guambianos en el restaurante de la plaza de mercado.

Llegué al pueblo con mi esposa procedente de Popayán, después de pernoctar en el Festival de Blancos y Negros de Pasto, Nariño. El municipio cuenta con treinta y cuatro mil habitantes, de los cuales veinticuatro mil se reconocen como población indígena, según información de la Gobernación del Cauca. Está conformado por seis resguardos indígenas: Ambaló, Guambía (Guambianos), Kisgo, Pitayó, Quichaya y Tumburao.

Cuando arribé a la plaza parque del pueblo, me llamó la atención la gran cantidad de indígenas reunidos en corrillos con sus vestidos coloridos. Los hombres llevaban su atuendo típico de sombrero de paño, capota negra, falda azul y una bufanda a rayas, botas negras o cafés de caña media. Las mujeres vestían sombrero, pollera negra con líneas de colores y una especie de capa de paño con doble tela, una de un color azul casi violeta y la otra, fucsia.

Aprovechan el martes de mercado para reunirse en la plaza parque y contarse sus cuitas y adelantar cuaderno. Unos hacen compras para llevar al resguardo y otros ofrecen sus productos en la plaza de mercado. Algunos conversan sentados en los bordes de los espacios verdes. A muchas mujeres se les ve tejiendo mientras hablan entre ellas.

En el lugar había unos kioscos de ventas de artesanías, donde exhibían productos bordados en lana. Con mi esposa le compramos a una guambiana una mochila de lana gris para nuestra hija.

Pasamos a la plaza de mercado, un rectángulo con las ventas de productos que exhibían en escaparates de madera o en cajas plásticas. Como era martes, día de mercado, el lugar estaba lleno de gente y sobresalían las vendedoras guambianas con el colorido de sus trajes.



Había en los productos una variedad caleidoscópica de colores. Abundaba el banano, el maíz, la piña, la panela, la papa, la yuca, el fríjol, el tomate, la mora, los espárragos y, especialmente, la gran cantidad de ullucos, que en otras partes del país llaman cubios. A una guambiana le compré dos libras para darme el lujo de probar comida producida directamente de Silvia cuando llegara a mi casa.

En la hora del almuerzo tuve con mi esposa la siguiente conversación:

—Si estamos acá, aprovechemos y almorzamos en la plaza —me dijo.

—Pero con los guambianos.

—Esa es la gracia

—Quiero hablar con ellos, así sean pocas palabras.

Entramos al restaurante y nos sentamos en una mesa larga donde estaban sentadas cinco personas comiendo pata de res. Eran tres hombres y dos mujeres. Nos hicimos al lado de ellos y sus rostros apacibles nos acogieron con cara amigable.

Nosotros pedimos pata guisada y nos la sirvieron con yuca y papa. Cuando cogimos confianza, les preguntamos si nos podíamos tomar una foto con ellos, aceptaron de buena manera. Ellos son muy amables y tratan muy bien a los turistas. Además, están familiarizados con los “blancos” porque comparten el pueblo con ellos y en la vida diaria son unos más entre el conjunto de pobladores. Lo único que los distingue de los “blancos”, como ellos los llaman, es su vestuario típico.

En medio del almuerzo yo le pregunté a uno de ellos por un detalle que pocos turistas pasan por alto.

—Patrón, una pregunta,

—Bien pueda.

—Dígame, ¿por qué los jóvenes ya no se visten como ustedes los adultos?

No fue sincero en la respuesta, pero es una respuesta que oculta un problema de fondo.

—Es por el clima. Prefieren vestirse de jean para no sentir tanto frío.

Los jóvenes van de camiseta y tenis que imitan marcas comerciales. Muchos de ellos dejaron el resguardo y pusieron sus negocios en la plaza. Cuando los vi, me acordé de la canción de Jorge Velosa que se titula *“La china que yo tenía”* y que se fue para la capital. En la capital cambió la forma de hablar, de vestir y de comer. En una de las estrofas de la canción se lee:

“Me imagino yo a mi china lo mucho que irá a cambiar
Porque también yo los he visto cuando vuelven por acá
Se pintan de arriba abajo y se ponen no sé qué más
Cambiando de caminao y hasta la forma de hablar”

Dejamos la plaza de mercado y nos pusimos a caminar por entre las tiendas para comprar baratijas. En las cantinas de los alrededores vimos a varios guambianos bebiendo trago. No saben tomar y en poco tiempo caen doblados en la mesa.

Vimos a dos tirados en un andén como si estuvieran muertos. Los compañeros los dejan en el suelo para que duerman la perra hasta que arranque la chiva que los regresa al resguardo. En ese momento los despiertan y los ayudan a subir al carro. No les importa caer inconscientes al piso porque seguramente valoran el pudor de manera diferente y verse arrojados en el piso les importa un ulluco.

Antes de dejar el pueblo, caminamos hacia las afueras y subimos a un parquecito donde se ve el caserío. El pueblo es pequeño, pero lo que más resalta es el revuelo de personas en el centro del poblado con sus atuendos coloridos. Esos atuendos que identifican a los guambianos y que se resisten a desaparecer.



Adriana de Yarumal

Adriana, bogotana de la generación del 64, vivió más tiempo fuera que en la misma Bogotá.

Salió de la capital colombiana con una profesión en salud, hacia tierras gauchas donde se desempeñó en docencia e inició su vida de esposa y madre. Vivió en Chile y realizó su especialización junto a su esposo y su pequeña niña argentina.

De regreso en Colombia, trabajó en el Huila y luego se radicó por 29 años en Yarumal, Antioquia. Allí nació su segundo hijo; por ende, su sentimiento hacia este municipio montañoso. Ahora se dedica a hacer velas artesanales y a escribir.

Adiós, país

Por Adriana de Yarumal

Siendo las diez y treinta de la mañana del veintitrés de mayo de mil novecientos ochenta y nueve, me encuentro colocando el candado dorado y brillante en una maleta de cuero un tanto roída por otros viajes; no los míos, los de mis padres, quienes fueron los que marcaron con líneas de uso y raspaduras la piel de la valija que sería el principal baúl lleno de lo que soy y puedo cargar.

Llegó la hora de decir “adiós, país” y “bienvenido, futuro incierto”.

Irse era la mejor opción para continuar una carrera de conocimiento y cumplir sueños que estaban siendo truncados por las pocas oportunidades.

Un trece de mayo, en una capilla rural del Rosal, decidimos decir “Sí, acepto” entre el protocolo de la época: sacerdote de la familia, familiares, amigos y los no tan amigos que debían ser invitados, mucho encaje y velo, esmoquin y flores. Nos unimos a nuestra corta edad en ese vínculo sentimental y religioso, él y yo.

Desde ese momento, los planes futuros serían conjuntos. Nada era tuyo y mío, era nuestro, como lo es el oxígeno a la vida, como la miel al colibrí. Marcharse era la oportunidad de realizar esa especialización que él tanto anhelaba y que no pudo hacer realidad en las ciudades de nuestro país. Tal vez, y viéndolo ya en retrospectiva, el no ser hijo de, descendiente de, recomendado de, se convierte en la piedra que obstruye la capacidad de ser con el querer ser.

Estamos marido y mujer unidos, muy juntos el miedo, la inocencia, las expectativas y el desconocimiento en una sola maleta, la de él y la mía.

Desprenderse de tu país y familia es como cuando naces y cortan ese cordón umbilical, porque tienes que respirar por ti mismo y ya debes gritar para obtener lo que quieres; es enfrentarse al frío, al calor, a la ausencia de lo tuyo, desgarrarse el corazón cada vez que no tienes en quién confiar tus ansiedades y miedos.



Los ojos llenos de lágrimas, el corazón desbordado con latidos galopantes que se sentían y se veían en cada sístole y diástole a través de nuestras ropas; las manos sudadas y las pupilas midriáticas intentando captar cualquier señal que indicara el momento de abordar.

Cuando los hijos se marchan, los padres que hicieron el mismo proceso nuestro entregan esos recuerdos de su partida. El abrigo viejo color café, con cuello de piel, el sobretodo de paño, la bufanda de cachemira descolorida y guardada en un cajón, los guantes de cuero negros bordeados de peluche de liebre y el gorro de lana tejido a mano por la madre cariñosa eran la herencia de nuestros padres. Todo lo llevamos puesto; cualquier objeto heredado podría ayudarnos a sobrellevar el crudo invierno que nos esperaba y que nunca habíamos enfrentado como parte de nuestra vida.

El equipaje iba ya en las bandas de carga. Cada uno intentó meter a la fuerza la identidad, la sabiduría en libros, el vestuario que nunca nos pondríamos y uno que otro objeto que nos permitía no olvidar las raíces y el deseo del retorno.

Se desplazaban las maletas como con miedo de perderse y no ser halladas después de casi diez horas refundidas entre miles y miles de bultos de colores y olores en una bodega oscura. Eran de un cuero hermoso, valoradas por nuestros progenitores porque tenían su propia historia, su olor a piel recién embetunada en marrón daban tonos que disimulaban el trajín y el uso. Lo más importante en ellas era la marca, el candado y la señal pegada con cuidado para ser identificadas: un lazo de un color rojo en una de sus manijas.

Suenan los timbres en el altavoz del aeropuerto. Mi padre coge un manotazo de monedas colombianas y, en tono bajo al oído, me dice:

—Estas monedas podrás regalarlas a tus nuevos amigos para que conozcan el peso usado en tu país.

La primera lágrima de una salinidad aumentada rodó y se fusionó con las de él.

Los abrazos eran tan fuertes que aún los siento presentes. Las bendiciones, las advertencias y los buenos deseos se juntaron con el terror de no volver a verlos. Pasaporte en mano, ya nuestra identidad enmarcada en una cédula perdió su validez e interés para la nueva nación. Allí sientes que dejas de ser tú, dejas ese documento que por años te hizo ser mayor de edad y te enseñó el valor de pertenecer a un territorio.

Adiós, país. Aún me pregunto por qué no nos diste la oportunidad de seguir en ti. Aún te reclamo con dolor profundo que emana mi alma en voz alta.

Adiós, país que, después de mi partida, te volviste un caos de dolor, guerra y muerte. Mientras volábamos y mirábamos a través de las ventanillas las mismas nubes que cubren la cabeza del mundo entero, sonreímos por haber logrado embarcar sin sentirnos héroes y mucho menos quijotes.

Escala uno, escala dos y aterrizaje final. Nuevamente éramos otro número de identidad dada en una libreta verde de ese entonces, un número que nunca nos aprendimos porque el del documento oficial seguiría siendo nuestro sello por siempre.

“Cogiendo” ya no es la palabra a usar; debemos “tomar o agarrar” nuestras maletas; “andate”, “movete”, “pibe”, “la Adriana”, “el Jaime”, “quiubo” por un hola, “boludo” por un tonto, “vos” por un tú se convirtieron en el nuevo vocabulario por cinco años de distancia.

Con pie firme en las secas tierras mendocinas, veíamos desaparecer ante nuestra vista las montañas y el verde de retazos que cubrían nuestras sábanas.

Desaparecieron los árboles frondosos, las carreteras plagadas de negocios informales, pero con manjares de miel y maíz. Ya no veíamos aves de colores y mucho menos esos días de sol y lluvia en una sola jornada.

La midriasis de aquel día del adiós se convirtió en miosis ante el sol fuerte pero frío del nuevo mundo, en el árbol seco pero con vida; ni una hoja sostenían sus ramas, pero en tres meses resucitaría como arte de magia.

Una soledad embargaba nuestro corazón. Mirábamos a un lado y al otro de la carretera y nada nos atraía hacia esa tierra argentina.

El hambre no se sentía, ni el cansancio. Veníamos a estudiar para volver; no había nada que nos distrajera con algo diferente a cumplir la meta propuesta. Vaya mentira traíamos empacada en el cuerpo y la mente. Este país nos tenía las más grandes sorpresas y retos nunca esperados. Salimos de una Colombia sin muchas opciones y llegamos a una patria en crisis económica, desorden político, temores de sus habitantes, con una inflación del carajo, con habitantes huyendo de él con sus ahorros para que el gobierno no tomara lo adquirido. Nosotros, en medio del caos financiero, nos convertimos en los ilegales monetarios, por así decirlo. Casas de cambio jugando con el precio del dólar, bancos cerrados y en crisis por fuga de dineros a otros países, y nosotros en medio de ese remolino.

Adiós a la legalidad fue nuestra nueva insignia. Debíamos cambiar los dólares para sobrevivir, y la decisión final era o moríamos de hambre o cambiábamos con “los arbolitos”



nuestro dinero (personas paradas en algunas esquinas de la ciudad que cambiaban el dólar a su acomodo).

Nadie es profeta en su tierra, refrán bandera cuando sales y te conviertes en algo que nunca esperabas.

Madrugar nunca fue problema para un bogotano, llegar temprano mucho menos, y correr para cumplir horario siempre fue un deber. Estas tres consignas que nos identifican a los de la capital representaron mayor salario. Sí, es motivo de risa aún al recordarlo: el presentismo y la puntualidad laboral llegaban mensualmente en nuestros cheques salariales.

Extranjeros con salario argentino nunca lo teníamos en mente. Llegamos con los ahorros y con los dineros de apoyo familiar. Sin embargo, las oportunidades nunca se dan a esperar. Él, mi esposo, decidido a entrar en concurso como cualquier nativo, presentó el examen para iniciar formalmente y no como becario la residencia médica. Yo, ofreciendo mis servicios *ad honorem* como docente en la Universidad Nacional de Cuyo, fui contratada como cualquier otra argentina. Todo se dio entre luchas, inviernos fríos y neumonías, llantos de impotencia y fidelidad a mi bandera.

La tierra árida es un desierto que vive y se irriga del deshielo de la montaña. Se visten sus andenes de acequias hermosas que protegen árboles que en el invierno pierden su ropaje, en el otoño se visten de los ocres más bellos del mundo, como pinturas frescas al óleo de Monet o Van Gogh, y en la primavera se llenan de flores, hojas verdes brillantes y olores.

Caminar por sus calles se convirtió en un canto a la vida, en un tango y milonga, en asados entre amigos, muchos cumpleaños y el nacimiento de una hija. Así transcurrieron los más bellos años de nuestra vida familiar.

El gritar del acento argentino, la amistad desbordada de generosidad y las miles de oportunidades de ser y hacer hicieron que el “adiós, país” se convirtiera en un “hola, nueva patria”. El corazón ya no tiene el tricolor de mi bandera; ahora se mezcla con el blanco y celeste en mis recuerdos.

He vuelto una y otra vez a pisar sus calles, he ido a beber el mejor vino y comer las mejores empanadas de la Veneciana, he abrazado a los amigos de la mejor época de crecimiento personal y he querido regresar una y otra vez a ese desierto tan fértil como mi tierra colombiana.





Elzbieta Bochno Hernández

Esta “polombiana” nació en 1961 en Polonia, país del que, en Colombia, la gente conoce al Papa, a Walesa y algunos futbolistas. De niña, una gitana le predijo que iba a viajar lejos, esa predicción se cumplió; desde 1987 vive en Colombia. Su casa es una mezcla de las dos culturas, pero, aunque habla, escribe y canta en español, su acento la delata.

En El Tiempo descubrió la noticia de Historias en Yo Mayor y no dudó en aprovechar esa oportunidad. Las temáticas del curso le hicieron recorrer el pasado, contar las historias de su vida y conocer las historias de los demás, todo con dos sentimientos en común, amor y gratitud.

El viaje de mi vida

Por Elzbieta Bochno Hernández

Les voy a contar de un viaje, el más significativo para mí, no por las bellezas que vi, sino porque cambió mi vida; por este viaje, ahora me presento como "polombiana".

En 1984 me casé en Polonia con mi novio colombiano y decidimos que nuestra vida juntos iba a ser en Colombia. El viaje, por sí solo en esos tiempos y con Polonia socialista, no fue nada fácil, más aún para una familia con un niño pequeño de año y medio.

Para mí, este viaje resultó realmente en dos.

El primero, en febrero de 1987, con una visa de turista y tiquete de regreso a Polonia en mayo del mismo año, viajé con un motivo muy claro: conocer a la familia del esposo. Yo había dicho con claridad: "Podemos estar muy casados, pero si me miran mal a mí o al niño, nos hacen mala cara o el niño se enferma, cojo mis chiritos, a mi muchachito y me devuelvo". Eso porque venía prevenida por una amiga polaca, casada con un colombiano, quien antes había llegado a Colombia y fue mal recibida por la familia.

Como mi esposo, en su calidad de estudiante becado en un país socialista, tenía derecho a descuento en el pasaje de regreso, siempre y cuando lo hiciera por aerolíneas socialistas, hicimos el viaje con bastantes escalas: Varsovia – Praga – La Habana – Panamá – Bogotá, porque así la parte hasta Panamá nos salía con descuento. Y uno, de joven, no mira la cantidad de escalas, cambios de avión, horas de espera en el aeropuerto; lo que ante todo teníamos en cuenta era la parte económica, nuestra situación por ser una familia joven con todo por empezar.

La escala en Cuba fue la más larga de todas, con dos noches de espera y, como el país exigía en ese momento tener asegurado el alojamiento, pagamos un hotel bastante turístico en



Varadero. Fruto de esas pernoctadas allá, mi hijo fue tan picado en la cara por los mosquitos, que al llegar a Colombia todos preguntaban si estaba enfermo de varicela. Y solo en la cara porque yo, al ver que mi esposo dormía totalmente descubierto, creía que al niño, a quien dejé cobijado con una sabanita solo dejando descubierta la cabeza, los mosquitos no lo iban a picar.

Pero llegamos bien, aunque muy cansados, con las maletas de mano llenas de libros (para no agregar peso a las maletas de bodega) y de ilusiones al querernos establecer en Colombia. Esperábamos que, con dos océanos, el país nos recibiría con los brazos abiertos –al fin y al cabo–, dos oceanógrafos físicos se deberían necesitar. Pero no, la oceanografía estaba en manos de la Armada Nacional, y a mi esposo le dijeron de frente que con una esposa de detrás de la “cortina de hierro” no era posible su vinculación laboral a esta fuerza.

Al contrario de lo que temía, la familia de mi esposo nos recibió con mucho amor, con bienvenidas, fiestas y reuniones con aguardiente, guitarra y canto. Creo que eso fue lo que les convenció de mí, porque, aunque solo chapuceaba el español, cantaba, y con mucho sentimiento, los boleros de Los Panchos. No faltaron aventuras, como una intoxicación mía el primer día en Ibagué, la cual nos obligó a una hospitalización y a dejar a mi hijo en manos de una hermana de mi esposo; esta confundió totalmente las dos palabras polacas que le enseñamos y obligaba al niño a tomar el tetero cuando él tenía sueño y lo arrullaba cuando pedía tetero. Hasta hoy, la tía le cuenta esa historia a mi hijo, ya adulto, siempre con mucha risa.

Ante esa bienvenida, cuando en mayo regresé a Polonia, me fui muy convencida de regresar y decidida a arreglar todos los papeles ya para venirme del todo (era mucho papeleo en esos países tan lejanos entre sí). En el viaje de regreso, con las mismas paradas de la venida, también me tocó la escala en Cuba; pagué las noches del hotel, pero esa vez me quedé en la casa de la tía de un amigo cubano que conocimos estudiando en Polonia. Con el estrés ocasionado por mi primer viaje internacional sola, con mi niño pequeño hiperactivo que me tocaba tener cerca con una correa amarrada al cargador de tela, reconozco que cuando vi la cara de mi amigo, me puse a llorar del alivio. Gracias a que viajé con un niño pequeño, logré que la aerolínea nos adelantara el viaje de regreso y así llegué a Polonia un día antes, cuando nadie me esperaba. Aún no era tiempo de celulares, así que simplemente cogí el taxi del aeropuerto de Varsovia y llegué a la oficina de mi mamá por las llaves de la casa. Se pueden imaginar el susto que ella se llevó al verme sin haberme esperado ese día.



En octubre de 1987 fue el viaje definitivo a Colombia, esta vez con el pasaje en Lufthansa, con menos paradas y con tiquete abierto a un año, que mi papá insistió en comprar por si decidía regresar. Cuál sería mi sorpresa cuando supe que el destino no era Bogotá o Ibagué (dos ciudades que conocí en el viaje inicial), sino Putumayo. Además, me tocó llegar a Puerto Asís, a quedarme en la casa de una cuñada que no conocía (menos mal las tres cuñadas son muy parecidas y la reconocí sin problema), hasta que mi esposo, que consiguió el trabajo en Mocoa, llegó por mí el fin de semana. Claro que él siempre dice que ese destino era para cumplir la promesa dada a mis padres de que me iba a tener en el paraíso: sin luz (solo había luz por unas horas), sin teléfono, sin agua, puro verdor y calor.

Con mi alma aventurera, viajera y de una gran resiliencia, me adapté bastante fácil y me convertí en “La polombiana”, palabra acuñada por un agente de migración en Estados Unidos, quien al ver mis dos pasaportes (polaco y colombiano) dijo: “*Welcome, polombian*”; un nombre que describe de manera perfecta a las personas como yo, de doble nacionalidad, que aman a las dos patrias: la de nacimiento y la que tengo “por adopción”.



Octavio de Jesús Osorio Areiza

A veintidós días de Navidad en 1947, nació Octavio en un pueblo antioqueño, Ituango, sede de la Hidroeléctrica conocida mundialmente, rodeada de grandiosas montañas, riqueza cafetera y agricultura. Su infancia, por su discapacidad física, fue difícil: en la escuela vivió la discriminación de sus compañeros y profesores; pero no fue obstáculo para hacer su primaria con el apoyo de sus padres y tres hermanos. Siempre siguió adelante con sus sueños y le mostró a la sociedad el ser capaz.

En su juventud se desplazó con su familia a Medellín, donde se dio cuenta de sus habilidades como comerciante, líder en gestión en salud y para ayudar a la comunidad. Su gusto por escribir poesía lo llevó a lanzar su primer libro *El Caminante Soñador* (2024), en el cual refleja su historia de vida. Motivado por la ayuda de su sobrina, participó en la Escuela de Historias en Yo Mayor, en la cual adquirió excelentes conocimientos.

Mi sueño: viajar a mi tierra natal

Por Octavio de Jesús Osorio Areiza

Quiero contarles un sueño que ahora quiero volver realidad: ir a mi pueblo natal, Ituango. Quiero recorrer sus calles, visitar la escuela donde estudié y el templo donde hice la primera comunión, con la imagen de mis padres a mi lado, quienes, con devoción, me enseñaron a creer en Dios y a servir a los demás sin esperar nada a cambio.

En este lindo pueblo de tantas historias, de donde ahora se comandan ideas de estado de lucha, donde la presencia de Hidroituango y los conflictos por territorio entre paramilitares y guerrilla están latentes, dejando sensaciones en sus calles de estas historias de conflicto y desplazamiento forzado en muchos de sus espacios. Aunque esta historia esté en el recuerdo de muchos, también conocí la verdadera riqueza que el hombre debe tener: vivir con tranquilidad, lo que se siente cuando no se piensa ni en arriendo, ni en cómo sostener una casa. En esa forma de pobreza, se resuelve la riqueza del ser humano.

Quiero estar en el lugar donde mi padre trabajó para conseguir el diario: trabajos con largos horarios, caminatas ilimitadas en los espacios del pueblo y sus alrededores. También visitar la casa donde aprendí telegrafía con un manipulador de madera, una gran experiencia que permite la comunicación con el mundo, con los demás. Allí también aprendí a escribir a máquina con una mano. Acercarme en un pueblo a espacios de arte, asistir al teatro como vendedor de boletería, y a una pequeña tienda con comestibles. Desde aquí observaba a las personas cómo entraban y salían emocionadas, enamoradas o asustadas, un lugar de muchas luces y diverso en sociedad.



Cuando era más grande, me fui con la familia a vivir a una casa retirada del parque, donde cambiaban las cosas, porque me debían ayudar a salir, debido a mi discapacidad. Los caminos se hacían más largos, pero más seguros, porque tenía personas a mi lado y los vecinos siempre estaban con su gran saludo y cariño.

Tuve tantos logros y sufrimientos que, ahora que pienso en recordar que tengo un sueño, que es observar mi pueblo nuevamente, me di cuenta de que nunca he sufrido, porque tenía a mi alrededor a mis padres y amigos, que verdaderamente me querían y no me dejaron solo. Fue allí donde me di cuenta de que soy y seré feliz.

Mi sueño es volver a mi pueblo natal, y ojalá pueda cumplirlo, si Dios quiere.





Néstor Raúl Franco Vásquez

Nació un 23 de abril de 1956, día del idioma. De niño fue muy obediente, y (supuestamente) algo inteligente, tanto así, que de kínder lo promocionaron a 2do., sin cursar 1° de Primaria. Eso debería haber sido un buen hándicap; pero, a medida que crecía, reforzaba una rebeldía que lo fue llevando a no querer ser ese joven educado, de buenos principios, éticos y morales que le habían inculcado en la familia.

Esa indisciplina le cohibió terminar la secundaria, solo aprobó hasta 4° de bachillerato, hoy llamado 8° grado. Semejante error debió pagarlo con el castigo de tener que trabajar hasta que sus canas no dejaran rastro alguno de su pelo castaño. Su oficio fue el de aprender a manejar como un experto la pistola al duco, disparando ráfagas de pintura a los carros chocados que reparaba.

Hoy, solo es un Juntaletras de alcoba, sin ánimos de rebeldía y domado por la vida.

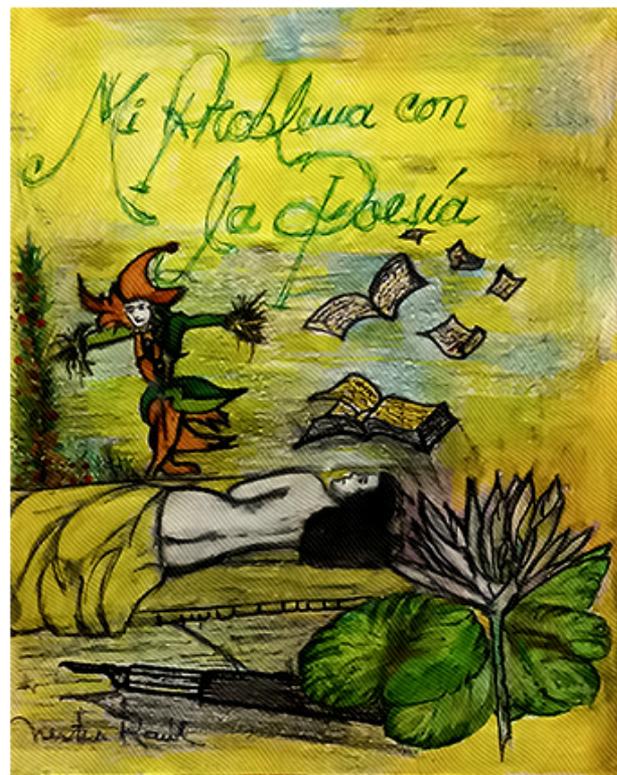
Mi problema con la poesía

Por Néstor Raúl Franco Vásquez

A la poesía, a veces siento que la odio. Cuando en sus páginas encuentro un poema y alguno de sus versos me asombra; no soy capaz de seguir leyendo, nunca termino el libro. En aquellos versos que me detengo los quiero digerir despacio, como come la gente culta y mastica su alimento muchas veces; dicen que eso es salud y estética en el cuerpo. Esos versos que así llenan me impiden probar los otros y mi ansiedad tan glotona se los quiere tragar ¡saber a qué saben! Pero el contenerme hace que, a la poesía, la odie.

Detesto aún más a mi poesía cuando a la medianoche me despierta un prólogo con una línea llena de puntos suspensivos, una idea que vuela con alas gigantes de papel; un ligero intento de frases disfrazadas con versos o un incómodo resorte automático que me levanta medio cuerpo de mi colchón de plumas y laurel.

Y, ¿cómo no repudiarla?, si mi sueño placentero de la noche empieza con pesadillas cuando el cruel tirano, dueño de la casa de la poesía y esposo de la musa de mi inspiración, acaba despertándome a patadas, y con su maldita voz de trueno me ordena que levante mi pereza intelectual; me obliga a que lea y a que escriba; me jala las orejas como cual severo maestro de escuela al niño malcriado, obligándome con sus gruesas manos de tinta en mis hombros a asentarme en la silla del escritorio donde, por arte del sonambulismo, ya hay un humeante café y un encendido cigarrillo y sus humos de espera se entrelazan formando en el aire





blanquiazul figurillas de eslabones en cadenas, cuerpos desnudos que provocan y danzan, bocas de risas de duendes burlones y ojos sin alma de perdidos fantasmas.

Empiezo a leerte mi maldita poesía mientras el tirano por el rabillo del ojo atento vigila a que no me le escape, como las otras veces que lo he hecho por los locos laberintos, dédalos semánticos del pensamiento.

Ahí están regados por todas partes los libros: *El manifiesto* de Gonzalo Arango, fundador del Nadaísmo, el que aún después de muerto, cada vez que lo leo siento que escribe mejor. ¡Benedetti, Lorca, Neruda, Borges! Siempre en orden, no les cae el polvo, se las ingenian para mantener limpios sus tejuelos y solapas. Las Moaxajas, adornadas con un cinturón de doble vuelta cantando jarchas en el desierto de un poeta desconocido; Porfirio Barba Jacob y sus días frágiles, Jorge Manrique enamorando al viento, el poema de Gilgamesh; José Asunción Silva con un corazón dibujado en el pecho al que le dio un tiro; Bécquer, haciendo de un perfume de versos un jardín. ¡Rimbaud, Verlaine, Baudelaire, Mallarmé! Siempre al borde, queriéndose caer de las estanterías como si los lomos de otros libros los rechazaran, siguen siendo malditos, yo los llamo los señalados... y, en aquel rincón, Gabo, siempre acompañado de Macondo en sus *Cien años de soledad*.

Abro el que está más cerca: *Espantapájaros*, de Oliverio Girondo, el adelantado; el que siempre inquieta y a mi curiosidad pregunta: ¿Cómo hizo él para escribir estos versos si no eran de su época? ¿Será que viajó a través del tiempo?:

“No se me importa un pito que las mujeres tengan los senos como magnolias o como pasas de higo; un cutis de durazno o de piel de lija. Le doy una importancia igual a cero, al hecho de que amanezca con un aliento afrodisíaco o con un aliento insecticida. Soy perfectamente capaz de soportarles una nariz que sacaría el primer premio en una exposición de zanahorias; ¡pero eso sí! -Y en esto soy irreductible- no les perdono, bajo ningún pretexto, que no sepan volar, si no saben volar ¡pierden el tiempo las que pretendan seducirme!”.

Y vuelve mi problema con la poesía a apoderarse de mí, no soy capaz de leer más de una página, estos versos así llenan de imágenes la fantasía y como agua fuerte me refrescan al casi amanecer del día. Quiero pensarlos, entenderlos, desentrañar el secreto de su dueño y, en un descuido del duermevela de mi cruel tirano, me le escabullo con mis pies alados por los recovecos de la mente. Los senderos del placer, la pasión y el pecado me llevan a su casa de la poesía, donde está semidormida la Musa de mi inspiración y esposa del tirano. Al sentirme

bien cerca, cierra sus ojos entrecerrados, sé que ella quiere que la bese porque sabe que yo besos no le pido, eso solo lo hace quien no sabe besar. Saco mis besos de catálogo: el primero, son los besos brujos, aquellos que se sienten sin tocar los labios; después vienen, los besos suaves y silenciosos en la comisura de su boca; los mordelones, haciéndole su labio inferior leporino; un beso francés donde las lenguas se enredan como garfios mansos...

—¡Ay, poeta, ¿qué estamos haciendo?!

—Me dice con un sensual gemido y saca mis palabras escondidas, aquellas que no quise plasmar en el papel y con ellas le ahuyento sus miedos sin que se apague su pasión... Un beso rojo punzón abre sus ojos y el deseo araña la espalda de la dicha dejando sus huellas en líneas de aliento... Las puertas del paraíso nuevamente se abren como por arte de magia...

Pasos de animal gigante escucho a lo lejos, es el tirano con su voz de trueno:

—¡Te ordeno que escribas, no huyas! ¡Que escribas versos te digo, que son tus latigazos que expían tus culpas, tus pecados! ¡Te lo ordeno, te lo exijo, carajo!

Ser poeta es como hacer un pacto con el Diablo y con la poesía a la vez, a uno le vendes tu alma, al otro tu voluntad.

Salgo de allí, de donde mi amada como esos amantes furtivos: ¡desnudo por el jardín!... Me impregno de sus flores del camino, las rosas rojas son mi piel; las orquídeas cojo a manojos entre mis manos y, una mustia blanca flor de loto la aferro a mi corazón y a mi alma, aunque ella se quiere ir...

—¡Ay, si supiera ese déspota tirano que en este amanecer su esposa volvió a ser mía!

El tirano sigue buscándome por trochas y cañadas de la razón y la cordura y hasta en las celdas de la memoria, yo sé esconderme muy bien debajo de sus líneas y renglones; a hurtadillas, cuando está muy cerca, le derrumbo las licencias métricas y sus estrofas las desbarato, ahogo las eufonías, estrangulo la prosodia; lo miro desde lo alto de sus poemas largos y le quiebro a pedradas los cristales empañados de todos sus versos alejandrinos; los herméticos octosílabos los echo al fuego haciendo un aquelarre en redondel de risas chillonas; sus rimas y acentos tónicos, sus hemistiquios y ritmos, tiempos y sonetos; a mí también se me importa un pito, solo respeto lo cursi, es del pueblo, me reservo ese derecho.

Cuando ya cansado de buscarme, el cruel tirano se recuesta llorando de impotencia en un epílogo, me le acerco despacito por detrás con mi antifaz de metáfora, rasgo sus versos con rabia, con ira, los muerdo a dentelladas y solo descanso cuando los veo sangrar...

Esta otra noche que llega, y vuelva él con su vuelo de poesía a interrumpir mi sueño... ya sé lo que haré... ¡Me convertiré en un ESPANTAPÁJAROS!





Conclusiones

Nobles damas y mozos a quienes hemos dedicado estas páginas para consolarlos; creemos haber cumplido nuestro propósito y, por ello, damos gracias. Antes de dar reposo a nuestra pluma, queremos hacer algunas aclaraciones. Los relatos aquí contenidos, siguiendo lo propuesto por Giovanni Boccaccio, pueden ser buenos o malos, según las personas que los lean. “Porque el vino haga daño a los enfermos, ¿hemos de decir que sea malo?... Si una mente no está sana, no puede interpretar sanamente las cosas”. Esto ocurre con estas historias, si alguno quiere sacar mal consejo, puede hallarlo, pero el que sepa sacar buen fruto, encontrará utilidad. Por demás, se trata del esfuerzo de cerca de 300 personas que, durante 7 semanas, compartieron en virtualidad encomendados al arte de escuchar y contar historias por el simple y generoso placer de hacerlo. Cerca de mil textos fueron depurados y, finalmente, sesenta y tres seleccionados para componer este volumen. Las páginas de este libro digital responden al trabajo colectivo que aquí se describe, como también se reconoce, a continuación, el nombre de cada uno de los integrantes de la quinta cohorte de la Escuela Virtual de Historias en Yo Mayor. Nada de esto sería posible sin su confianza y complicidad. Este es su libro.

Listado de graduados de la Quinta Cohorte de la Escuela Yo Mayor

- Adriana Almanzar
- Adriana María Molina
- Adriana María Morales Aramburo
- Álvaro Pío Rojas Duarte
- Amelia González Mesa
- Amparo Enny Gómez Restrepo
- Amparo Jiménez
- Ana Esther Ruiz
- Ana María Lizarrondo Ollo
- Angélica María Palencia
- Asunción Gabriela Sánchez Chacaltana
- Audrey Monroy Ospina
- Aura Stella Pinzón Calderón
- Aurora Calistina Jaime de Aguilar
- Beatriz Elena Betancur
- Beatriz Maldonado
- Beatriz Zurbarán
- Bertha Lucía Ramírez Parra
- Blanca Esperanza Rojas de Madrigal
- Boris Antonio Díaz Bautista
- Carlos Arturo González Díaz
- Carlos Eduardo Millán Villa
- Carlos Enrique Toloza Díaz
- Carlos Willman Sotelo
- Carmen Elisa Benavides Morales
- Carmen Elisa Morales Bermúdez
- Carmen Milena Ocampo Anteri
- César Hernández Ruiz
- Claudia Lady Simbaqueba Moreno
- Claudia Rocío Duarte
- Conchita Correa M.
- David Andrés Riaño Castillo
- Derly Gacha Orjuela
- Dora Cecilia Martínez Cruz
- Dora Patricia Bonifaz Carrillo
- Edgar Macías Sierra
- Edgar Tito Peralta Vanegas
- Edilma Linares
- Elva Luz Bonilla Mejía
- Elzbieta Bochno Hernández
- Flor Gladys Rodríguez
- Francisco Moreno Mosquera
- Frank Madrigal
- Germán Guillermo Garzón
- Germán Llanos Mazuera
- Gertrudis Baracaldo
- Ginna Paola Perilla Triana
- Gisella Alzate
- Gladys Becerra
- Gladys Isabel Pérez Quintero
- Gladys Molano Beltrán
- Gladys Ramírez
- Gladys Teresa López González
- Gloria Inés Calderón Puin
- Gloria Isabel Caro de Zamora
- Gloria Lucía Toro González
- Gloria Luz Isaza
- Gloria Stella Torres
- Gregorio Ramon Sepúlveda Padilla
- Hortensia Robayo Castillo
- Irina Arraiz León
- Isaías Hernández
- Jaime de Jesús Andrade
- Jairo Baquero
- Jairo Gutiérrez Henao
- Jairo Rodríguez Valencia
- Jesús Alfredo Pabón Pérez
- Jesús Josué Díaz Prieto
- John Jairo Zuluaga Londoño
- Johnny López Arias
- Jorge David Alvis Gómez
- José Fernando Cardona Ramírez
- José Heraclio Ramírez Vargas
- José M. Urbina CH.
- José Omar Villegas
- Juan Manuel Silva Cely
- Juan Mauricio Rodríguez Acosta
- Julia Marín Bedoya
- Julio César Osorio González
- Justo Arias
- Laureano Peña Tavera
- Leonardo Antonio Vásquez
- Libardo Ramírez Tierradentro
- Libia Ester Agamez Berrío
- Lilia Mosquera
- Liliana López Betancourt
- Liz Marina González Cardozo
- Lucila de Jesús Gómez Matta
- Luis Alfonso Ortegón
- Luis Alfonso Pérez Puerta

- Luis Fernando Osorio Urrea
- Luisa Gilcedia Fajardo Betancourt.
- Lunamar del Rincón Apolinare
- Luz Ángela Corrales Villa
- Luz Dary Vargas Escobar
- Luz María del Carmen Gómez
- Luz Marina Cardona de Jaramillo
- Luz Marina Castro Bautista
- Luz Marina Chacón Zamora
- Luz Stella Parra
- Manuel Antonio Díaz Navarrete
- Manuel Humberto Melo Mendoza
- Marcela Viviana Galeano Díaz
- Marco Fidel García
- María Amparo Barreto Suárez
- María Clara Rodríguez Salazar
- María Consuelo Jiménez Matallana
- María Delia Herrera Hernández
- María Edilma Sánchez Martín
- María Edilma Sánchez Martín
- María Elsa Martínez Padilla
- María Fernanda Salamanca
- María Gladys Hernández Arango
- María Lilian López Bedoya
- María Lucía Gabriela Huertas Patiño
- María Teresa Ospina Córdoba
- María Teresa Solano Corredor
- Mariela Monroy Ospina
- Marina del Rosario León Barrios
- Marisela Sánchez
- Martha Botero de Villegas
- Martha Cecilia Acosta
- Martha Gracia
- Martha Inés Cuervo
- Martha Rainelda García
- Martha Stella Baptista C.
- Matilde García Calderón
- Mayela Schwartz
- Mayra Liendo
- Mercedes Avilés
- Miguel Antonio Díaz Barbosa
- Milton Fabio Ramírez López
- Mireya Marmolejo M.
- Miriam Victoria Arenas Romero
- Myriam Stella Garzón Santamaría
- Neila Salcedo
- Nelly Sofía Ramírez Hernández
- Nelvis Leonor Díaz Daza
- Néstor Raúl Franco Vásquez
- Norma Silvia Ramón Collachagua
- Octavio de Jesús Osorio Areiza
- Olga Liliana Suárez Acevedo
- Olga Lucía Aponte Ávila
- Oliva Gallo
- Omaira Tarazona Vega
- Osiris Helena Ariza Hernández
- Patricia Correa Alba
- Patricia Ofelia Ávila
- Patricia Rojas Joya
- Pury Barbosa
- Raúl Gómez Quintero
- Rosa Alba Prieto de Sánchez
- Rosemary León Buitrago
- Samuel Fernández Galán
- Samuel Octavio Fernández Garzón
- Sheyla Garcés
- Socorro Emilce Gómez Palacio
- Stella Rico Manrique
- Triunfo Flórez Anaya
- Ulises Franco
- Víctor Manuel Cuervo Ballén
- Víctor Manuel Montealegre
- Victoria Eugenia Giraldo Villa
- Yolanda María Rodríguez Barreto
- Yuger Villegas Nieto



escuela virtual

HISTORIAS EN
YO MAYOR

5.0